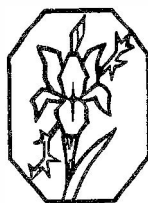


VICENTE GARRIDO PASTOR

LA VIDA
DEL
ESPÍRITU

6.ª Edición



VALENCIA

1994

Primera edición: Valencia, 1931
Segunda edición: Valencia, 1931
Tercera edición: Moncada (Valencia), 1953
Cuarta edición: Moncada (Valencia), 1962
Quinta edición: Valencia, 1972
Sexta edición: Valencia, 1994

Puede imprimirse.

+ Agustí, arz. de Valencia



28 de octubre de 1992.

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

I.S.B.N. 84-604-9766-6

Depósito legal: V. 1.255 - 1994

Artes Gráficas Soler, S. A.

La Olivereta, 28 - 46018 Valencia

JUSTIFICACIÓN

AL integrar la presente obra en la edición de las obras completas de D. Vicente Garrido, se ha reimpreso la 5.ª edición de "La Vida del Espíritu".

La redacción ha sido normalizada y las citas, en lo posible, verificadas.

A la sacrosanta Eucaristía, esencia vital de las almas puras; a su excelso apóstol san Juan de Ribera, lirio virgen de subidísimos amores divinos, remansados en su gloriosa fundación de Corpus Christi, donde alienta en su plenitud la dulce, recia y arrobadora vida del espíritu; al recuerdo de mi buena y querida madre, alegre amapola de amor santo en el retiro del hogar cristiano, crecida entre espinas santificadoras, y ejemplar de madres, como ofrenda de amor y de gratitud filial.

EL AUTOR

ABREVIATURAS

Biblia

Col	<i>Colosenses</i>	Hch	<i>Hechos</i>
1 Cor	<i>1.ª Corintios</i>	Jn	<i>S. Juan</i>
2 Cor	<i>2.ª Corintios</i>	1 Jn	<i>1.ª Juan</i>
Dt	<i>Deuteronomio</i>	Lc	<i>S. Lucas</i>
Ef	<i>Efesios</i>	Mt	<i>S. Mateo</i>
Flp	<i>Filipenses</i>	2 Pe	<i>2.ª Pedro</i>
Gal	<i>Gálatas</i>	Rom	<i>Romanos</i>
Heb	<i>Hebreos</i>	1 Tes	<i>1.ª Tesalonicenses</i>

INTRODUCCIÓN

POCAS palabras para introducirte en la lectura de las páginas de este libro. No busques novedades en ellas, porque hallarás decepciones. El “ansia de novedad”, excesivamente desmesurada en nuestros días, mal moderno que ha penetrado hasta en el mismo campo espiritual, nos impele a explorar las regiones espirituales bajo las formas de un “sentimentalismo” que muere impotente y agotado entre las impurezas terrenas, o de un viejo paganismo, que ahora retorna, desfigurando los trazos claros que marcan lo que debe ser la “vida cristiana”, que es la verdadera vida del espíritu, en medio de una honda amalgama de conceptos cristianos y paganos de la vida, en la cual mixtura desaparece la línea divisoria entre dos campos completamente opuestos: el de Jesús y el de Lucifer.

Precisa recordar a los cristianos los principios, las enseñanzas y las modalidades que regulan y acompañan la vida del espíritu, tal como su autor y principio único, nuestro divino Maestro y modelo infinito, Cristo Jesús, nos la enseña en sus doctrinas salvadoras, y

tal como él mismo la moldeó en su paso por el mundo, y la esculpió en el patíbulo glorioso de la cruz, y dejó un recuerdo perenne en la cátedra augusta del sagrario.

A todos incumbe el deber de conocer a Jesús: su espíritu, sus huellas de pureza, de desprendimiento y de abnegación.

A todos incumbe el deber de salvarse, cumpliendo los divinos mandatos.

A todos incumbe el deber de corresponder a las gracias que su Dios les otorga, y llegar por el buen uso de ellas al grado de perfección y de santidad que corresponda a las gracias recibidas.

A recordar, pues, lo que es Jesús, sus rutas inequívocas de nuestra salvación y santificación progresiva; a infundirles alientos en las sendas intrincadas de la vida espiritual, se dirigen estas páginas.

Escrito está este libro bajo la mirada pura y cariñosa de la santísima Madre y Virgen Inmaculada. Que él sea, Señor, como hoguera de amor cuyas llamas toquen el cielo y abrasen a las almas en santos propósitos, en arranques de sólida virtud, en obras apostólicas, en deliquios divinos, en celo inextinguible por tu gloria imperecedera.

EL AUTOR

CAPÍTULO I

Un retrato de Jesús

VIVA Jesús. Así quiero dar comienzo a estas sencillas reflexiones, a estas breves enseñanzas, con el propósito único de que sirvan de gran utilidad y no menos provecho a todos los que desean su salvación eterna, y a los que van en busca de la perfección y cifran toda su felicidad en amar cada vez más al divino Jesús.

¿Quieres conocerle bien? ¿Deseas ver el Amor infinito en un rostro humano? Aquí tienes, pues, su retrato: mira y repara en este bosquejo sencillo de un Hombre-Dios y de una vida.

El Hombre-Dios se llama Jesús, “Hijo Unigénito entregado al mundo por su Eterno Padre en un arranque de cariño inmenso”.¹ Tiene en su frente serena el resplandor de lo divino, y en sus ojos hermosos la suavidad omnipotente, y en todo su rostro una unción de infinito amor. Es el más inocente, el más perfecto y el más santo de cuantos existieron y existirán. Todos los que aman la verdad y la belleza copian de él, porque

¹ Cf Jn 3, 16.

sus palabras y sus obras dan reflejos de eterna verdad y de belleza inmortal. Ha enseñado mucho con la palabra y con el ejemplo, sin que uno y otro se superen, porque si sabiduría es su palabra, santidad es su ejemplo, y ambos, destellos de la Divinidad oculta en su cuerpo humano.

¿Ves esos lirios blanquísimos de pureza y esas rojas amapolas de santo amor que brotan de entre un gran monte de inmundicias? Nacieron cuando sobre ellas fue plantada la cruz en la cual está crucificado. Cayó entonces la sangre de Jesús sobre las impurezas que envolvían a las almas, y florecieron las rosas de la santidad. ¿Te explicas ahora por qué este retrato está lleno de las más variadas y olorosas flores? Son emblema de todas las virtudes, la cuales sólo crecen a la sombra de la cruz. ¿Y aquella rosa que sube enroscándose por el madero ensangrentado y besa el rostro de Jesús? Esta es la más robusta, la de mayor fuerza y vida entre todas. Por eso admiras que sube hasta arriba y le acaricia. Esta se llama... la rosa del amor, la más hermosa y difícil de coger, por las espinas agudas que la defienden. Los que son valientes y no temen sangrarse, sí que la cortan; pero son pocos los que se deciden, aunque grande el número de los que la admiran y la codician.

Así como le ves tan humillado, lo domina todo; hombres y mujeres, niños y ancianos, le adoran y enloquecen de amor por él. No sé qué tiene de atrayente y de irresistible, que ninguno se escapa de su influjo: el gran corazón de la humanidad palpita en torno suyo. Es que Jesús es para nosotros como la lluvia en una noche de incendio...; el incendio hervoroso de la pasión. Como el rocío que atempera la tierra...; la tierra del sentido que reverbera calores de placer. Como el beso del fino relente en la suavidad de una noche

templada... La dulce noche de los que santamente viven, llenos de bienestar y de paz. Como el rayo de sol que todo lo penetra y vivifica..., es la vida y la transformación por amor del hombre en Dios.

En verdad se llama el Cristo que "ha muerto por todos";² y en el que "todos han de ser vivificados";³ el Cristo que "con una sola oblación consumó para siempre la santificación de todos los hombres"⁴ y "nos redimió sin distinción de naciones, lenguas y pueblos";⁵ el Cristo que dejó en su muerte vida, en el dolor alegría, en el temor esperanza. Con razón se le llama el héroe de la gran conquista de las almas. Solamente él pudo realizar esta obra sublime, porque una ofensa infinita exige reparación infinita, y el hombre era incapaz de rehabilitarse por sí mismo. Éramos esclavos de Satanás: ahora somos ya hijos de Dios. Nuestra salvación se la debemos a Jesucristo.

¿Y de qué modo venció este héroe inmortal? Fijaos bien en toda su figura y descubriréis al instante el arma secreta y poderosa con la cual triunfó: con el arma de su propia entrega, de su rendimiento, de su humillación, de su martirio sangriento en una cruz.

Y murió perdonando y con los brazos abiertos para estrechar a todos contra su herido pecho. Como hombre, sufrió tormentos indecibles; como Dios, les dio un valor infinito.

Nadie puede ver el retrato de este Hombre-Dios sin que se conmueva profundamente, le admire, se entusiasme por él y le adore. ¡Qué cosa tan singular! A

² Cf 2 Cor 5, 15.

³ Cf 1 Cor 15, 22.

⁴ Cf Heb 10, 14.

⁵ Cf Ap 5, 9.

mayor ofensa, responde con mayor perdón; a mayor odio, con mayor ternura y cariño. Es algo incomprendible, ¿verdad? Pero es lo cierto que sin el Crucificado todo es vicio; no hay redención, ni felicidad, ni cielo.

Y sin el amor no habría Crucificado; no podríamos estrechar entre nuestras manos este símbolo de todas nuestras esperanzas..., la bella y divina imagen de Jesús.

Realmente no era menester llegar a tal extremo de sufrimientos, pues una lágrima temblorosa de sus ojos hubiese bastado para la santificación de la criatura. Pero en el pecho de Cristo ardía un volcán de amor hacia nosotros y necesitaba una expansión: de ella nacieron dos corrientes engendradoras de la santidad. Entonces, los aromas de su sangre subieron al cielo, borraron la culpa y embalsamaron de amor purísimo la tierra. En la sepultura sin esperanza brotó la flor de la vida. La cruz fue plantada en lo alto del calvario, y sobre sus brazos, cimbreándose, quedó la corona de la santidad.

Éste es, pues, tu camino, si quieres comportarte con el verdadero espíritu de Cristo; si deseas tener piedad de veras y vida espiritual; si quieres ascender por los peldaños de las criaturas a la cima de la perfección.

¿Conoces ya la senda que debes seguir para poder tener cumplidos tus deseos de salvación y de un mayor e incesante progreso espiritual? Entiende que no puede haber virtud ni adelanto espiritual fuera de este molde de abnegación y anonadamiento; que es inútil y ridículo buscar la salvación y la perfección sin la imitación y seguimiento de Jesús; que es vana toda aquella vida de piedad que no está informada por el espíri-

tu de Dios nuestro Señor “con quien hemos de estar crucificados”,⁶ “viviendo escondidos en él”⁷ y “muertos a cuanto da sabor de mundo”.⁸

Sacrificio y amor predicán la cruz y la Eucaristía.

Sacrificio y amor es la santidad.

Sacrificio en el amor y amor en el sacrificio...; esto, y no otra cosa, es nuestro divino Jesús.

Todos pueden, saben, necesitan amar. Todos pueden, saben, necesitan sufrir. También tú puedes y sabes y necesitas amar y sufrir.

¿Ves ahora, con claridad, al Amor infinito, en un rostro, en una figura humana? Este es Jesucristo. Mírate siempre ante tal modelo; saca tu fotografía y compárala, y verás cuánto te queda por corregir.

⁶ Cf Gal 2, 19.

⁷ Cf Col 3, 3.

⁸ Cf Gal 6, 14.

CAPÍTULO II

Espíritu sensual y espíritu cristiano

HE aquí los dos grandes motores de los cuales recibe nuestra sociedad toda su actividad y movimiento; las dos fuentes de donde nace un doble vivir: el humano y el divino. Ellos son los que mueven las acciones humanas y, por tanto, impulsan toda la actividad social en sus múltiples y distintas manifestaciones. Son opuestos entre sí; de donde se deduce claramente que es grande equivocación querer proceder y vivir de tal manera que se agrade a los dos. Quien en su conducta, tanto interior como exterior, así privada como pública, pretenda armonizarlos en su modo de obrar privado y en su conducta social, él mismo se engaña, “porque de Jesús –afirma el apóstol san Pablo–, no se dice que es y no es, sino que es”⁹ y, por consiguiente, inmutable, que nunca se cambia.

Por lo que, atendida la condición particular que cada uno de ellos produce, no es difícil conocer por cuál de ellos está movido el hombre.

⁹ Cf 2 Cor 1, 19.

El espíritu sensual tiene por nota característica el que arranca de los sentidos, brota de la materia, sucio e impuro como ella; respira un hálito de placer terreno; entraña un deseo constante de goce material; acusa propios apegos y satisfacción de los gustos; busca el culto y exaltación del propio yo, con lo que, primero, ciega al hombre, y luego hácele obrar puramente por sí y para sí, cual si fuese él mismo su único fin, desviándole del verdadero centro y fin supremo, que es Dios.

Y este espíritu sensual engendra en la sociedad la vida llamada sensual, que en nuestros días constituye un torrente impetuoso de crudo materialismo; ya arrastrando en su paso a los flacos en la fe y sumergiéndoles en el cieno del pecado, ya abriendo grietas en los no muy mortificados, entrando en ellos y llenándoles de apegos, solicitudes, infidelidades y miras humanas. La vida sensual, contraria siempre a la cristiana, se está desarrollando dentro de un ancho campo de nuestra sociedad. En este campo de diversiones y placeres, de hipocresía y de mentira, de aparente alegría y ocultas falsedades, florece la sonrisa de la indiferencia y de la incredulidad; crece la ingratitud, con la única mira del yo y el olvido del prójimo; y el pecado se desenvuelve entre groseras inmundicias, sutilezas elegantes y maneras las más refinadas.

Cuando el espíritu sensual se encubre con el velo de la religión, viene a engendrar lo que se llama el moderno espíritu religioso. ¿Cuál es su máxima moral? Su máxima moral está sintetizada en las siguientes palabras: acomódate a las exigencias de la época y practica la religión mientras no se oponga a tus pasiones, comodidades y hacienda.

De aquí bien podemos deducir que para el mundo moderno, presa del vértigo de emociones pasionales y

placeres terrenos, caprichoso y egoísta, Dios ya no es el primero y más elevado ser; en su trono se ha colocado el hombre, para recibir las alabanzas de las criaturas, robando la gloria a su Dios.

Pero mucho nos interesa conocer el verdadero espíritu de Jesucristo, para poder grabarlo bien en nuestra conciencia. Todo nuestro vivir debe ser un reflejo de la vida del Crucificado, “puesto que nadie puede poner otro fundamento fuera de aquel que ha sido puesto, que es Cristo Jesús”.¹⁰ “Vea cada cual de qué manera edifica sobre él”.¹¹

La característica del verdadero espíritu de Cristo es el despegue interior de todo lo que no conduce a Dios, el amor al sacrificio, y el esfuerzo por llegar a morir a todo lo creado. Su camino consiste en subir a la glorificación por la humillación propia; a la conquista, por el vencimiento de la voluntad y del cuerpo; a la posesión del Todo, por la negación de todo; a la vida del cielo, por la muerte a todo lo que sea pecado.

Y así podemos fácilmente comprender quiénes van guiados por el espíritu de Cristo, con sólo tener a la vista estas ascensiones contrarias al orgullo y sensualidad, única senda de subida para llegar al logro de la virtud, cuyo inmaculado manantial es Cristo. Su espíritu, pues, importa el dominio del alma sobre el cuerpo. Viene a ser como un aliento divino; da una fuerza sobrenatural que eleva; es la gracia que santifica...; el sople vivificador de Dios sobre las almas. Cuando el hombre obra movido de esta manera, hay señal inequívoca de que Cristo dirige y vive en todo su obrar.

De este espíritu de Jesucristo nace la vida cristiana, la cual “no consiste en algunos de los ejercicios y

¹⁰ Cf 1 Cor 3, 11.

¹¹ Cf 1 Cor 3, 10.

obras exteriores con que suele confundirse la santidad. No consiste en otra cosa que en amar a Dios y negarnos a nosotros mismos. Ésta es aquella ley de amor que el Espíritu Santo ha grabado en los corazones de los justos; ésta, aquella abnegación de sí mismo y crucifixión del hombre interior".¹²

Pero no podemos dejar de confesar que este espíritu y esta vida de Jesucristo están desfigurados en nuestra sociedad. Sus perfiles se han tornado borrosos y contrahechos en el ambiente social entre los mismos cristianos. Cuando buscamos la causa de esta decadencia espiritual que se advierte en el mundo, encontramos que gran parte de ella hay que atribuirla a los malos cristianos que, en vez de reflejar a Dios en su conducta, no transpiran más que vanidad y concupiscencia, coquetería y lujuria. De ellos dice san Juan de Ávila: "Señor..., muchos hay en tu Iglesia que..., son medio para que los infieles... se enajenen de Ti y se cieguen más. Y en lugar de la honra que, en oyendo el nombre cristiano, te habían de dar, te blasfemen..., pareciéndoles... que no puede ser verdadero Dios y Señor quien tiene criados que tan mal viven".¹³ Estos tales traicionan la Ley, causando grave daño a las conciencias.

Si es cosa vergonzosa para un cristiano desconocer la vida de Cristo, no es menos vergonzoso y sí más osado, una vez conocida, vivir igual que si la ignorase. Quiero recordarles a estos malos cristianos estas palabras terminantes: "Quien no tiene el espíritu de Cristo, no es suyo".¹⁴ Es decir, no le pertenece, no puede contarse entre sus miembros. ¡Recia y tremenda palabra!

¹² L. SCÚPOLI, *Tratado de perfección cristiana*.

¹³ S. JUAN DE ÁVILA, *Libro espiritual*, XXXIV.

¹⁴ Cf Rom 8, 9.

Vestirse de la librea de Cristo y no obrar según ella, es hacer grande injuria al divino capitán. “El cristiano, –dice san Ambrosio–, ha de ser alma perfecta”;¹⁵ “criatura celestial”;¹⁶ “crucificada y mártir en medio de la tierra, al igual que su Maestro”.¹⁷

¿Has escogido tú por maestro a Jesucristo? Pues cumple sus enseñanzas, reproduce en ti su vida de abnegación, y piensa que te llama a militar, por su divina gloria, en el campo espiritual, donde ondea la bandera de su verdadero y genuino espíritu. Si al seguir una bandera ves que no ondea en ella el espíritu del divino Salvador, huye, porque equivocaste el campo; no es ahí en donde florece la santidad, ni se alcanza la salvación.

Abnegación y amor son las vallas únicas del campo en el que lucha y vence Jesús; abnegación y amor son su riesgo continuo; crucifixión y amor son el pedestal sobre el que permanece enhiesta la bandera del espíritu de Cristo.

¹⁵ S. AMBROSIO, *Sermón* 12, Sal CXVIII.

¹⁶ S. IGNACIO, *L.V. Moral*.

¹⁷ S. AGUSTÍN, *Sentencias*.

CAPÍTULO III

Único obstáculo para la salvación del hombre

INDEFECTIBLEMENTE impide la salvación eterna del hombre el pecado mortal, porque ofende a Dios gravemente.

¿Cuándo habrá indicio inequívoco de que hemos roto las fronteras tras las cuales empieza el camino que nos lleva hacia la salvación? Cuando alejemos de nosotros todo aquel pecado que inflija la muerte, que es la separación completa entre el alma y Dios, por su malicia y gravedad. El pecado mortal es un insulto de rebeldía contra Dios mismo, un atentado contra su existencia y su vida, porque el hombre, pecando gravemente, se parece a un insensato que, tomando en sus manos el arco y apuntando con su flecha hacia el cielo, intentase destruir y matar al mismo Dios. El hombre, pecando gravemente, se convierte en un deícida. Es tan grande su malicia que si con esa acción pudiese el hombre acabar con su Dios, acabaría con él. Pero la flecha de toda malicia de que es capaz la criatura, nada puede contra el Creador; antes bien, en vez de destruir a Dios, retorna en contra del osado que

la disparó, produciéndole la muerte espiritual por medio de la inmediata privación de la gracia.

¿Por qué olvidamos que nuestro Dios es inmortal y la misma vida eterna e increada? Somos tan miserables, tan impotentes, que si Dios no nos sostuviese con su mano poderosa en el mismo momento en que pecamos, no podríamos pecar; tornaríamos, al instante, a la nada, de donde salimos. Eso somos, no lo olvidemos: nada..., nada. El cuerpo, disuelto, volverá a la tierra, de donde partió; el alma volverá a su Creador, para recibir eterna maldición o eterna corona. Ya no nos puede extrañar la afirmación de que el hombre es capaz de los mayores crímenes, porque es capaz de pecar, y el pecado sintetiza la malicia y ferocidad de todos los crímenes juntos.

¡Qué horrible se ve el pecado cuando se considera la semilla que encierra dentro de sí, las consecuencias que arrastra, los males que produce! El pecado grave, rompiendo las relaciones filiales entre Dios y el alma, viene a producir la más grande catástrofe de orden moral en el interior del hombre, muchas veces reflejada profundamente en su mismo orden físico, porque entonces tiene lugar el desorden más completo: las pasiones sin guía, los pensamientos fuera de su centro, la voluntad ahogada en la charca cenagosa del placer vedado; todo, en fin, revuelto, en ese mundo moral que el hombre encierra dentro de sí mismo. Y en esta honda revolución que causa en el espíritu, en la que desaparece la paz y la turbación, y el caos lo invade todo, se desarrolla la semilla de todos los males, la desvergüenza de las obscenidades e impurezas, el odio, la fiera, el egoísmo y los placeres diabólicos que empujan al hombre a cometer los crímenes más horrendos.

Pecar, ofender a Jesucristo, de quien hemos recibido todos nuestros bienes, abofetear el rostro de aquel

que imprimió en mi frente el beso de mi redención y de mi libertad; del que así me declaró con este sello hijo suyo, con todos los derechos a su posesión eterna, si vivo como tal hijo suyo; ofender a Jesucristo que me ama con amor sin igual, que ha derramado su sangre por mí y ha sido mártir en una cruz por ganar mi amistad: es una locura tan grande que supera todas cuantas puede haber en el mundo. He aquí la gran locura humana: la nada luchando contra el Todo, lo impotente contra el inmenso poder, la sombra queriendo eclipsar la luz del sol... ¿No piensas que no existiría sombra sin el rayo de la luz? ¿Que tú no podrías vivir si Dios no tuviese vida? Dios es la misma vida; tu tienes la vida de prestado. ¿Y de esta manera tratas, insensato, que te atreves a pecar, a quien te puede arrebatarse, en un momento cualquiera, esa vida que tienes y que él te dio para una corta temporada, y de la cual, presto, se te pedirá estrecha cuenta?

El pecado mortal entraña un odio a Dios, una malicia irreconciliable contra el buen Jesús. Pero, ¿qué has hecho al hombre, Jesús divino, para que de este modo te trate? ¡Pecar! Tú que aspiras a conseguir las riquezas del cielo; que anhelas entrar en los hermosos parajes de la vida espiritual, ten presente que tu primer paso ha de ser luchar contra el pecado grave hasta vencerle totalmente y verte libre de sus tiranías y de sus cadenas. Él es el único enemigo a quien Jesucristo no puede ofrecer la paz... Si mueres marcado con el sello de su negrura y de su rebeldía, morirás como un enemigo declarado de Jesús. Y en el momento aquel, el más solemne de tu vida, en que te enfren-tes con el eterno juez, piensa que tú serás vencido y aplastado bajo el peso de la divina justicia, porque Cristo es más fuerte; y entonces, tendrás que seguir la tristísima condición de los eternamente condenados y

afligidos por el brazo omnipotente y justiciero de un Dios.

El pecado mortal nos aparta de Jesucristo; es como un violento tirón que nos separa de él, impidiéndonos volver a su lado. "Todo aquel que peca no ha visto a Jesús ni le ha conocido"¹⁸ ¿Cómo, pues, podrá estar con él...? Y tú, que tantas horas deliciosas has pasado quizá a su vera, arrodillado ante la puerta de su pequeña casita del sagrario; tú, que tantas veces has llorado a sus pies llagados y besaste su rostro cubierto de sangre; que quizá has tenido con él íntimos coloquios y has vivido a su lado dulces horas de celestial amor; tú, que todo esto has tenido, ¿te atreverás a separarte de Jesús? No abandones, como Judas, al Maestro, ante las instigaciones de la criatura, ante las sollicitaciones del mal y en presencia de ese formidable enemigo de la triple concupiscencia humana: codicia, soberbia, lujuria; sino, ama, ama mucho a tu Dios, que el amor, con su fuerza poderosa, te sostendrá.

Pero no olvides que llevas dentro de ti un enemigo: la sensualidad, que te impulsa al mal; no le escuches; desecha sus reclamos; él no tiene derecho a nada; solamente Jesús tiene sobre todas las almas un supremo derecho, y las almas todas, a su vez, no tienen para con Jesús sino deberes...: deberes de filiación, de rendimiento, de gratitud, de generosidad, de amor. Y estos deberes no los pueden infringir sin antes mancharse con el propio estigma de la rebeldía, de la ingratitude, de la iniquidad.

Nadie, por tanto, tiene derecho a pecar, a violar los derechos de Cristo, como Dios creador y redentor, sobre todas las cosas, sobre un mundo visible e invisible a quien dio el ser con un acto de su voluntad santí-

¹⁸ Cf 1 Jn 3, 6.

sima, para más tarde lavar con su sangre las manchas de los crímenes y de los pecados que cubrían toda la tierra; nadie tiene derecho a ofender a aquel que nos amó desde toda la eternidad, que nos ama y que nos amará siempre.

A pesar de esto, ¡hace tantos estragos el pecado mortal en las almas! Si se consideran bien las consecuencias que engendra y lo que significa un acto de malicia semejante, no habría quien se atreviese a cometerlo. Mas, cuántos van de pecado mortal en pecado mortal, por dejarse arrastrar de los caprichos y vanidades locas. Lo triste es que quieren salvarse, que sienten acaso grandes deseos de la virtud, que anhelan ser puros y llegar a la posesión de un elevado grado de amor a Dios; es decir, envidian a los santos; pero eso de abrazar su vida, de vivir como ellos, es otra cosa. Les parece excesivamente riguroso, les parece una vida muy triste, demasiado exigente. Pero, ¿qué se creerán estos pobres que será la vida espiritual? ¿Acaso creen que pueden vivir la vida del espíritu haciendo sus caprichos, y cumpliendo las exigencias de sus pasiones, y siguiendo las costumbres poco edificantes, libres, inmorales y deshonestas, de un mundo que no cree, y si cree, es su fe muerta?

Y a fe que no son pocos estos tales. Es preciso declararles la verdad y decirles que sus deseos serán un sueño mientras no purifiquen su vida de las manchas del pecado. El que se dispone a seguir a Jesús da al traste con todas esas vanidades, flores de pecado; lucha contra éste, su enemigo capital, y no cede a lo que pueda traicionar su conciencia y ofender a Dios. Esto sí que es amar. Lo otro..., naderías, imaginaciones, veleidades..., algo así como un sutil engaño en el que desgraciadamente duermen y mueren muchos.

CAPÍTULO IV

El pecado venial

ENTRE los muchos obstáculos que pueden impedir que nos santifiquemos y que, puestos ya en el plano de nuestra santificación comenzada, podamos hacer progresos en la virtud, encontramos el pecado venial.

Una vez hemos logrado salvar el abismo que puede mediar entre nosotros y Jesús, que es el pecado grave; cuando hemos logrado pasar de la ribera del pecado a la otra ribera alumbrada por el sol divino y santificada por la presencia del Galileo, mediante su gracia, no pensemos que ha llegado para nosotros la hora de descansar y, de este modo, intentemos sentarnos y reposar sobre las doradas arenas de la hermosa ribera de la virtud, como en una alfombra salpicada de los destellos de la victoria, no; entonces, se abre a nuestros ojos el inmenso desierto de una vida sobrenatural, en cuyo fondo, dominándolo todo, se destaca la cruz. Y digo desierto, no porque no haya, en esta vida sobrehumana, vegetación fecunda de consuelos, de dulzura, de cedros esbeltos que miran sin cesar a Dios, de lirios blanqueados de pureza, de amapolas enrojecidas con

la sangre de los mártires y de los penitentes, no; llamo desierto a esta vida sobrenatural, porque toda ella, en medio de esa prodigiosa fecundidad, entraña un despegue, un desprendimiento, una separación de todo cuanto no sea Dios. Despegue, muerte, aniquilamiento del yo, para poder vivir solamente con la vida de Jesucristo.

¿Qué hacer después de conseguida la victoria sobre el pecado grave? Luchar denodadamente contra el segundo enemigo que se presenta, queriendo impedir nuestro avance: el pecado venial. Suele hacerse muy poco caso, o ninguno, de los pecados veniales. Hay quienes desean adelantar, pero tienen, en cambio, en poca estima lo mucho que significa para ellos triunfar del pecado venial. Aunque no nos desvía de Dios, retarda nuestro camino hacia él, y a veces detiene la mano de Jesús, dispuesta a darnos sus divinas gracias. Este pecado es una afición desordenada, si no mortal en sí, pero introductora en lo mortal. El que se aficiona al pecado leve, él mismo se pone en peligro que le lleve al pecado mortal, particularmente en aquellas materias en la cuales siente flaqueza y atractivo, y que son pasto buscado por su pasión dominante. Muchos son los que quisieran llegar hasta el límite que separa el pecado venial del pecado grave, pero sin entrar en éste.

A tal fin andan buscando en libros, lecturas, consultas..., a ver si pueden averiguar hasta dónde les es permitido pecar en una materia determinada, sin que lleguen a cometer pecado mortal. Incalificable locura la de estos infelices que se colocan por su propia voluntad en la ocasión de pecar, y aventuran, de este modo, su eterna salvación. ¡Si conociesen lo equivocado de su proceder! Para los que se determinan a seguir la carrera espiritual, solamente existe una cosa contra-

ria: el pecado. Esta palabra es la única que les hace temblar. Sea como sea, grande o pequeño, grave o insignificante, es siempre un pecado y, por tanto, una ofensa a Jesús, algo que le desagrada por ser una afición indebida; y esto basta para que se le rechace, se le tire, se le combata y se le haga desaparecer en nosotros.

Los pecados veniales son como un peso que llevamos encima, el cual nos oprime la voluntad, atándola y pegándola a lo que es un desorden. Aparte de que nos resta muchas y excelentes gracias de Jesús, impide nuestro progreso en la vida espiritual; muchos espíritus se estancan por culpa de estas faltillas que dificultan su avance. Y es difícil poder compaginar con la disposición de éstos, la vida de fervor, de oración, de amor a Dios, de santidad, que desean tener o tuvieron algún día. Y si la tuvieron, fácilmente se explica que la perdiesen por la causa expresada. El afecto al pecado, cualquiera que sea, amortigua, cuando no apaga, el afecto a Dios.

Jesús nos quiere limpios, inocentes, enemigos del pecado. Es verdad que no nos condenaremos por el pecado venial, pero no es menos verdad que no llegaremos a la perfección por medio de él. ¿Y no eres tú de los que anhelan santificarse mucho? ¿Acaso no son tus ansias las de llegar a ser muy de Dios? Piensa, pues, que en el huerto hermoso de la santidad no florece la planta del pecado. Hazte el ánimo, despréndete de todas las aficiones malas y desordenadas, y cumple la voluntad de Cristo. Si acabas con el pecado, habrás acabado con tu mayor enemigo.

CAPÍTULO V

Conciencias equivocadas

AL borde de la tumba, abierta a cada momento a nuestros pies, nos espera la eternidad. En tanto la materia camina sin cesar a encerrarse en el sepulcro, vamos en dirección a nuestro centro único, que es Dios. Se disuelve el cuerpo, pero no muere el espíritu. Su autor lo hizo inmortal. Y sus voces de inmortalidad no pueden ser apagadas por los estrépitos de una sociedad que avanza en su carrera de noble progreso, o desciende hasta lo más profundo de la lujuria, del odio y de la rebeldía contra su Dios; antes al contrario, en medio de este progreso incesante, lo mismo que sobre el charco de podredumbre moral, se ve flotar una verdad que nadie puede negar; y es que los espíritus están hambreado vida y los corazones se hallan sedientos de amor. ¿Existe algo en la tierra capaz de aquietar las ansias de amor y de vida que sentimos? En el mundo no hay cosa que pueda sosegar cumplidamente el corazón humano. Para encontrar este sosiego es necesario acercarse al manantial inagotable del amor y de la vida. ¿Sabes cuál es? Jesucristo.

Pues a este manantial divino acuden a beber y saciar su ardorosa sed de vida sobrenatural todos los espíritus selectos que, en medio de los cienos del mundo, dan perfumes de eternidad y de cielo. Buscan a Jesús y no descansan hasta encontrarle. Y para conseguirlo lo dejaron todo; se olvidaron de sí y no tomaron otro cuidado que el de agradar, acompañar, servir, consolar y amar al divino Maestro.

Amar a Jesucristo. Éste es el único pensamiento que mueve toda su vida. Por amor trabajan, sufren, se alegran, cantan, lloran. ¡Sabe el amor hablar de tantas maneras! ¿Quién podrá dictar leyes a su lenguaje? Amar a Jesús. Hermosas palabras que expresan toda la más grande felicidad que se puede encerrar en el hondo abismo del deseo que arrebató a los locos de la virtud..., de la santidad.

Pero aquellos que no olvidan sus cuidados terrenos no podrán gustar del agua espiritual de una íntima amistad con Cristo, ni serán satisfechos nunca sus anhelos de santificación. Bueno es desear la virtud, pero no basta el deseo; se necesita practicarla. Todos desean la santificación, mas pocos se disponen a ella, obrando con espíritu de pureza, de verdad y de justicia. Fácilmente se encuentra quien desea la santidad, pero difícilmente se halla quien viva como santo. ¡Hay tanto de capricho, de ilusión y de engaño!

No escasea el número de los que están esclavizados a las exigencias de un vivir puramente terreno; muchos son, por desgracia, los de esta clase. Para ellos es cosa dura, por no decir imposible, vencer sus pasiones. ¿Acaso no piensan que no menos duro será poderse salvar? “La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios; la corrupción no poseerá lo incorruptible”,¹⁹ es decir, lo terreno no tendrá lo celestial en el día de la resurrección.

Se equivocan si creen que con unas cuantas prácticas espirituales rutinarias, las cuales suelen tener muy poco de interior, está ya todo resuelto. De este modo desfiguran la verdadera piedad y no llegan a resolver “lo único necesario”,²⁰ que es la santificación. Juntamente con los ejercicios de devoción, viven y crecen las pasiones y los caprichos que nacen de los gustos y de los sentidos sin mortificar, con su tendencia al mal. De aquí los terribles desastres y tragedias íntimas en los que frecuentan las cosas de devoción, pero no cuidan de vencer sus pasiones y encauzarlas hacia Dios. Y así, vemos que se glorían de ostentar el nombre de cristianos y en nada se parecen a Dios nuestro Señor. Cuánta lástima dan.

No hay que engañarse. No consiste la devoción, la piedad, la escondida y alta vida espiritual, en sentir, en poetizar, en emocionarse, sino en servir y amar a Jesucristo, obrando por él y por su gloria, y siguiendo sus dolorosas huellas. Quien oyendo un sermón dejó de ser ladrón, ¿qué importa si no sintió emociones ante los arranques de la oratoria? ¿Y qué vale llorar de emoción, de ternuras y de sentimientos, si después de escuchada la palabra divina continúa en sus liviandades y en sus pecados? En nuestros días, un sentimentalismo enervante ha falsificado en mucho la piedad. Es preciso decir que eso no es piedad, ni acusa espíritu de Cristo. No puede ser camino de salvación contemporizar, amalgamando lo carnal y lo divino. Hoy “hasta en la misma vida espiritual se buscan las emociones... y se vive muy fácilmente por los sentidos. La vida tiende a animalizarse y a no ser más que una serie continuada de sensaciones. Los caminos profun-

¹⁹ Cf 1 Cor 15, 50.

²⁰ Cf Lc 10, 42.

dos del espíritu y del corazón son cada vez más ignorados".²¹ ¡Triste engaño en materia tan importante!

Para resucitar precisa, antes, morir. "Necio, lo que tú siembras no nace si primero no muere".²² Así habla el Apóstol. ¿Cómo, pues, tendrás vida espiritual, si no mueres a ti mismo, a tus pasiones, a tus gustos? Y de la misma manera que el cuerpo no podrá resucitar en el día del juicio sin antes haber sido corrompido en el sepulcro, del mismo modo, nadie puede resucitar a la vida de Cristo si primero no muere al pecado y vence las tres concupiscencias brutales que describe el evangelista san Juan: "Concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida".²³ No temas. Nada importa que el cuerpo se corrompa, que se acabe a fuerza de vencimientos, de cruces, dolores, enfermedades y mortificaciones, con tal que el espíritu se vivifique.²⁴ "Cristo ha muerto por todos, a fin de que los que viven, vivan ya para él y no para los pecados".²⁵ Pero condición esencial es para que esta vida se manifieste en nosotros, que llevemos siempre la mortificación en nuestro cuerpo; y tal debemos hacer si deseamos "transformarnos" en su imagen divina, "pasando de claridad en claridad, guiados e iluminados por el Espíritu del Señor".²⁶

¿No quieres ser de los equivocados? Mira, no te engañes a ti mismo pensando en cosas agradables a los sentidos. Tu vida ha de ser de lucha. Y has de luchar hasta vencerte totalmente, hasta arrollar tu voluntad,

²¹ J. TISSOT, *La vida interior*, 3.^a p.

²² Cf 1 Cor 15, 36.

²³ Cf 1 Jn 2, 16.

²⁴ Cf 2 Cor 4, 16.

²⁵ Cf 2 Cor 5, 15.

²⁶ Cf 2 Cor 3, 18.

para que sobre sus ruinas triunfe la gloria de Dios. Y a semejanza de tu divino capitán, permanece crucificado en el madero de la propia abnegación y del dolor, con los clavos de un amor celestial. “Esfuézate para que el Señor te halle sin pecado, irreprochable y en paz”.²⁷ Rompe las ataduras con las que el mundo te quiere sujetar. Y si deseas ser libre, busca y ama a Dios.

Santifícanos, amado Jesús, en la verdad, en tu doctrina, en tu espíritu. Que te conozcamos tal cual eres; y comunícate a nosotros hasta que sea el ansia única de toda nuestra vida aquella de los discípulos de Emaús: “Señor, quédate con nosotros”.²⁸

¡Jesús amado! La noche de la vida se acerca; la negra sombra del pecado se extiende sobre el mundo, cual manto de oscuridad y de amenaza. Jesús, envía un rayo de tu luz omnipotente que trueque en dorada aurora el ocaso tan temible de las almas. Al través de una nube asfixiante y cargada de placeres que amenaza envolvernos, haz pasar el resplandor divino de tu espíritu y el calor de tu fuego santo. ¡Jesús! Tú eres el foco de la luz y de la santidad.

Que todos te conozcan y te amen.

²⁷ Cf 2 Pe 3, 14.

²⁸ Cf Lc 24, 29.

CAPÍTULO VI

Las exigencias humanas

AL decir aquí exigencia humana, quiero con ello significar cierta obligación que el hombre pretende imponerse a sí mismo en su modo de obrar, con detrimento o violación de sus deberes para con Dios. Y no es raro el caso en que esto acontece. Hasta tal punto influye modernamente en nuestra vida individual, familiar y social, que se ha erigido en una especie de divinidad a la que se ha llegado a creer que todos están obligados a rendirle vasallaje.

Examinemos brevemente su origen. El gran mundo, lo mismo que el pequeño, no se resigna a ser pospuesto a Jesucristo, cuya persona y significación en los altos valores sociales encomian y exaltan como foco inextinguible de luz salvadora que ilumina toda la tierra, pero, al mismo tiempo, contradicen su divina voluntad, no cumpliendo los deberes que las doctrinas de Jesús les imponen. El mundo, pues, quiere tener sus servidores y adoradores, igual que los tiene Jesucristo. Le admira, mas no le sigue; y si le sigue, es precisamente en aquello que le place. Así lo enseña el pro-

ceder de los que pertenecen a este mundo sensual. Éstos son los que se buscan a sí mismos por medios que les proporcionen la realización de sus satisfacciones propias ilícitas, en medio de este penoso vivir temporal. De aquí nace la famosa exigencia humana que, al informar nuestros actos, al concretarse, origina entre nosotros costumbres, maneras, modas, todas las cuales serán, a los ojos de una sociedad paganizada, cosas de buen tono, pero de poco o muy bajo nivel moral y de poco o ningún conocimiento del verdadero espíritu de Cristo.

Nada más lejos de mi propósito que el reprobar los medios y las demostraciones de progreso y de perfección que se advierten en las distintas manifestaciones de la vida actual. El hombre necesita perfeccionarse para que en él resplandezca cada vez más el destello de espiritualidad que Dios le infundió un día. Este destello de espiritualidad es el alma. Mirando a ésta, la perfección es siempre loable y, a veces, constituye un deber. Digno es, por tanto, de alabanza y de premio todo cuanto contribuya a perfeccionar la vida humana.

Pero, ¿es que puede perfeccionar aquello que desmoraliza y es contrario a las leyes divinas? Dios es la perfección suma y sus leyes son destellos de esa perfección. Lo que contradice a Dios no puede perfeccionar al hombre, por muy nuevo que sea y deslumbrador. A pesar de ello, existe una corriente de modernismo social que, sin respetar leyes divinas, exige se le sacrificuen las conciencias y las almas.

Y es que el hombre, alejado de su Dios, quiere gozar en la tierra, cubierta de espinas. Para ello necesita disfrazar con velos de novedades y de alegrías aparentes, sus podredumbres morales, sus profundas desazones interiores. Quiere distinguirse, alcanzar relieve

y admiración; busca también sus adoradores, a trueque, claro está, de sacrificar sus deberes cristianos. Y con tal de conseguir esto, se concurre a peligrosas y deshonestas diversiones; se aceptan modas en el vestir, más propias de ramera que de mujeres cristianas; se imponen los más costosos sacrificios, propios de verdaderos anacoretas, para afinar su talle, para aparecer a los ojos curiosos y carnales como personas que no desconocen las últimas reglas e inventos, amaneramientos y falsedades, de una sociedad que desconoce a su Dios y que se dice muy moderna, aunque en la pureza de sus costumbres retorne al paganismo.

A cuántos inducen a retroceder del camino de la virtud estas exigencias humanas. Tengamos presente que hay un enemigo que nos circunda en cada momento, envidioso de nuestro bien; que existe un enemigo que se atraviesa en las sendas de nuestro vivir y de nuestro obrar, presentándose a nuestra miradas como un poderoso fantasma que viene a pedirnos el sacrificio de nuestros deberes cristianos: es la maldita exigencia. Ella se proclama principio único moral de nuestras acciones; nos obliga a que claudiquemos en nuestros propósitos, en el cumplimiento de los dictámenes de nuestra conciencia; nos amenaza con burlas, desprecios y palabras mortificantes; se esfuerza en hacernos ver que si no cedemos a sus gustos, vamos a representar en la sociedad el triste papel de seres raros, ridículos y enemigos del progreso. Nos achacará de excesivamente rígidos, de personas que no saben armonizar la religión con la vida social, y acaso se nos considere como pobres e infelices ignorantes, que desconocen las grandes felicidades del mundo.

Cuánta mentira, falsedad y engaño. Cuánta apariencia, vanidad y alejamiento de Dios. El hombre quiere erigirse en un tirano de sí mismo y de su próji-

mo. Y se hace exigente contra los derechos de Jesucristo sobre nosotros. Para quien no le sigue, solamente tiene chacotas, conmiseración, desprecios. Aquí se cumple aquello de que el loco búrlase del que está cuerdo. En este sorprendente manicomio del mundo, donde la conducta insensata de tantos raya en la mayor locura, los cuerdos, los sanos, los sabios, los prudentes, los hijos de la luz, son aquellos que dan al traste con todas las exigencias humanas y no tienen otro norte en su obrar que Dios.

Para ser esclavos, seámoslo de Jesús, que trueca la esclavitud en filiación divina y amorosa. No tengamos otra exigencia que la suya. Riámonos, una vez más, de la insensatez del mundo corrompido, impuro, que tiembla como un impotente gusanillo al lado de la tumba. Bien zanja la cuestión el apóstol san Pablo con estas palabras: “¿Por ventura pretendo agradar a los hombres? Si todavía prosiguiese complaciendo a los hombres, no sería yo siervo de Cristo”.²⁹

Sigamos con decisión el rumbo que Jesucristo nos trace con su divina providencia. No temamos a los hombres ni a sus juicios. Temió san Pedro a los hombres y negó a Jesús ante la débil voz de una criada. Consentir a las exigencias humanas es cobardía, es apostatar, es inutilizar las más preciosas gracias que se reciben de Dios. Al presentarnos ante la sociedad, por ventura se nos repiten al oído las palabras que la criada dijo al apóstol san Pedro en la memorable noche de la Pasión: “¿No eres tú también uno de los discípulos de este hombre?”³⁰ Y entonces, no nos avergoncemos de nuestra piedad y de nuestra fe, como muchos se avergüenzan de llamarse discípulos de

²⁹ Gal 1, 10.

³⁰ Cf Jn 18, 17.

Jesús, de llevar una vida recatada y honesta, de vestir con modestia, de practicar la virtud en todas partes. Sea nuestra mejor contestación esto que dice san Pablo escribiendo a los Romanos: "A mí me es indiferente ser juzgado por vosotros o por cualquier juicio humano";³¹ "no me avergüenzo del Evangelio",³² esto es, de confesar y de predicar las doctrinas de Cristo.

No temamos, pues, a ese fantasma, que se desvanece en presencia de nuestra fortaleza y convicción. Somos más fuertes que él y le venceremos en la contienda, en la cual nada de la tierra nos haga retroceder de la senda de nuestros deberes. Pasemos por el mundo como un rayo de luz que en nada contaminoso se fija, y que va a perderse en la inmensidad del divino sol.

¡Sólo Jesucristo!, sea éste nuestro lema, siempre. Todo por él, todo para él. Porque él es el único que tiene derecho sobre nosotros. No nos avergoncemos, delante de un mundo osado, procaz e insensato, de su nombre. Vivamos, pensemos, obremos, de tal modo que le dejemos contento. ¿De qué nos servirá que la gente celebre nuestro nombre y nos exalte con sus aplausos, si Jesús pide de nosotros otra cosa que no hemos cumplido? Nada nos importe, por tanto, el qué dirán, las hablillas insulsas, los comentarios desfavorables, en tanto cumplamos nuestro deber. Sigamos la voz de nuestra conciencia, y permanezcamos fieles a nuestro supremo Maestro, Cristo Jesús, a quien solamente tenemos deber de agradar.

Las exigencias humanas, muchas veces, atacan directamente la santa independencia de las conciencias, coartando su libertad y no permitiéndoles moverse

³¹ Cf 1 Cor 4, 3.

³² Cf Rom 1, 16.

según sus necesidades, sus convicciones y mociones secretas de la gracia. Seamos, por consiguiente, independientes en llenar cumplidamente los dictámenes de nuestras conciencias contra el yugo tiránico de un miramiento carnal frente a los derechos de Dios. Hagámonos libres con la indestructible libertad de los santos; éstos fueron libres porque fueron esclavos de Cristo. "Aquel que siendo esclavo es llamado al servicio del Señor, se hace liberto del Señor; y, de la misma manera, aquel que es llamado siendo libre, se hace esclavo de Cristo".³³ ¿Cómo convertirse en sus esclavos? Permaneciendo fieles a su doctrina.³⁴ Entonces, "la verdad os librará".³⁵ Y la verdad es Jesús. "Sólo seréis verdaderamente libres cuando él os dé la libertad".³⁶

Esforcémonos por escapar de la red que el demonio ha tendido sobre la tierra, la red del qué dirán, del respeto y miramientos humanos, cual si nuestra conducta hubiese de ser juzgada por el mundo como su juez supremo. Nadie, fuera de Jesús, tiene poder para juzgar. A él toca el poder que le dio su Eterno Padre de juzgar a toda criatura.

¿Qué nos puede importar el mundo entero, si perecemos? La exigencia humana infunde miedos; el miedo detiene las resoluciones y, si éstas están hechas, impide su realización; oprime la conciencia; la sacrifica entre vacilaciones, dudas y remordimientos, y le impide hablar, privándola de aquello de lo que se siente falta para poder salir a flote en sus necesidades, en sus ansias y en sus aspiraciones. ¡Pobres conciencias éstas! Y, qué lástima dan.

³³ Cf 1 Cor 7, 22.

³⁴ Cf Jn 8, 31.

³⁵ Cf Jn 8, 32.

³⁶ Cf Jn 8, 36.

La salvación, la virtud, la santidad es, ante todo y sobre todo, cumplimiento del propio deber.

¡Señor! Que el humano yugo no sojuzgue a los que tú escogiste para tener encendida en la tierra la llama de la piedad; que no les detenga en el vuelo que emprendieron hacia ti. Dales entereza para resistir, fuerza para sobreponerse a todo lo carnal, y no te olvides de abastecerles, a lo menos, de lo necesario, para recorrer el largo camino que comenzaron de su salvación, de su perfeccionamiento. Jesús, que las almas no perezcan...

CAPÍTULO VII

El cielo es de los que luchan

YA sé que hay muchos que, poco conocedores del gran valor que representa la abnegación, y olvidando los deberes penosos que la salvación y perfección deseadas les imponen, se lamentan de la lucha que han de sostener para mantenerse en la amistad de Jesucristo y progresar en la adquisición de las virtudes.

Quizá seas tú quien te encuentres en tal estado de lamentaciones y cansancios. ¿Has olvidado que la salvación..., la santidad, se alcanzan a fuerza de victoriosos combates? “Nadie será coronado sino aquel que pelear con desnudo”.³⁷ ¿Cómo ceñirnos laureles de triunfo sin haberlos antes ganado en la palestra?

El mayor triunfo para nosotros consiste en el logro de nuestra perfección. Y no dejarán de ser un ensueño nuestros deseos de llegar a esta anhelada meta si, cruzados nuestros brazos y mirando impasibles cómo se deslizan las cortas horas de la vida terrena, no nos de-

³⁷ Cf 2 Tim 2, 5.

cidimos a entrar en batalla para vencer a nuestros enemigos capitales: al demonio que nos tienta, al mundo que nos solicita y al propio yo que se rebela y quiere romper las leyes divinas.

Poderoso enemigo es el demonio, con el cual nos hemos de enfrentar en cada momento. Su arma es la tentación, con la que da muerte a las almas, arrastrándolas al pecado. Y esto no una vez, sino siempre; otea el momento propicio para seducirnos; no descansa; ha declarado la guerra sin cuartel a los que somos hijos de Dios, "comprados a gran precio", ³⁸ con el precio de la sangre y de la muerte de Jesús; y siente celos de los humildes pecadores que, purificados con la sangre del Cordero inmaculado, pueden, después del pecado, poseer un trono en el cielo.

La envidia que nos tiene y el odio a su Dios y Señor, mueven a Lucifer y a sus legiones diabólicas a combatirnos, sin perdonar hora ni regatear medios. "Él fue homicida desde el principio. No permaneció en la verdad, y así no hay verdad en él. Cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira". ³⁹ Y por esta razón, porque fue la causa de que se introdujese en el mundo el pecado y con el pecado la muerte, es el homicida que expresa el evangelista san Juan; y cuya obra no es otra que perdernos, queriendo "hacer con nosotros un tráfico infernal". ⁴⁰ Nos acecha y persigue sin tregua. ¿Nos dejaremos vencer por el demonio, "dios de este siglo"? ⁴¹ Por todas partes tiende redes seductoras a nuestros pies; abre zanjias profundas en nuestro camino, y a

³⁸ Cf 1 Cor 6, 20; 7, 23.

³⁹ Cf Jn 8, 44.

⁴⁰ Cf 2 Pe 2, 3.

⁴¹ 2 Cor 4, 4.

ellas intenta conducirnos, de una manera solapada y oculta, “transformándose en ángel de la luz”.⁴²

¿Y por qué tanto empeño en que nos condenemos? La soberbia infernal sube, desde las profundidades del abismo eterno, como una protesta contra la infinita justicia de un Dios omnipotente. Los furores y embates del averno no pueden llegar al trono excelso del Creador; pero le queda un recurso: atacar la imagen del Creador impresa en nosotros, romper y destronar en nosotros el pequeño retrato de Jesús. Eso es el hombre, un pequeño retrato de Jesús. Por el pecado se rompe, y Jesús desaparece del alma. He aquí la obra de Lucifer, para destruir la cual “ha venido la misma Persona interesada, el mismo Hijo de Dios”.⁴³

¿Quién, pues, temerá a este cobarde enemigo que huye a quien se le resiste apoyado en la fe, y que nada puede conseguir si nosotros no queremos? Todo su poder se estrella contra la barrera de nuestra firme voluntad. Y la voluntad está firme si procuramos fortalecernos en el Señor y en su virtud omnipotente,⁴⁴ confiando en el auxilio invencible de su gracia, y rechazando los ataques y dardos inflamados, con la espada de la fe, y el escudo de la esperanza puesto solamente en Dios.

Pero a esta lucha que hemos de sostener contra los “príncipes y potestades, contra los adalides de las tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos esparcidos por el aire”,⁴⁵ se junta la guerra continua que hemos de sostener con el mundo insensato y carnal. Éste se adorna con rosados velos, con finísimas sedas

⁴² Cf 2 Cor 11, 14.

⁴³ Cf 1 Jn 3, 8.

⁴⁴ Cf Ef 6, 10.

⁴⁵ Cf Ef 6, 12.

y caprichosos encajes; pero tras estos velos de primores y de encanto, se oculta un corrompido estercolero tapado, claro está, con el lujo escandaloso, la molicie, la lujuria, las caretas sociales. Para el mundo sólo hay una palabra: sensualidad; para la sensualidad sólo hay tres palabras: riqueza, honores o soberbia, y lujuria.

Ir contra la corriente es cosa dura, pero fácil para aquellos que quieren y viven del ideal divino. Cuántas excusas, total... para no seguir a Cristo ¡Y es que se tiene una idea tan equivocada del mundo! Es la manzana podrida pintada de hermosos colores; el escenario donde se representa la interminable función de los desencantos y de las lágrimas, de los olvidos y de los desengaños, de las traiciones y de las mentiras, de las intranquilidades y de las envidias, de la soberbia y del odio. Con razón decía el apóstol san Pablo: "Y en verdad que todo lo tengo por pérdida o desventaja, en comparación con el sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas y las miro como basura para ganar a Cristo".⁴⁶

No seamos nosotros de los que se excusan, para seguir satisfaciendo nuestros caprichos. Se nos ha sido dada esta corta vida cual precioso campo de combate donde, con esfuerzo, ganemos el cielo. Porque todo cristiano es un soldado en campaña; formamos parte del ejército cuyo capitán es Cristo. No hay aquí lucha contra los poderes temporales para conquistar un trono que se derrumba al golpe del hacha enemiga; no se trata de esta clase de batallas, sino de la gran lucha espiritual que el hombre ha de tener consigo mismo, y en la que todos sus ataques han de ir dirigidos a humillar y matar el propio yo. Cuando esto haya conseguido, merecerá el nombre de héroe.

⁴⁶ Cf Flp 3, 8.

Qué noble y elevada se ve la vida cristiana así considerada. La vida cristiana es algo más que rezar; es lucha, vencimiento, humillación, caridad, pureza, sacrificio, amor. Es combate de fe.⁴⁷ Y ¿dónde existe combate? Existe combate en el que se violenta, sujeta las pasiones y encauza todas sus energías hacia Dios. Fácil es ceder a los halagos de la carne y a las exigencias insensatas del mundo; mas el cuerpo, con sus gustos, ha de ser vencido y mortificado, y el mundo, con todos sus reclamos, desoído y olvidado.

Luchar... ¡Hermosa palabra! Cuántos encantos henchidos de dulzura tiene para los buenos. Qué secretos de santidad encierra.

Luchar. ¿Vas tú a ser uno de los cobardes? ¿Temes? ¿Qué escoges: sensualidad o espiritualidad, la verdad o la mentira, la realidad o la sombra, el cielo o el infierno, el odio o el amor?

Lucha. ¿Respetarás a tus enemigos que preparan tu eterna ruina y desventura? Y ellos están presentes y te rodean; te encubren las cosas y te engañan. Sobre la guerra encarnizada de los tiempos modernos, por apoderarse de un pedazo de terreno placer, se alza la guerra más encarnizada aun entre dos grandes ejércitos que se batan entre sí: el del bien y el del mal, el de los impíos contra los que creen, el de la inmoralidad contra la suprema moral de Cristo; es el ejército de la soberbia contra las humillaciones, de la riqueza contra la pobreza, de la castidad contra la lujuria, del cuerpo contra el alma; es el ejército de los apegos contra los desprendimientos; el de la mortificación contra la satisfacción de las pasiones; en fin, todo viene a reducirse a estos dos frentes enemigos: el amor carnal contra el amor divino.

⁴⁷ Cf 1 Tim 6, 12.

¿Querrás permanecer indiferente? No puedes; por fuerza has de militar en un bando o en otro. Lucha, pues, de cualquier modo que sea, para derribar a los enemigos de tu santificación: ya sea el cuerpo, el mundo, la amistad, la familia, el carácter, el temperamento... Lucha, hasta verte hermo­seado con las galas de la virtud más subida, y, entonces, podrás mirar cara a cara a tu Jesús, sin el rubor de la ingratitud ni el miedo de la infidelidad; antes bien, te será dado hacerlo con la sonrisa de un amor triunfante que, vencedor en la pelea, encuentra su mejor contento en humillarse, contrariarse, vencerse..., sacrificarse por Jesucristo.

“Los días son malos; por tanto, redimamos el tiempo”;⁴⁸ aprovechemos las horas para ser apóstoles, primero, de nuestras propias almas; luego..., como el sarmiento lleno de savia unido a su vid, produzcamos frutos de salvación y de salud. Luchemos para poblar de almas el cielo.

Y en esta lucha, ¡sálvanos, Señor!⁴⁹

⁴⁸ Cf Ef 5, 16.

⁴⁹ Cf Mt 8, 25.

CAPÍTULO VIII

Víctimas del desaliento

EL camino de la santificación hállase sembrado de tristes víctimas causadas por el desaliento. Éste pesa en cada momento como una terrible amenaza sobre los que se disponen a seguir a Jesucristo. “Tal es el procedimiento que emplea, por lo común, el demonio, para seducirnos. La mayor parte se pierden por el desaliento. Y no sólo no viene de Dios el desaliento, sino que le ofende, por ser un acto de desconfianza de su poder o de su infinita misericordia”.⁵⁰

Omitamos el número crecidísimo de los que, tras firme resolución, se deciden a emprender la verdadera vida espiritual. Mas parémonos a considerar la pequeña porción de los que siguen adelante por estas sendas sobrenaturales, y la todavía más reducida porción de aquellos que llegan al fin.

¿Cuál es la causa de esta grande deserción de la vida sobrenatural? ¿Por qué huyen de la bandera de Jesús? El caso es que desean la virtud, codician la per-

⁵⁰ SAUDREAU, *Grados vida espiritual*. I, cap. V.

fección y sienten hambre de la santidad. No es extraño que, aunque comiencen con ímpetu y grandes fervores, retrocedan desalentados. Al ver apagarse las primeras llamaradas del fervor, olvidan que la santificación se ha de conseguir con esfuerzo y con cruz; no quieren luchar y, si luchan, siempre les parece en exceso pesado y difícil. La sola consideración de la cruz que han de soportar, les apena; debilita sus entusiasmos, al mismo tiempo que decaen sus energías. Fácilmente cede entonces la voluntad, al ver desaparecer sus doradas ilusiones, pues creen que, juntando sus manos sobre el pecho y diciendo súplicas y palabras cariñosas a Jesucristo, van a conseguir la perfección..., y no es así. El sufrimiento acompaña a la práctica de la virtud.

Pero como esto no les agrada, se les presenta muy dificultoso, por no decir imposible, el camino de seguimiento del Maestro; y apenas entraron en él, cuando aún están en sus comienzos, empiezan a volver la mirada hacia atrás y recordar lo que fueron: sus miserias, pecados e ingratitudes, dificultades y abnegaciones; y sacan en conclusión que la virtud, la perfección cristiana, la santidad, es una flor que no ha germinado para ellos. Cuánta luz recibirían estos espíritus pobres y afligidos, si pensaran detenidamente en las palabras que siguen: "Parece esto un despropósito, si se considera cuán imperfecta era yo entonces, y cuánto lo soy todavía; sin embargo de ello, siento siempre la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa. No cuento con mis méritos, puesto que no tengo ninguno; mas espero en aquél que es la virtud y la santidad misma. Contentándose él con débiles esfuerzos, me elevará hasta su grandeza, me cubrirá con sus méritos y me hará santa".⁵¹

⁵¹ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Pensamientos*.

Huelga afirmar que los desalentados suelen ser raquíticos, cobardes y con no poco de egoísmo. Quieren ser de Dios, pero reservándose su parte. Ante las dificultades, temen, se encogen, acobardan y acaban por huir. Por el contrario, los que tocan con valentía el final de su recorrido comenzado, tienen por característica el ser espíritus grandes; y propio de éstos es crecerse, tanto más cuanto mayor se presenta el peligro o la dificultad. No de otro modo se logra la palma del heroísmo en la virtud, y la corona de gloria en la santidad.

El mundo tiene muchos seguidores; Jesús, en cambio, tiene pocos amadores. ¿Cuál es la causa? La causa consiste en que el amor divino está purpurado con la sangre del sacrificio; brota del madero de la cruz, y tan sólo los que beben en esta fuente plantada en lo alto del Gólgota pueden gustar el amor de un Dios. Hay que beber las amarguras para gozar las dulzuras divinas, y éstas las goza el alma, cuando sangra gotas de dolor y sufre abrazada a la cruz. Éste es el único camino para poder alcanzar una vida íntima con Jesús.

Y claro está que los llevados del desaliento y sumidos en la desconfianza, todos los que regatean sus sacrificios a Dios, deteniéndose ante los vencimientos o retrocediendo asustados a su vista, muéstranse ineptos para seguir las vías de la perfección, trenzada de espinas, cruces, penas y abnegaciones. Los que se sienten desfallecer ante la visión de la cruz..., ¿qué frutos de sólida virtud acertarían a producir? A lo sumo darán frutos escasos y efímeros, como flores nacidas hoy para morir mañana, marchitas y tronchadas por el vendaval de la contrariedad.

Nuestra mirada ha de permanecer fija siempre en el foco encendido del eterno amor que brilla ante nuestros ojos, con claridades de cielo. Atraídos por sus

resplandores, que se tamizan por entre las nubes oscuras de las pruebas más amargas, vayamos camino adelante hasta llegarnos a este sol divino: Cristo Jesús, eterno consuelo ⁵² y fortaleza ⁵³ invencible de los que en él fían. “Lo que ofende a Jesús, lo que le lastima el corazón, es la falta de confianza”. ⁵⁴ Con ella, pues, emprendamos la marcha que nos conduzca directamente a Jesucristo.

Pero no comencemos para luego retroceder; no empecemos para quedarnos, quizá no muy tarde, completamente parados en la mitad del recorrido, mirando, mientras tanto, cómo los débiles, los enfermos, los necios ante el mundo, nos adelantan, marchando con voluntad firme por las estrechas sendas de la santificación; unos, en veloz carrera, otros, paso a paso, y todos ellos, sangrando, sin tomar descansos, puesto que la jornada es larga y las horas contadas.

Confía en Jesús “descargando en su amoroso seno todas las solicitudes, pues él tiene cuidado de ti”. ⁵⁵ “Mas haz lo que te toca y Dios ayudará tu buena voluntad”, ⁵⁶ acrecentando tus energías, robusteciéndolas con su poder infinito y trocando en fuerte, recio y grande, lo que es pequeño, inconstante y débil. Arroja lejos de ti el desaliento. La santificación es obra tuya y de Jesús. Y él te alentará con su mirada henchida de ternura y de dolor. Fija en él tus ojos, que una mirada de Jesús... basta para hacerte un héroe; una mirada de Jesús sobre ti basta para hacerte un santo. Marcha con

⁵² Cf 2 Tes 2, 16.

⁵³ Cf Flp 4, 13.

⁵⁴ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Carta a su prima María Guérin* (en *Obras completas*).

⁵⁵ Cf 1 Pe 5, 7.

⁵⁶ T. DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*. I, cap. VII.

decisión a la pelea, donde, ayudado de la divina gracia, ten por seguro que triunfarás. El Maestro divino no quiere tras sí voluntades débiles, sino valientes y confiadas. Olvídate de ti y vive para Cristo, fiel amante, que irá contigo y te prestará ayuda para llevar la cruz. Y cuando él con sus manos divinas toca nuestra cruz, qué dulce y suave se torna.

Que tampoco te detengan tus faltas. “Hijos míos, si alguno pecare, no desespere, porque tenemos por abogado para con el Padre Eterno a Jesucristo, justo y santo, y él mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados”.⁵⁷ ¿Todavía andaremos temerosos, tristes y desalentados? “Desde que se me ha dado comprender el amor de su corazón, confieso que ha alejado de mí todo temor. El recuerdo de mis faltas me humilla; me lleva a no apoyarme jamás en mi fuerza, que sólo es debilidad; más todavía, este recuerdo me habla de la misericordia y del amor. Cuando uno arroja sus faltas con toda filial confianza en el devorador brasero del amor, ¿cómo podrían no ser consumidas sin remisión?”⁵⁸

¡Divino Jesús! Herido o maltrecho, con alegría o amargura, despreciado o con honra, solo o con guía, iré siempre adelante, deshojando a tus pies las flores de mis humillaciones, y arrojando en el fuego de tu inmenso amor, para que las consumas,⁵⁹ las escorias, las miserias y las debilidades de mi alma que ansía amarte. Sólo en Ti está puesta toda mi confianza. La nada, ¿qué podrá sin tu aliento vivificador?

*Que por mí mismo nada pueda yo lograr
por experiencia lo sé;*

⁵⁷ Cf 1 Jn 2, 1-2.

⁵⁸ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Pensamientos*.

⁵⁹ Cf Hb 12, 29.

*pero me alienta, consuela, sólo el pensar
que Jesús mi nada ve.
¡Viva Jesús!, gritaré,
si la amargura pone el llanto en mis ojos;
adelante seguiré
entre penas, vencimientos, cruces..., gozos.*

Porque tú, mi amado Jesús, jamás olvidas a los que
te buscan.⁶⁰

⁶⁰ Cf Sal 9, 11.

CAPÍTULO IX

Decisión

QUERER de veras santificarse. ¿Por qué no serán muchos los que se encuentran decididos a realizar esta magnífica y sublime empresa? Todos ambicionan la brillante orla de gloria que circunda las sienes del bravo soldado que, en lucha cruenta, ganó el laurel de la victoria. Todos codician el rico caudal de ciencia que con penoso y constante trabajo pudo reunir el sabio. Todos admiran la heroicidad de los santos... Pocos, en cambio, quieren padecer los sinsabores, penalidades y riesgos de la guerra; los desvelos, trabajos, privaciones y cansancios del estudio; arideces, soledades y exigencias de la virtud.

Hablo ahora a los que desean ser fieles, y les digo que para ser tales, han de estar sus pasos cubiertos de heroicas decisiones. A quienes esto falte, es preciso recordarles que tontamente forcejean para adquirir el tesoro de la virtud, a la que no se puede llegar sin que medie una verdadera poda de los afectos terrenos que nos apartan, retardan o desvían, de alguna manera, de nuestro centro único que es Dios. Y para llegar a obte-

ner esta poda total, se necesita una decisión completa y honda.

Cuando el hombre se propone seriamente conseguir un fin determinado, un objeto que, por sus condiciones de amabilidad, ejerce influyente atractivo sobre su corazón, al instante se determina a poner en práctica todos los medios conducentes al fin deseado. Mas diríamos que sus anhelos eran un capricho, una veleidad, si, en llegando la ocasión propicia, no aplica, teniendo en sus manos, los medios conducentes al fin deseado y perseguido.

Asimismo ocurre al que anhela su santificación y no se decide a atajar el mal, arrancando sus propias raíces, aunque sean muy profundas; a domar las pasiones, encauzando sus energías hacia Dios; y a expresar el corazón como se exprime una esponja, sacándole el zumo de los amores que lo violenten y sensualicen.

Bueno es recordar que las gotas de sangre que hagamos destilar a nuestro corazón, son gotas de sangre purificadoras. Así, dominado y libre el corazón, nuestra vida se hace más pura, menos carnal. Y cuanto más pura es nuestra vida, con mayor fuerza renacen en nosotros los brotes de un cielo, de un vivir sobrehumano, de un algo sobrenatural que no sabemos explicar, pero sí secretamente entender.

Esta pureza de vida que nos asemeja a los ángeles, exige sea cortada de nosotros toda gangrena del mal. ¿Y qué mejor bisturí para cortarla, que nuestra firme voluntad fortalecida con la divina gracia? Obremos con energía sobre nuestras pasiones, sobre nuestros sentidos, sobre nosotros mismos, quitando cualquier desorden que advirtamos, conteniendo y amortiguando, en cuanto nos sea dado, las malas tendencias y el estímulo de la carne, que es el aguijón de Satanás.

¿Que no podemos? No es verdad. Lo que nos falta lo suple la gracia de Dios. No podemos porque... no queremos. Aquí está la causa. Precisamente Jesús se complace en hacer grande lo que es débil y miserable, sin otro título que el de su ruindad y el de su pobreza. Querer de veras. Pensemos bien estas palabras, y acaso en ellas encontraremos solución a todos nuestros temores e inconstancias.

Aunque deseemos ser buenos, nuestros deseos no pasan muchas veces de ser puras veleidades, suspiros a lo humano, ansias de lo hermoso. Pero, qué pronto se desvanecen cuando empezamos a sentir los latigazos que Jesús nos envía para probar el temple de esos deseos. Depositemos en sus manos la voluntad, no rehuyendo lo amargo, sino recibiendo con alegría lo que nos da; no siguiendo los impulsos de lo que es carne y sangre, sino cumpliendo con fidelidad su divina voluntad que nos llama.

Si queremos nuestra santificación, hasta lo difícil se nos convertirá en fácil, lo áspero en suave, las penas en dulzuras, los sacrificios en alegrías. Querer ser perfecto es colocarse junto a la perfección. Desear amar a Dios es entrar ya en la posesión del amor de Dios.

Y el que quiere y ama a Jesús, por él todo lo deja, hasta sus más caros amores; por él todo lo olvida, hasta el recuerdo de los seres más queridos; por él todo lo sacrifica, hasta a sí mismo, inmolándose cual víctima en holocausto a la gloria de su Dios.

Pero, tras la decisión primera de nuestra voluntad que se dispone a seguir las huellas del celestial Maestro, han de venir otras decisiones no menos fuertes, las cuales deberán ser continuas y con más firmeza, a medida que se adelante; viniendo éstas a constituir parte de nuestra vida, ya que a cada decisión nueva, responderá siempre un nuevo sacrificio. Tales decisiones,

matizadas de heroísmo, esmaltan las sendas escondidas de la santidad, cuando se cumplen y son llevadas a cabo con la necesaria valentía.

No de un golpe, sino paulatinamente, pero sin pérdida de tiempo, se levanta el edificio sin par de la santidad. Como el edificio es grandioso, se necesitan grandes y fuertes bloques, que descansen sobre la base infinita e incommovible, que es Cristo. Los bloques son las virtudes. Pero, ¿cómo moverlos para poder formar el edificio? Por el empuje de la divina gracia y por la fuerza de las decisiones constantes de nuestra voluntad, que coopera a la acción del auxilio sobrenatural.

Decídetes de una vez. Acaso te pida Jesús mucho, porque mucho se te dio. Y no olvides el inmenso amor que te tiene, que mil veces muriera por ti.

Feliz quien da al traste con la mentira de la tierra. Mil veces dichoso el que cierra su mirada a las sombras soñadoras del mundo y atisba sin cesar los encantadores celajes de lo divino.

Mira estos celajes encantadores, vestidos de inefables deleites, que ante tus ojos brillan. ¿Quieres verlos? Rasga con tus propias manos el tupido velo que los cubre, de la vida sensual y terrena, y pon los despojos de tu voluntad vencida, de tus pasiones crucificadas, de tus gustos mortificados, en la hoguera inflamada que arde en el pecho inmaculado de Jesús.

Decídetes. Yo te prometo que serás dichoso.

CAPÍTULO X

Decaimiento interior

Voy a señalar aquí una de las fáciles pendientes por la que algunos suelen resbalar hasta las honduras del pecado: el decaimiento interior.

Cuántos, tocados de ese mal y sin experiencia de sus frutos desastrosos, hasta tanto haberlos gustado, nos podrían dar cabales noticias del inminente peligro que encierra. Pendiente, en verdad, temible, porque por ella se baja al abismo de la perdición. El decaimiento interior en la vida espiritual suele iniciar nuestra retirada de la lucha por la virtud. Y esta retirada se traduce en un descenso, unas veces rápido, otras paulatino, según la voluntad plegó sus alas de repente, o dejó de batirlas poco a poco.

Incalculables son los estragos que causa este formidable enemigo de la virtud, y fecundo el campo donde sienta sus reales. Fecundo..., puesto que apenas hay quien siendo de alta vida espiritual no haya sufrido esta dolencia. De ella triunfaron, remando contra la corriente que les empujaba a la tierra, y dirigiendo todas sus aspiraciones al cielo; y por esta razón pudieron volar

alto. La reacción les hizo más fuertes que antes se sentían; comenzaron con mayores bríos y ya nunca dejaron de agitar fuertemente sus alas, ni por apegos, ni por cansancios. Y éstos son los buenos, que un día sintieron alguna depresión en sus vuelos sobrenaturales.

Los primeros tanteos del decaimiento que nos ocupa casi no se advierten. ¿De qué manera podremos conocer su presencia? Será fácil conocer que lo tenemos cerca, por medio de cierto aflojamiento que su contagio produce en nosotros, disponiéndonos para que seamos sujeto de escondidas y terribles tragedias, en las cuales perece la virtud y sonrío el pecado. Tiene la propiedad de hundirnos en nuestra propia impotencia, dejándonos casi sin bríos y desesperanzados. Su efecto presenta un parecido con el efecto que produce una pesada piedra atada a nuestra cerviz, que, encorvando nuestro cuerpo, lo inclina hacia la tierra, en donde se abre su tumba.

Con razón le podemos llamar una especie de inapetencia espiritual, por la que menguan y llegan a perderse el gusto y los deseos de las cosas de Dios; si bien no siempre muestra esa especie de inapetencia, del mismo modo que el enfermo, que teniendo hambre y sed, se siente débil, impotente y teme desfallecer. Mas, por lo general, el decaimiento acusa flojedad, y la flojedad demuestra una disminución en el servicio del Señor. Y si se sirve poco a Jesús, ¿no será porque poco se le desea? El verdadero deseo, y es verdadero cuando prueba su verdad con las obras, expresa la fuerza de atracción con que Dios nos lleva hacia sí. Somos pequeños, débiles, finitos; pero grandes, fuertes, infinitos, por el deseo. Si, pues, no deseas a Dios, no tienes hambre de Dios.

A primera vista, parece muchas veces que los atacados por la enfermedad del decaimiento tienen rotas

sus alas, pero no es tal; mejor diremos que se hallan pegadas, enervadas, entumecidas. ¿Lograremos ponerlas en movimiento? ¿Por qué no? Bastará acuciarlas con insistencia, obligándolas a aletear de nuevo en sus ejercicios espirituales, con lo cual adquirirán vigor, y rompiendo la liga humana que las retiene, y despegándose del propio yo, remontarán por fin su vuelo.

Y aquí es hora de encarecer la mucha solicitud que todos los que ansían la santificación han de poner, para no aflojar en el servicio de Dios, si no quieren retroceder y quedarse detenidos en su adelantamiento. Aquí se encomienda la necesidad de una cabal firmeza en cumplir todos los actos espirituales que su director les señala, no escogiendo los que más les agradaren y omitiendo los que les parecieren, sino ajustándose en un todo a lo mandado. Esto último supone fidelidad a las inspiraciones divinas. Y si no hay fidelidad a Dios, tampoco la hay a su director, que en nombre del mismo Dios les rige, aconseja y manda.

Pero el cumplimiento de las divinas inspiraciones, lo mismo que las disposiciones del director, reclama decisiones firmes y constantes, o lo que es igual, para correr camino adelante en la virtud, son menester constancia y fortaleza.

No adelantará el que no tenga constancia en la práctica de sus actos espirituales, porque el adelantamiento se basa en continuas decisiones cumplidas, condición precisa para poder corresponder a la gracia. Y si en cada momento debemos estar dispuestos a inmolarnos en el altar de la crucifixión, pensemos que una pequeña crucifixión significa para nosotros el esfuerzo que debemos realizar para cumplir indefectiblemente todos nuestros propósitos, mortificaciones...; en una palabra, toda nuestra vida espiritual. Puede ocurrir que comencemos a trabajar en la virtud con

valentía; pero... ¿y si nuestros alientos sólo duran una corta temporada, pasada la cual volvemos a caer en nuestros primeros defectos, lo mismo o quizá peor que antes? ¿Qué progreso habremos hecho? Ninguno. Pasaron los días y tornamos a lo que fuimos: orgullo, miseria y pecados. ¿Y a esto llamaremos adelantar en la virtud? ¿De qué sirven a muchos, tantos y tan encendidos fervores? Los fervores se van apagando poco a poco, a medida que nos tornamos inconstantes y, por consiguiente, ingratos a los ojos de Dios. Para llevar a cabo la obra excelsa de nuestra santificación, nos precisa trabajar sin descanso.

Aparte de la constancia, necesitamos una gran fortaleza. Con ella podemos acometer, sin desmayos ni blanduras, lo más difícil, y subir a lo alto de la cruz, igual que a las cimas del amor, para expiar allí nuestras culpas, ofrecernos y ser sacrificados por la gloria de Jesucristo.

Es cosa de notar que nos reservamos excesiva indulgencia para con nosotros, lo cual nos resta, sin duda, fortaleza en la lucha que, precisamente, es toda ella contra nosotros mismos. ¡Sublime combate que los ángeles contemplan alegres, tejiendo puras e inmarcesibles coronas para todos los que así se esfuerzan!

Hemos de ser fuertes hasta la muerte. Nada nos arredre, ni la tierra, ni el infierno, ni el cuchillo, ni la hoguera, ni la pobreza, ni la cruz. ¿Qué importa todo esto si vamos camino de la santidad? Falta heroísmo en el mundo de las almas. No porque no exista, pues harta prueba de ello hay en la multitud de espíritus escogidos y singulares que pueblan la gran familia de la Iglesia santa, divina esposa de Jesús, sino porque crecería el número de los que glorificasen a Dios, triunfando definitivamente sobre sí mismos; y muchos que

no pasan del límite de la vulgaridad, quizá el Señor les escogería para hacer patente en ellos su poder y su misericordia. Podemos decir que los espíritus heroicos aparecen en el mundo corrompido, como un esplendente milagro de la gracia. Y es el heroísmo el que marca su vida, trazado lo mismo en el oculto retiro del hogar, que en la ocupación tumultuosa de sus deberes; igual en el taller que en la calle; lo mismo en el penoso trajín de la fábrica, que a la sombra amorosa del sagrario. En todas partes muestra su temple heroico, forjado en la fragua de la divina gracia y en el yunque del sacrificio.

¿Quién logrará su santificación y perfeccionamiento? El que se violenta, el que se empuja con esfuerzo continuo y se sostiene firme, ayudado de la gracia, evitando cualquier decaimiento. Claro que no se puede dejar de reconocer que las circunstancias de las cuales nos encontramos rodeados, muchas veces, nos predisponen a este mal. Mas no importa; por difíciles y continuas que sean las circunstancias en que nos hallemos, será siempre nuestro deber reaccionar con valor y esforzarnos entonces para cumplir con más perfección los actos de humildad, confianza y abnegación, por amor a Jesús. Así conseguiremos rehacer nuestros ánimos caídos, levantar el vuelo; con lo que vendremos a quedar más fuertes después de haber vencido en la lucha.

No te desanimes, tú que buscas a Jesús crucificado. No pienses, como muchos, que nada podrás hacer en la empresa de tu santificación. Éstos, evidentemente equivocados, comenzaron a descuidar sus ejercicios espirituales, sus actos de mortificación y de oración; y también su pureza de vida comenzó a disminuir. Y en la misma proporción, se alejó de ellos Jesús.

Tú, permanece dispuesto, con iguales bríos que al principio. ¡Ojalá esta disposición hubiese aumentado

en ti y no deje de aumentar! Será indicio seguro de tu adelanto y augurio feliz de hermosos grados de virtud.

Sé constante, fuerte, heroico. No ansíes el descanso en el destierro... Espera en Dios... Así hable tu alma:

*¡Querido Jesús!
Mientras dure este destierro de mi vida,
no pienso en descansar;
me basta vivir de amor a vos herida
para con fe luchar.*

CAPÍTULO XI

Avancemos sin temor

Al escribir esto no intento hacer exclusión de la bondad y necesidad de un temor, cuyos efectos saludables todos hemos sentido. Me refiero al santo temor de Dios. Las Sagradas Escrituras nos encomian y recuerdan con abundancia de textos la necesidad e importancia de este fructífero temor, al cual alude el Apóstol cuando nos dice: “Carísimos míos, trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación”.⁶¹ Somos frágiles y estamos rodeados de enemigos por todas partes; y estos enemigos son poderosos e insaciables: el demonio, el mundo y nuestro propio cuerpo con todas sus exigencias, dificultades y bajos instintos. Nadie, confiando en sí mismo, se asegure perseverar. “Mire no caiga el que piensa estar firme”,⁶² porque el corazón es inconstante y no pocas veces traidor, no guardando fidelidad a su Dios.

⁶¹ Cf Flp 2, 12.

⁶² Cf 1 Cor 10, 12.

El santo temor produce excelentes frutos en nosotros. “Nos gana la mirada de Jesús, que toma a su cargo librarnos de la muerte”,⁶³ porque “la misericordia de Dios permanece desde toda la eternidad y para siempre en aquellos que le temen”;⁶⁴ nos infunde paz y contento, confianza y seguridad, y nos fortalece para superar lo más pesado; “nos abre una fuente de vida”⁶⁵ y “es la base de nuestra más firme esperanza”,⁶⁶ expresada en esta consoladora frase de san Pablo: “Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros?”;⁶⁷ nos convierte en instrumentos de alabanza y de glorificación a Jesús, y nos llena de poder, de sabiduría y de dulzura. “¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de la dulzura que reservas para los que te temen!”⁶⁸

Sin intentar introducirnos en distinguir grados de temor, nos permitiremos apuntar aquí el distinto aspecto que reviste el temor, cuando se trata de los que habitualmente están en gracia, y cuando se trata de los que viven entregados a graves pecados, a los que frecuentemente sólo les mueven las penas infernales, y el temor de caer en ellas les hace salir del estado de pecado mortal y retraerse de pecar en lo futuro. Para los primeros, podemos decir que el santo temor de Dios es una valla sobrenatural puesta para impedirles, o mejor se dirá, para dificultarles el que salgan de su propio cauce, en el vuelo amoroso hacia Jesús. En los segundos, el temor es el principio que obra el cambio, que inicia la piedad,⁶⁹ impulsándoles a cambiar de rumbo y mudar completamente su vida.

⁶³ Cf Sal 32, 18-19.

⁶⁴ Cf Sal 102, 17.

⁶⁵ Cf Prov 14, 27.

⁶⁶ Cf Prov 14, 26.

⁶⁷ Rom 8, 31.

⁶⁸ Cf Sal 30, 20.

⁶⁹ S. BASILIO, *Homilía 8*, 32.

En los que están habitualmente en gracia, el temor va a retaguardia, custodiando siempre sus pasos, y reteniéndoles como una mano invisible, si se asoman al abismo del pecado; según este gran maestro de almas san Ignacio de Loyola nos enseña en su libro de los santos Ejercicios: “Supliquemos a Dios íntimo conocimiento y sentido de las penas que sufren los condenados para que si alguna vez me olvidare del amor que debo al Señor eterno, por mis pecados, a lo menos el temor de las penas me ayude a no volver al pecado”.⁷⁰ Habla aquí el santo de las culpas veniales, las cuales preparan el camino al pecado mortal. Y el primer medio que nos indica para curarnos de estas faltas veniales, es el recurso del amor que debemos a Jesús, el cual nos obliga a responder no con ingratitudes, insultos y desatenciones, sino con gratitud, correspondencia digna y fidelidad. Mas por si nos olvidamos de que debemos ser fieles y agradecidos y de que debemos corresponder amor con amor, nos señala un segundo medio, terrible y eficaz, presentándonos a Jesús en su infinita justicia.

Y en cuanto a los que habitualmente viven en gracia, hemos de consignar que para algunos tiene otro nuevo aspecto: temen pecar, no pensando en las penas que el pecado merece, sino por no ofender a Jesús. Y este temor de poder ofender al Señor les hace más cuidadosos, vigilantes y fieles. Nos hallamos, pues, ante un temor sobrenatural que nace no de la consideración de las penas infernales, sino del mismo amor que el alma siente para con su Dios. Este amor es “el que hace al alma obrar y le pone calor para no faltar”. De éste dice el real profeta: “Bienaventurado el varón que

⁷⁰ S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, 1.ª semana, 5.º

teme al Señor, porque en sus mandamientos codicia obrar mucho. Donde si el temor, por ser hijo del amor, le hace esta obra de codicia, ¿qué hará el mismo amor?"⁷¹ El temor de poder llegar a ofender a Jesús le hace decir a santa Teresita: "Llamadme junto a Vos, divino esposo mío, antes que permitir manche mi alma en la tierra la más ligera falta voluntaria".⁷² Pero este santo temor no hay que confundirlo con el apocamiento, la debilidad, el miedo al sacrificio, la desconfianza y el desaliento. Todo lo contrario: el santo temor es fuerte, valiente, decidido, constante, confiado.

Suele ocurrir, no obstante, que cuando uno se decide y entra en la palestra espiritual dispuesto a ganar, cueste lo que costare, las alturas de la perfección, y ser todo de Dios, entonces, el enemigo infernal, envidioso de nuestra felicidad y ladrón de la gloria de Jesús, acostumbra a presentarse a él con el intento de envolverle en las redes de otra clase de temores, los cuales hace brotar de delicadezas y registros de conciencia, que, en resumen, vienen a convertirse en escrúpulos perniciosísimos.

Y no es de maravillar esto que acabamos de decir, ya que el demonio procura a las almas de esta clase acometerlas con armas muy refinadas y ocultas, disfrazadas, con frecuencia, con apariencias deslumbrantes de verdad, con las que el alma no piensa pueda ser perseguida. Evidentemente que se trata de un temor malo, cuya condición bien pronto se conocerá por el efecto desastroso que produce. Se le cree fruto de una conciencia delicada, y ocurre ser a manera de niebla que envuelve, atormenta e impide obrar. El demonio

⁷¹ S. JUAN DE LA CRUZ, *Noche oscura*. Canción 2.ª, cap. XIX.

⁷² SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*. Apéndice.

pone gran interés en cortarles el paso, en su avance porfiado por los senderos de la vida espiritual. A este fin, procura desorientarles, oscurecerles con las tinieblas de las dudas, hacerles temer de todo y, para conseguirlo, pinta como una mera ilusión la vida sobrenatural que realmente viven, el amor que tienen a Dios, el fin santo por el que hacen todas las cosas; como... representa a estas conciencias, con astucia diabólica, la visión de que en ellas todo es falso, que su virtud es mentira y que en realidad, al comunicarse con su director, le engañan. En suma, trabaja el enemigo para inducirles a la tentación de que se crean que no son más que unos hipócritas, que andan buscando su propia satisfacción y honrilla.

Así, con estos medios pretende atemorizarles, desalentarles, conturbando y robando su paz, y no son pocos, desgraciadamente, los casos, tristes de verdad, en que lo consigue el demonio.

De donde podemos deducir una enseñanza que debe saber y nunca olvidar quien busque y quiera encontrar a Jesús en el íntimo y secreto vivir sobrenatural: no dar cabida en sí a temor alguno que perturbe y acobarde y debilite sus fuerzas. Todo temor, a excepción del santo temor de Dios, viene a ser igual que la mala hierba que aprisiona, ahoga y mata los buenos deseos. Mientras la caridad nos une a Dios, él nos separa; en el amor hay confianza, él nos lleva al decaimiento; la caridad triunfa, él es vencido; el amor siempre espera, el temor llega hasta la misma desesperación. Fácilmente se dan a conocer los que están atacados de este mal. Demuestran inseguridad en todo lo que hacen, y los mismos actos espirituales, en vez de proporcionarles paz, dulzura y sosiego, engendran turbación, llenándoles de recelos y debilitando, si es que no matan, los fervores, buenas disposiciones y momentáneos entusiasmos.

A la vista de un cielo, nuestra gloriosa corona, no temamos sino sólo a Dios, con toda la esperanza puesta en él. Por ventura, ¿podrá temer quien se abandonó a la providencia de su Creador? ¿Podrá albergar miedos quien vive unido a Cristo? Con Dios somos invencibles; sólo Jesús nos basta.

Ceder a los miedos ante las espinas que protegen la flor de la virtud es desertar de las sendas de Dios. Temen y huyen los débiles, y la debilidad nunca fue yunque donde se pueda forjar la perfección. Y al progreso en esta perfección espiritual ha de responder siempre un aumento en la vida de mortificación o de martirio, a lo menos de deseo, el cual consiste en negar la propia voluntad, contrariar los gustos sensuales, equilibrar el corazón, no pegándolo más que a Dios, y en practicar las torturas corporales que tengan a raya los asaltos de la concupiscencia y nos purifiquen de las impurezas que nos manchen. Todas estas gotas de sangre, derramadas en el martirio o mortificación cruenta voluntaria, quedan convertidas en gotas finísimas de encendido amor divino.

¿Buscas y anhelas la unificación con Cristo? Avanza sin miedo, puesta toda tu confianza en aquel que es la misma fortaleza. Déjate llevar en todo por él, que buen defensor tendrás contra el que nada puede todo el poder del infierno. Y entonces tendrás paz, porque la amenaza de las criaturas no te turbará; ni te podrá inmutar cualquier cambio que en ti adviertas, porque siempre permanecerás pegado en todo a tu Dios, y como un cadáver, a cuanto no sea Dios. Y siguiendo este sencillo camino llegarás a no tener más vida que la divina. ¿No quieres ser tú uno de estos espíritus dichosos y afortunados?

Jesús, el amador de las almas puras, se acerca a ti y te habla y te... espera. ¿Sentirás miedo de su visita?

*¡Oh, amado Jesús!
No temo darte cuanto me pidas;
¡eres tú mi dueño!
Llegar a darte pedazos de mi vida...
¡En esto yo sueño!*

En un augusto atardecer, el discípulo predilecto reclinó la cabeza sobre el inmaculado pecho de su Maestro...; escuchó el vibrar de un corazón omnipotente enamorado... Y escribió después: "El miedo no cabe en el amor; aquel que teme, todavía no posee el amor perfecto".⁷³

⁷³ Cf 1 Jn 4, 18.

CAPÍTULO XII

Necesidad y valor de la mortificación

HEMOS de reconocer en la mortificación uno de los principales factores para dominar las malas tendencias de nuestras pasiones, pagar a Dios las deudas contraídas por los pecados y purificar el corazón de las impurezas terrenas. El que no es mortificado, no puede alcanzar la victoria.

Qué idea tan equivocada se suele tener de la mortificación. Y qué miedo inspira a muchos solamente su nombre. Desconocen su virtualidad poderosa para llevarnos al amor de Jesucristo, y su gran influencia en nuestra vida sobrenatural, pues nos atraen las miradas compasivas y amorosas de Jesús, sus divinas gracias y sus consuelos, siempre mayores a las amarguras de nuestras mortificaciones; lo cual testifica el apóstol san Pablo cuando dice: “Estoy inundado de consuelo, rebose de alegría en medio de todas mis tribulaciones”.⁷⁴ Y esto lo afirma el apóstol de las grandes auste-

⁷⁴ Cf 2 Cor 7, 4.

ridades, que castiga su cuerpo y lo esclaviza;⁷⁵ que lleva siempre en su cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Cristo se manifieste también en su cuerpo;⁷⁶ que mortifica sus miembros⁷⁷ hasta el extremo de poder afirmar que está crucificada con Cristo toda su persona.⁷⁸

Así, pues, es un error pensar en llegar a la adquisición de la perfección cristiana sin emplear el medio eficaz de la mortificación, “indispensable medicina y... debe ser dosificada en el modo y grado que convenga, según la gravedad del mal que haya que curar y con relación a la capacidad del alma y del cuerpo a que debe ser aplicada”.⁷⁹

No obstante el temor en que se la tiene, la palabra mortificación es escuchada y recibida por los que aman a Cristo como una de las notas más dulces de su amor. Ser mortificados a semejanza de su querido Maestro: he aquí la meta de sus ansias y de sus anhelos. Con qué ardor desean y emplean las más arduas mortificaciones. Tienen presentes estas palabras de la Sagrada Escritura: “Si vivís según la carne, moriréis; pero si mortificáis los actos de la carne, viviréis”.⁸⁰ Y éstos quieren vivir la vida que no se acaba y fenece en la sepultura, la que por encima de la tumba sube hasta el cielo y halla su manantial eterno en Dios; quieren vivir con la misma vida de Cristo, y por eso dan muerte a cuanto les pueda arrebatar la vida divina. Mediante la mortificación matan lo que puede haber en ellos

⁷⁵ Cf 1 Cor 9, 27.

⁷⁶ Cf 2 Cor 4, 11.

⁷⁷ Cf Col 3, 5.

⁷⁸ Cf Gal 2, 19.

⁷⁹ Cf J. TISSOT, *La vida interior*, 3.ª p., L. I, cap. III, 19.

⁸⁰ Cf Rom 8, 13.

de torcido, de pecado, de sensual, y logran contenerse dentro de la esfera del bien y no caer en el pecado que por todas partes les solicita.

Tenemos mucho que corregir y matar en nosotros. Cuando uno llega a conocerse bien, qué cosas no descubre en sí. En nuestros sentidos, potencias; en nuestro interior, en nuestra persona, sorprendemos inclinaciones, atractivos, disposiciones, impulsos y deseos que nos conducen al mal. ¿De qué manera podremos curar esas posibles desviaciones y alejar esos peligros? Se impone entonces el uso de la mortificación, si no queremos ir al fracaso. Hace falta que sea más conocida la necesidad de este medio de santificación, para que sea tenida en mayor estima y aumente su uso entre los cristianos, de entre los cuales muchos son los que desconocen el camino real de la cruz.

Y porque olvidamos que la vida presente es un desierto y que nuestra misión aquí no es otra que la de vencer, para luego ser coronados, nos tratamos con el mejor cuidado, exquisito esmero y distinguido aprecio, igual que si nunca hubiésemos de morir, ni dar cuenta el día de nuestra muerte de todos nuestros actos. Nada permanecerá oculto; todo será puesto en la balanza de la divina justicia. ¿De qué servirán entonces los mimos habidos para este miserable cuerpo, los cuidados excesivos y pecaminosos, los adornos, las falsas excusas para complacer los locos caprichos del mundo, las recreaciones que el mundo llama lícitas y están erizadas de peligros, de desvergüenzas y de pecado? ¡Ay de los que no pueden sufrir la más pequeña mortificación! A la fuerza, estos tales se verán precisados, al hacer su examen de conciencia, a anotar en su cuenta gran número de pecados, a lo menos de vanidad, quizá de escándalo, de curiosidades malsanas y peligrosísimas, en muchas de las cuales perece la virtud.

La carne se rebela contra el espíritu, y en esta lucha nadie puede permanecer impasible. Somos nosotros mismos el teatro en donde se ha de desarrollar la acción bélica, y la carne, con todas sus concupiscencias, no será sujeta y domada si antes no se la reduce y amansa, frenando las pasiones con la mortificación, que las vuelve dóciles, las hace fuertes para el bien, una vez purificadas, y las contiene en todos sus arranques y acometidas hacia el mal. No echemos en olvido que fuimos "hijos de ira".⁸¹ Apenas hacemos nuestra aparición en el escenario de este mundo falaz, una desavenencia profunda notamos en nuestro interior: la carne se rebela contra el espíritu, queriendo el cuerpo arrebatarse al alma su trono de reina. El esclavo no quiere servir a su reina, y no sólo rehusa servirle, sino que exige ser servido por ella. Se impone, por tanto, la necesidad de empuñar el látigo de la mortificación, para reducir el cuerpo a su sitio y obligarle a cumplir su deber de criado.

¡Desgraciado el que abandona las riendas de su gobierno en manos de los apetitos bestiales del cuerpo! No hay esclavitud más denigrante, sucia, humillante y atormentadora, que aquella que ejercen las pasiones sobre el que se entrega a ellas. A romper y huir de esta esclavitud vergonzosa, nos ayuda la mortificación.

Siendo esto así, ¿por qué se tiene de ella tan poca estima? ¿Por qué tantos se asustan y se atemorizan ante la presencia de la mortificación? ¿Es que temen a la cruz? Pues, ¿no son estos mismos los que cotidianamente y repetidas veces imprimen en el rostro del Crucificado un beso ardiente de amor, estrechando entre sus manos y poniendo sobre su pecho la cruz? ¿Acaso no piensan lo que eso significa? La cruz nos recuerda

⁸¹ Ef 2, 3.

la señal, el camino de nuestra salvación. Y la cruz es dolor..., es sufrimiento..., es privación..., es mortificación.

Por consiguiente, del mismo modo que nadie puede alcanzar la salvación..., la perfección, sin la cruz, nadie tampoco podrá santificarse sin el ejercicio frecuente de la mortificación. Ella es el látigo para domar los arrebatos de las pasiones y detenerlas en sus tendencias hacia el mal; el freno que regula el uso de nuestros sentidos y modera los ímpetus de los caracteres; el martillo que temple los ardores de los torcidos deseos y de las malas inclinaciones; la llave del orden y de la paz interior; el secreto de alegría, de bienestar y de consolación; el oro fino con el que el hombre adquiere y aviva en sí el amor divino y compra la santidad.

Bendita mortificación que a tantos salvas, alegras, redimes y perfeccionas. ¡Si te conociesen; si supiesen lo hermosa que eres, los felices secretos que encierras, las alegrías que das, la paz que infundes, la pureza que engendras, el amor que enciendes! Tengo por cierto que no te huirían, mas al contrario, te desearían con vivas ansias.

Cuando se pierde la idea de lo que es y significa la vida presente para el hombre, se va tras el placer; cuando se mira la vida presente tal como es para nosotros, es decir, un lugar de prueba y una estancia muy corta para merecer, entonces se estima, se desea, se busca la mortificación, la cual viene a reducirse a una pequeña aplicación de la cruz. No consiste el ser buenos en admirar y contemplar la cruz, sino en tomarla, llevarla y grabarla en nosotros. Y esto precisamente son las mortificaciones: usos pequeños de la bendita cruz, preciosa divisa de nuestra redención.

¿No quieres usar la cruz? ¿No gustas llevarla contigo? Sé mortificado; tómale cariño a esa tu verdadera

amiga, que, si la llevas contigo, nadie te dañará. Ella te dará el aviso ante los peligros; te guardará de tus enemigos; no te permitirá entrar en las sendas vedadas a la virtud; te ayudará y sostendrá cuando vaciles y, si cayeses en medio de tus propios enemigos, será tu escudo invencible, contra el cual se destrozarán todas sus flechas envenenadas.

La mortificación con amor nos hace invencibles..., igual que el Crucificado.

¿Deseas vencer, salvarte, perfeccionarte, santificarte? Ama la mortificación, ponla en práctica, haciéndola tu inseparable amiga. Te prometo que con ella irás seguro a todas partes.

CAPÍTULO XIII

El amor propio

“**A**MÉMONOS los unos a los otros, porque la caridad procede de Dios. Y todo aquel que así ama es hijo de Dios y conoce a Dios. Quien no tiene este amor no conoce a Dios, puesto que Dios es todo amor”.⁸²

Estas palabras escritas por la pluma del apóstol san Juan en su primera carta, nos marcan la medida del amor que hemos de tener a nosotros mismos. Según ellas, todo verdadero amor descende de Dios, porque él es el amor infinito. Su bondad comunicada a las criaturas, las hace amables, de suerte que la bondad de la criatura solamente es un reflejo de la eterna bondad. ¿Y nos contentaremos con gozar de estos pálidos reflejos, de estas pequeñas participaciones del eterno bien que brillan en las criaturas, olvidando levantar nuestras miradas hacia el sol increado, del cual parten todos los rayos de bondad y de belleza esparcidos por la tierra y por la obra inmensa de la creación?

⁸² Cf 1 Jn 4, 7-8.

Lo creado no nos puede satisfacer, ni mucho menos alcanza a llenar los anhelos de nuestro corazón. No obstante, en estos reflejos nos detenemos, para poner en ellos todos nuestros cariños, esclavizando nuestra voluntad y empequeñeciéndola. Qué pequeños nos hacemos cuando nos contentamos con lo creado, dirigiendo la trayectoria de nuestras aspiraciones hacia lo perecedero.

Pero aumenta nuestra pequeñez si esa contemplación de la bondad y esos cariños los encauzamos en dirección a nosotros mismos, cual si fuésemos el centro único de las cosas. Queremos constituirnos eje en torno del cual se desenvuelvan la voluntad, amabilidad y hermosura de las criaturas, para satisfacer nuestros gustos y contentar nuestras pasiones: es el hombre amándose a sí mismo con un amor único y exclusivo. He aquí el amor propio, egoísta, cruel, exigente, caprichoso, que sólo gusta de placeres, de halagos, y que tan sólo está contento cuando se ve satisfecho. Del amor propio “nacen dos amores diversos... El uno, por razón del ánimo, y el otro, por razón del cuerpo. Por parte del alma se causa en nosotros el amor de la propia honra y excelencia; por parte del cuerpo, el amor del gusto y deleite corporal y sensual... Todos los pecados tienen su fundamento en el amor propio y nacen de él... Por lo cual conviene que la voluntad se niegue, y la carne se macere y dome con la dura penitencia y ejercicios de mortificación y cruz, que son cuchillo del amor propio”.⁸³

Conocida la raíz de donde dimana el mal, debemos emplear nuestras fuerzas por extraerla y echarla de nosotros, por lo que nos precisa desarraigar, aun a

⁸³ Fr. JUAN DE LOS ÁNGELES, *Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma*, 1.^a, cap. XVI.

costa de los mayores sacrificios, si deseamos progresar en la virtud, toda semilla de amor propio desordenado que sintamos tener dentro de nuestro interior. Claro que para conseguir esto, necesitamos contrariar los instintos de nuestra naturaleza, viciada por el pecado, cada momento, gloriándonos de no saber otra cosa que a Jesucristo, y éste crucificado.⁸⁴

Y esta contradicción a nuestros gustos y vanagloria ha de ser continua para llegar a conseguir el dominio total de la voluntad que, encaminada al amor de Dios, sale de sí, déjase y se olvida para hacerse débil con los débiles, toda para todos, a fin de ganar todas las almas para Cristo.⁸⁵ De donde se deduce que la humildad es la cuña precisa para saltar el duro bloque del amor propio, que obstruye todo camino hacia la perfección cristiana. El amor propio huye de ser humillado; busca siempre el primer lugar, y en todo quiere ser atendido; desea las preferencias y lleva a mal el ser postergado. El amor propio no reconoce compañerismo; su lema es: él, y sólo él, y siempre él. En todas sus manifestaciones revela una funesta desviación del amor que se debe a Dios. Tampoco reconoce la caridad preceptuada para con el prójimo, cuyo bien absorbe, cuya hermosura y amabilidad, destellos del mismo Dios, quisiera gozar a su antojo, encadenando a sus caprichos sensuales, a su egoísmo opresor y orgullo insensato, la libertad, el juicio, la honradez y la paz de las conciencias.

Mas teniendo en cuenta que una de las características de los buenos es el generoso desprendimiento, pues aman a Dios y en Dios todo lo demás, el amor propio córtales el paso, ya que en su haber no se cuen-

⁸⁴ Cf 1 Cor 2, 2.

⁸⁵ Cf 1 Cor 9, 22.

ta el desprendimiento en favor de los demás; tan sólo buscan ver cumplidos sus gustos y sus caprichos. Al que esté atacado de este mal, no le habléis de generosidades; es ciencia que desconoce. Si practica la virtud, lo hace con la mira puesta en sus gustos terrenos. Si llega la ocasión en que se le contraría, pronto lo tira todo al traste, no pudiendo sufrir las pequeñas contrariedades.

Terrible enfermedad que aqueja profundamente a muchos que quieren ir camino de la virtud. Las obras de apostolado, en sí admirables y fecundas, con frecuencia fracasan ruidosamente, porque esta pasión desordenada se mete en sus propios cimientos, en el obrar de los que debían ser apóstoles, y pronto, la desunión y desacuerdo se adueñan de todo.

Cuánto bien se haría en las conciencias, cuánto bien nos haríamos a nosotros mismos, si nos curásemos del vicio tan arraigado de estimarnos exageradamente. Parece mentira que el hombre, tan grande por su destino, se satisfaga contemplando y mirando, en cada momento, su nada. Y colocar la nada sobre el amor a Jesús, cuando esta nada no tiene otro oficio que servir de peana al trono de Dios, es algo que no cabe en recta razón.

El amor propio roba a Jesús el amor que le deben las criaturas. “Amemos, pues, a Dios, ya que Dios nos amó el primero”.⁸⁶

El amor propio mata el amor al prójimo y acaba la mutua caridad. “Nosotros debemos estar prontos a dar la vida por la salvación de nuestros hermanos”.⁸⁷ “Debemos amarnos unos a otros”,⁸⁸ pues “tenemos este

⁸⁶ 1 Jn 4, 19.

⁸⁷ 1 Jn 3, 16.

⁸⁸ 1 Jn 4, 11.

mandato de Dios: que quien ama a Dios, ame también a su hermano”.⁸⁹ Y “si nos amamos unos a otros, Dios habita en nosotros, y su caridad es consumada en nosotros”.⁹⁰

⁸⁹ Cf 1 Jn 4, 21.

⁹⁰ Cf 1 Jn 4, 12.

CAPÍTULO XIV

Abnegación

¡MÁGICA palabra! Su eco suena a los oídos de los espíritus fuertes y servidores de Jesucristo con acentos de combate y de gloria, con melodías de triunfo y de cielo. En todos los órdenes de la vida es ella un elemento primordial para el recto cumplimiento del deber, el cual, con frecuencia, se ve acompañado de privaciones, contrariedades y amarguras. Cumplir el deber es llevar la cruz de nuestro estado; pero nadie acertará a llevar con merecimiento la cruz, ni podrá llenar la medida del deber, si no se apoya en la abnegación. La carencia de ésta origina desavenencias; hace fracasar las mejores obras, y los más firmes propósitos quedan sin cumplimiento.

Y al referirnos a la vida espiritual, al progreso en la virtud, al orden armónico que debe reinar entre el espíritu y el cuerpo, ocupando cada cual el lugar que le corresponde dentro del orden que la divina providencia ha establecido, cabe preguntar: ¿será posible que pueda existir en nosotros la deseada paz sin la abnegación? De ningún modo. Necesita nuestra voluntad,

atraída poderosamente hacia el mal, ser sujeta, vencida, contrariada, negada; necesita nuestro cuerpo, con sus tendencias al regalo y buen trato, ser privado de sus satisfacciones: en primer lugar, de las corruptoras y sensuales; en segundo lugar, de las peligrosas y, últimamente, aun de las más legítimas, para poder ejercer sobre nuestro cuerpo y voluntad un dominio completo.

No hay cumplimiento del deber sin abnegación, sobre todo cuando su cumplimiento es penoso. “El deber exige el olvido de las comodidades, la victoria sobre los caprichos, los gustos, y los hastíos de toda clase, el sacrificio de las preferencias o de las repugnancias; la santa y noble esclavitud del deber es la gran escuela de la renuncia a todo lo que sea amor propio”.⁹¹ Ahora, el amor propio tiene por oficio la abnegación. Cuando ésta no existe, la vida social queda rota y en desorden; el hogar se convierte en un vivero de discordias, sinsabores y lágrimas, y el individuo vive molesto, apenado, entristecido y sufriendo por la mayor contrariedad o privación que se le pida. ¿Cuál es la razón de ello? La razón está en que la vida social, la vida del hogar como la del individuo, forman una cadena eslabonada de abnegaciones.

Tal acontece en la vida íntima del espíritu, donde la lucha es callada y no pocas veces violenta. Y sepan quienes trabajan por alcanzar la perfección, que una de las bases sobre que descansa la escala de la santidad es la abnegación completa. Quien “sabe negarse a sí mismo, renunciar a sus caprichos, prescindir de su sensiblería, moderar sus aficiones, llega a ser necesariamente... de carácter firme y vigoroso para el sacrificio. Los grandes corazones están templados en la ab-

⁹¹ J. TISSOT, *La vida interior*, 3.^a p. L. I, cap. VI, 32.

negación y son de temple tanto más fuerte cuanto... saben anegarse en este baño... Un corazón así sabe amar a Dios, al prójimo y a sí mismo".⁹² Por eso, quien no está formado en este molde, no aprenderá a amar a Jesús, ni al prójimo, ni a sí mismo. Y en tal caso, ¿qué vida espiritual podrá tener?

La virtud no consiste en complacer a los sentidos y en seguir la corriente de nuestros apetitos egoístas, sino, al contrario, consiste en remar contra esa misma corriente, resistiendo a su dirección, con esfuerzo, lo cual supone un trabajo de abnegación. Si ésta nos llegase a faltar, nunca lograremos dominarnos ni regirnos, antes más bien seremos dominados y esclavizados. Lo que confirman estas palabras del Kempis: "No puedes poseer la perfecta libertad, sino a condición de que te niegues a ti mismo totalmente".⁹³

Y abnegarse significa para nosotros practicar la propia sujeción de nuestros instintos, sentidos y potencias, dominio sobre todos ellos; abnegarse quiere decir contrariarse, abrazarse al sacrificio. "Quien con valor... doma sus apetitos y reprime hasta los menores movimientos de su propia voluntad, ejecuta una obra de mucho mayor mérito a los ojos de Dios, que si, conservando alguno de ellos vivo en su corazón, afligiese y maltratase su cuerpo con los más ásperos cilicios y disciplinas...".⁹⁴

¿Cuáles son, pues, los que se ponen en condiciones de seguir los altos grados de la virtud? Solamente aquellos que de veras se disponen a ser abnegados, porque esta disposición interior los deja fuertes para soportar, aceptar y hasta desear lo más difícil y dolo-

⁹² J. TISSOT, *La vida interior*, 3.^a p. L. I, cap. V, 31.

⁹³ T. DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, L. III, cap. XXXII, 1.

⁹⁴ L. SCÚPOLI, *Perfección cristiana*.

roso. No les faltan resoluciones valientes y propósitos rotundos de trabajar con ahínco en la propia santificación, de poner en actividad todos los medios que Jesús les conceda para crecer en hermosura a las miradas de él, mediante una purificación más intensa y general que devuelva y aumente la gracia y, con ella, la inocencia, la pureza y el amor divino.

Pero muchos que de esta manera se resuelven y proponen, llegan a fracasar, porque se olvidaron de comer el pan de los fuertes. En las horas de retiro, de meditación; en los ratos de recogimiento, de quieta soledad; en las visitas a Jesús; en algunas secretas mociones de amor sobrenatural, sin duda, nacieron ardientes deseos de servir a Dios, y brotaron de la voluntad resoluciones y propósitos; surgieron bellos ideales de virtud, de santidad. Bellos ideales que nunca tendrán realización si llega a faltar la presencia de una abnegación completa.

Y no nos forjemos ilusiones, pensando quizá que, guardando nuestros apegos y vicios, podemos ser virtuosos y fieles a todas las gracias que nos prodiga el buen Jesús. Si tal pensáramos, nos engañaríamos. Es preciso que cumplamos nuestro deber para con Dios. Y este nuestro primer deber es el de la fidelidad, por medio de la cual ponemos en cumplimiento la voluntad de Jesús, pero combatiendo y anulando al mismo tiempo la nuestra propia. Se nos pedirán, en cada momento, nuevas pruebas de amor. ¿Cuáles? Actos de abnegación soportados por él. Y en este sentido, la mies es mucha, tanto que si queremos, hallaremos en nosotros frecuentes ocasiones en que podamos probar el temple de nuestra virtud y ejercitarnos en la abnegación. Repasemos un momento nuestra vida y encontraremos en ella una mina, todavía no explotada, de valores, que no hemos sabido o no sabemos aprove-

char para santificarnos. ¡Se nos brindan tantas ocasiones de vencimiento y de abnegación! Si nos aprovechásemos de ese rico tesoro, con qué facilidad compraríamos lo más fino de la virtud.

Trabajar por Jesús, ser apóstol suyo. ¿Cómo realizar este ideal, cómo cumplir estos fervientes deseos que devoran a muchos, si no están bien escudados con este medio necesario para ser un verdadero apóstol? A cada paso se verán precisados a echar mano de la abnegación, para poder continuar trabajando por la divina gloria y la salvación de las almas; a cada paso les saldrá al encuentro la condición de ser abnegados para no ser vencidos. Los que están de esta manera formados se olvidan de sí mismos, y se dan al prójimo por caridad, por amor, pues su mirada solamente se dirige a Jesús, en el cual descansa como en su centro único.

Qué bella y sublime es la abnegación. Nada teme; para todo encuentra solución. De qué manera simplifica la vida y deshace sus nudos más enredados, y allana las dificultades, y modifica los temperamentos, y trueca en suave y alegre lo que es áspero y triste.

¿Y dónde se aprende? Hay un libro abierto en cuya única página, saturada de sangre redentora, se solucionan todas las dificultades, los conflictos, sucesos. ¿Conoces este libro divino? Es el Crucificado. El que es abnegado mira a Cristo, y en él lo ve al instante todo solucionado. Y es que hace..., lo mismo que Jesús hizo.

Poco adelantan algunos. El mal está en que quieren santificarse bordeando, en la práctica, las rutas que Jesús les ha trazado. No quieren aceptar sus planes. ¿Cuándo nos convenceremos de que es perder el tiempo buscar maneras de santificarse distintas de aquellas que nos trazó el Maestro?

Abnegación. ¿Por qué te temen tanto? No te conocen; no saben de tus dulzuras y de tus escondidas alegrías; no han probado lo grato de hacer el bien..., de salvar un alma a fuerza de negaciones propias y de amor a Cristo, un alma que eternamente le glorificará en la eternidad. Desconocen la paga crecida que da Jesús a los que por su amor hacen un acto pequeño de sacrificio. Las humillaciones, a las cuales nos obliga, las cambia luego en saltos de contento; las lágrimas derramadas en silencio, en gotas de puro amor caídas en el fondo del alma; las luchas y cansancios, en íntimas satisfacciones, cuyo subido bienestar siente el alma, pero sólo Jesús puede medir.

Abnegación. Flor encendida que te enroscas al árbol ensangrentado de la cruz sacrosanta. Siempre a tu sombra vive y crece el que ama a Dios.

Acerquémonos al glorioso madero donde está Jesús, y besemos con cariño esa flor purpurada, la flor de la abnegación, que nos habla con su nombre de nuestros anhelados amores divinos.

CAPÍTULO XV

Necesidad de una dirección espiritual

TODO el que aspire a su santificación necesita tener un director que guíe sus pasos hacia Dios. Y aunque el principal agente y movedor de las almas es Dios, no obstante, quiere valerse de sus ministros “como instrumentos para enderezarlas... según el espíritu... que va dando a cada una”.⁹⁵ “Sé –escribe santa Teresita del Niño Jesús– que Dios no necesita de nadie para llevar a cabo su obra de santificación; mas así como permite a un hábil jardinero cultivar sus plantas raras y delicadas, dándole la ciencia necesaria a este objeto, pero reservándose el cuidado de fecundizarlas, del propio modo quiere ser secundado en la divina cultura de las almas”.⁹⁶ Este hábil jardinero a quien toca cultivar y encauzar a las almas es el director, su ángel visible en la tierra.

Por consiguiente, quien se proponga adelantar en la virtud, escoja su guía espiritual y póngase en sus

⁹⁵ S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Canción 3.^a, XV.

⁹⁶ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. V, 37.

manos. ¿Podrá arribar al puerto de salvación la frágil barquilla puesta en alta mar, sin rumbo fijo y perdida en medio de un océano inmenso? ¿Logrará resistir ella sola, día tras día, los embates de furiosas tempestades? Y aun supuesto que el sol dore esta barquilla mecida en alta mar por las olas de apacible calma, ¿quién desplegará su vela al soplo de las brisas favorables, para que pueda llegar, con recto avance, a las playas de salvación?

Nos parecemos a esta barquilla débil. Vamos bogando al través del océano inmenso de la vida espiritual, en busca de Dios. Mas difícilmente podremos gozar, sin dirección, de las playas eternas iluminadas por la fe y encendidas por amores divinos; difícilmente conseguir el llegar a la orilla salvadora, donde alumbran los rayos luminosos de la santidad, si teniendo a mano una buena dirección, la rechazamos. Puede darse por seguro, dice san Vicente Ferrer, que no tocará el término deseado de la virtud, ni recibirá los auxilios sobrenaturales aquel que teniendo a su disposición un hombre capaz de dirigirle, descuide este poderoso medio. Necesita un piloto que le gobierne, un guía que le dirija y que sepa desplegar sus velas al soplo de las brisas divinas, que son las mociones interiores con las cuales el Espíritu Santo quiere moverle.

Lastimosamente se equivoca el que fiado a sus fuerzas, o apoyado en una falsa confianza de sí mismo, desdeña los medios que Jesús pone a su alcance, pretendiendo dirigirse en el recorrido de su santificación. ¿Quién le hará desprenderse de su propia voluntad? Por eso ocurre que estos tales andan ciegos y desorientados, esconden sus dolencias y no pueden manifestar sus impulsos y tendencias, con frecuencia malos, si bien muchas veces aparezcan ser de espíritu bueno. Y no es necesario hacer constar que, casi siem-

pre, sus esfuerzos son inútiles, y que tampoco toca a ellos discernir y juzgar sobre su estado; otro hay a quien compete por deber ministerial este oficio: el director.

Todo lo dicho fácilmente se entiende si consideramos que la vida espiritual semeja un bosque que esconde sus hermosos encantos y está cruzado por innumerables y pequeñas sendas, las cuales, en tanto que avanzan, se abren en anchos caminos cuyo glorioso remate es la santidad.

¿Quién nos mostrará nuestra senda? ¿Quién nos enseñará nuestro camino? ¿Quién nos señalará la dirección por la cual Jesús, Señor y dueño de las almas, quiere que lleguemos hasta él? Este oficio está reservado al director. Y no es ya sólo el número de estas sendas tan variadas y distintas lo que exige una dirección, sino las oscuridades que la envuelven y que suelen engendrar muchos temores e incertidumbres. Los que andan privados de dirección se parecen a los ciegos perdidos en medio de un inmenso bosque. Los mismos rayos de la luz divina, que pasan fugaces ante ellos para alumbrarles, no son conocidos. Creen que son relámpagos de una nueva tormenta que se cierne sobre ellos, y así se turban e inquietan. Y ésta es una de las razones poderosas por la cual no adelantan. “El alma que camina sin director, presto se cansa en el camino. El alma es como una pared que se levanta; el director es un cimiento firme que la sostiene. Si este cimiento falta, la pared presto caerá antes de llegar a la cumbre de la perfección, y se convertirá en polvo y nada su trabajo”.⁹⁷ Cuánta luz quisiera poder derramar sobre las conciencias, al encarecerles la necesidad que tienen de un guía.

⁹⁷ Palabras de Jesús a santa Catalina de J. M. J. *Vida sobrenatural*, 1929.

Toma tú, como dichas para ti, todas estas cosas.
Eres frágil barquilla que navegas en alta mar. Por
todas partes te asaltan las olas de las pruebas. ¿Llevas
guía? No temas, sigue sin resistencia, que vencerás y
serás coronado.

CAPÍTULO XVI

¿Cómo ha de ser la dirección espiritual?

ESCRIBE san Pablo a los cristianos de Corinto: “¿No sabéis que los que corren en el estadio, si bien todos corren, uno sólo lleva el premio? Corred, pues, de manera que lo ganéis”.⁹⁸

Expresa el Apóstol su voluntad de que corramos en el camino de la virtud; pero que lo hagamos de modo que alcancemos la meta deseada: una unificación con Jesucristo, un grande amor a Dios que llene nuestra vida y sea el móvil de todo nuestro obrar. Mas tengamos presente que nos espera un fracaso seguro si carecemos de una dirección acertada, por nuestra culpa. Bien escasos serán los avances que podamos realizar, y siempre con la amenaza de retroceder al menor obstáculo.

Aquí viene bien recordar a todos, para que reparen en la elección, las siguientes palabras de san Juan de Ávila: “Conviéneos que toméis por guía... alguna per-

⁹⁸ Cf 1 Cor 9, 24.

sona letrada y experimentada en las cosas de Dios, que uno sin otro ordinariamente no basta”.⁹⁹ Esto mismo afirma san Juan de la Cruz: “Conviénele grandemente al alma que quiere aprovechar y no volver atrás, mirar en cuyas manos se pone... Aun para lo mediano, apenas hallará un guía cabal según todas las partes que ha menester, porque ha menester ser sabio y discreto y experimentado”,¹⁰⁰ “lleno de caridad, de ciencia y de prudencia”,¹⁰¹ “espiritual y docto, a quien el alma comunique sus cosas y siga en todo”.¹⁰²

Como se puede ver, condiciones son éstas un tanto desusadas, que señalan los maestros de la vida espiritual, por lo que “se encuentran muchos menos de lo que se piensa capaces de ejercer este oficio”.¹⁰³

¿Y qué hacer para encontrar un guía adornado de tales prendas? Procuremos valernos de la oración y ayudarnos de ella. La oración es medio eficaz; nada hay imposible para esta palanca que Jesús ha puesto en nuestras manos, con la cual somos capaces de remover el mundo. Todo lo puede la oración y, en paso tan decisivo, nos alcanzará de Dios la gracia de una acertada elección. Pero sea nuestra oración confiada y humilde. Jesús nunca desoye a los suplicantes que de veras le buscan. Oremos sin cesar, que hallaremos solución a este difícil problema de nuestra vida espiritual; “y cuando le hayas encontrado..., no andes bus-

⁹⁹ S. JUAN DE ÁVILA, *Libro espiritual*, cap. LX.

¹⁰⁰ Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Canción 3.ª, IV.

¹⁰¹ S. FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, 1.ª p., cap. IV.

¹⁰² Cf SANTA TERESA DE JESÚS, *Avisos...*, para sus monjas, 63.

¹⁰³ Cf S. FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, 1.ª p., cap. IV.

cando otro..., sino camina con simplicidad..., porque ciertamente tendrás feliz viaje".¹⁰⁴

No hay manera más clara de expresarse en esta importante materia. San Francisco de Sales llama a esto el aviso de los avisos. "¡Ah, cuántas almas llegarían a muy alta perfección, si desde el principio fuesen bien dirigidas!"¹⁰⁵ Cuántos malgastan sus preciosas energías, dando vueltas en torno a sí mismos. Se encuentran encerrados en un círculo vicioso y rutinario del que no aciertan a salir. ¿Por qué no buscan una mano amiga que les descubra la puerta de escape y, a lo menos, les haga ver, a lo lejos, nuevos y hermosos horizontes?

De lo que llevamos dicho inferimos que no pueden ser buenos directores aquellos que quieran "acomodar al alma a su modo y condición propia de ellos",¹⁰⁶ cuando todo su cuidado lo deben poner en mirar "si saben por dónde Dios la lleva; y si no lo saben, déjenla y no la perturben".¹⁰⁷ Tampoco lo puede, ser quien "no sabe sino martillar y macerar... como herrero".¹⁰⁸ Este tal, no entendiendo las vías del espíritu, "deshace al alma la soledad y recogimiento con reflexiones y discursos; y así, todo es dar golpes en la herradura",¹⁰⁹ porque "el alma ni hace lo uno ni aprovecha en lo otro".¹¹⁰

¹⁰⁴ Cf S. FRANCISCO DE SALES, *Introducción a la vida devota*, 1.ª p., cap. IV.

¹⁰⁵ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*.

¹⁰⁶ Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Canción 3.ª, cap. IX.

¹⁰⁷ Cf *Ibídem*.

¹⁰⁸ S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Canción 3.ª, cap. VIII.

¹⁰⁹ *Ibídem*.

¹¹⁰ Cf *Ibídem*.

Mira en manos de quién te entregas. Te puede ir en ello una gran perfección. El director sea experimentado en las cosas interiores espirituales, porque sin tener esta experiencia necesaria para no equivocarse, malamente desempeñará su oficio, y aquel que se acercare y siguiese sus indicaciones equivocadas, se expone “a perder inestimables bienes por consejo fuera de camino”,¹¹¹ juzgando como ociosidad lo que es contemplación quieta y sosegada, y perturbando la paz, con lo que “hacen a Dios grande injuria y desacato”.¹¹²

Triste suerte la de aquellos que vienen a parar en manos de estos herreros espirituales. Son verdaderos mártires; ¡tan grande es el sufrimiento que les tortura! Padecen lo indecible; no hallan alivio en sus penas interiores, producidas por un descentramiento de conciencia; y se apenan porque, queriendo remontar su vuelo, no pueden: les han cortado las alas.

¿Y qué diremos de aquellos directores que enjaulan a las conciencias, forzándolas a andar por caminos preparados por ellos mismos, y obligándolas a desenvolver toda su vida dentro de unos moldes o sistemas, cual si éstos fuesen el único molde de la santificación? ¿Es que pretenden exigir a Dios que acepte sus trazas? ¿Es que quieren determinar, imponer a Jesús las sendas por las cuales ha de conducir hacia sí a las almas? Osadía inaudita la de aquellos que de este modo proceden. Aunque yerren con buen celo, “no por eso quedan excusados”.¹¹³ “El que temerariamente yerra, estando obligado a acertar..., no pasará sin castigo, según el daño que hizo”.¹¹⁴

¹¹¹ Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Canción 3.^a, cap. XI.

¹¹² *Ibidem*.

¹¹³ *Ibidem*.

¹¹⁴ *Ibidem*.

No olvidemos tampoco que la libertad de las conciencias es algo intangible y que, por tanto, no pueden ser en modo alguno cohibidas y obligadas a continuar en una dirección cuya doctrina ya no gustan, lo cual “es señal de que las lleva Dios adelante por otro camino y ha menester otro maestro”;¹¹⁵ “no todos saben para todos los sucesos y términos que hay en el camino espiritual”.¹¹⁶ Los caminos por donde van las almas a Dios, son muchos y muy variados; “apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva, convenga con el modo del otro”.¹¹⁷

En conclusión: gran acierto es escoger un guía que nos entienda, que nos comprenda, aliente y empuje por los derroteros trazados por la bondad infinita de Jesús. Con razón la dirección espiritual se llama el arte de las artes. Por eso, el verdadero director ha de ser un artista de almas en las que entalle, a placer del divino Jesús, con la gubia de la gracia y de las luces sobrenaturales, la imagen del Maestro divino.

Si tú deseas correr con fortuna tu camino de la virtud y llegar al punto que en este camino espera Jesús de ti, busca a ese entendido artista sagrado hasta encontrarlo y, una vez hallado, vuelca en él tu interior.

Habrás dado entonces tu primer paso hacia tu santificación y perfeccionamiento.

¹¹⁵ Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Canción 3.^a, cap. XII.

¹¹⁶ *Ibidem*.

¹¹⁷ *Ibidem*.

CAPÍTULO XVII

¿Sujeción al director? Normas: obediencia, sencillez, sobrenaturalidad

SUPONEMOS que en cada caso especial, muy frecuente por cierto en la vida, el director competente aplica los medios que le dictan su ciencia y su prudencia.

Esto supuesto, tan sólo quiero presentar aquí unas normas generales a las cuales debe ajustar toda su actuación el que haya tomado dirección espiritual. ¿Cuáles son éstas?

1) La primera, obedecer, ser dócil, dejarse gobernar. Bien conocido es para todos que no podrá ser debidamente dirigido el que dificulte su dirección. Al que no tiene docilidad, no se le puede tomar como materia apta para la perfección. Vive constantemente en un estado de rebeldía; no obedece, y sin obediencia, la mejor dirección fracasa. Al fracaso sigue en la voluntad una dejadez de las cosas espirituales, efecto de lo cual es una repetición continuada de faltas, las cuales van preparando, por su calidad y número, el camino para una ruina total. ¿Qué tierra árida e ingrata pro-

ducirá abundante y sabroso fruto, si rehusa ser roturada, trabajada y abonada? Las malezas que en ella broten, sofocarán, apenas nacida, la buena semilla.

Tal se muestra el indócil que huye ser roturado por la gracia. Desea producir frutos copiosos de alta virtud, y detiene asustado la mano del sembrador sagrado. Aspira a santificarse, y no permite se le arranquen las malas hierbas de sus torcidas inclinaciones. En fin..., quiere ser santo, pero... haciendo su santa voluntad en todo.

El que desea aprovechar, nada regatea, todo lo ofrece y sacrifica. Por la obediencia se inmola la voluntad y el propio juicio. Ante las palabras del guía sagrado, rindamos prudentemente nuestro criterio en cuanto atañe al adelantamiento y perfección. Solamente nos toca dar cumplimiento a sus disposiciones, abandonados en manos de Dios. Ya sea la dirección acertada, ya equivocada, de ello nos dará seguridad nuestro principal Maestro, Cristo Jesús, que nunca olvida a los suyos, señaladamente a los que tomaron por brújula la santa obediencia. Jamás presentemos resistencia alguna a nuestro visible ángel de la guarda, nuestro director, cuando por sus labios Jesús nos llama y se comunica. Por eso, sus palabras penetran como saetas en los corazones buenos, y abren en ellos ancha brecha, llenándolos de amor divino; por esta razón, los fieles se reaniman con sus exhortaciones y consejos; sus dudas se disipan; crece su fe; y una brisa divina sopla sobre ellos, envolviéndoles en un ambiente sobrenatural.

Sumisa nuestra razón, practiquemos la docilidad, no poniendo nunca reparos ni peros a nada de cuanto se nos diga para nuestro bien. Miremos, representado en nuestro director, al divino Jesús, sapientísimo pilo-

to, que no descuida el gobierno de nuestra frágil barquilla. No sé qué poder oculto tiene esta obediencia, que el que la practica ve desaparecer pronto, en su interior, todas las mayores intranquilidades, tumultos, desasosiegos, turbaciones y miedos. No sé qué valentía esconde dentro de la humillación y rendimiento que pide, que el más contrariado y combatido logra restablecer en sí la serenidad y la paz; cesan entonces las instigaciones del espíritu malo, puesto que la conciencia ya no atiende a éste.

Cuando tomamos por brújula la obediencia a nuestro maestro espiritual, que en la tierra recibió el encargo de guiarnos hacia el cielo, nos vemos libres de la turbación con que el engañador y diabólico espíritu intenta inquietarnos. La obediencia a una buena dirección es nuestra escala segura para poder progresar en las vías del espíritu. Pero no una obediencia cualquiera, sino perfecta, conformada, deseosa, alegre. No importa que sea áspero y difícil, humillante y purgativo, agradable a los sentidos o doloroso, aquello que se nos manda. Precisa obedecer; se necesita arrollar la voluntad en todo. Es menester ofrecer este pequeño martirio, a los pies de Jesús, con verdadero amor. No olvidemos que el amor, aun en las penas, nos hace contentos, dichosos y alegres. Obedecer entre excusas y paliativos, protestas, desagradados, equivale a martirizarse sin fruto.

En cambio, qué paz tan profunda, tan inalterable, nos da a gozar el solo pensamiento de que un piloto sagrado gobierna la nave de nuestra vida. "Él responde de mi virtud, de mi perseverancia, de mi salvación, a condición únicamente de sujetarme a su experta guía. Y sólo con hacer esto, de ninguna otra cosa tengo que curarme, ni afanarme, ni inquietarme por nada. Toda

mi tarea se reduce a sacrificarme, a conversar con mi Dios, a esperar tranquilamente el arribo al puerto de mi patria celestial".¹¹⁸

Qué hermosa es la obediencia. Obedecer a los mandatos del maestro espiritual, atender sus consejos, advertencias, hasta las más pequeñas insinuaciones..., esto es, y no otra cosa, querer dejarse dirigir.

2) Pero la sola obediencia no basta. Por muy bueno que sea nuestro guía sagrado, si le ocultamos el interior, no manifestándonos tal como nos conocemos, nuestro director no podrá conocernos y, sin conocernos, no acertará a disponer lo que necesitamos.

Es necesario, pues, además de una obediencia total, una sinceridad completa, una sencillez que transparente nuestro estado interior, disposiciones, cambios, impulsos; en una palabra, hay que abrir todos los pliegues del corazón al director. ¿Por qué no manifestarse a él sin ambages ni rodeos, para de este modo ser mejor entendidos de nuestro médico espiritual? Difícilmente podrá ordenarnos la conveniente medicina, si le ocultamos nuestra enfermedad. Si esto hacemos, nos engañamos. No juzguemos como algo inútil la manifestación de algunas faltas pequeñas, de imperfecciones e infidelidades; muchas veces arrojan gran luz, por la que el guía sagrado conoce la verdadera situación interior.

Cuántos no progresan porque están retenidos por esas, aparentemente, insignificancias, que suelen ser apegos ocultos que les sujetan.

Desdichados todos aquellos que, engañando a su director, no piensan que se engañan a sí mismos. ¿Por

¹¹⁸ GAY, *Tratado de virtudes cristianas*.

qué no hablarle con franqueza siempre, y manifestar cuanto por ellos pasa?

La confianza. Ella nos hará ser sinceros y nos inducirá a volcarnos en manos de quien en nombre de Dios gobierna y nos traza nuestro camino y cauce.

Cuando estamos privados de esta confianza, difícilmente podemos comunicar al director todo lo que por el interior pasa, principalmente cuando se trata de repetidas caídas, y muy particularmente, si éstas son humillantes. Lo mismo nos acontecerá en la manifestación de nuestras infidelidades, inconstancia, secretos apegos, que seguramente queremos evitar, pero debido a nuestra flaqueza, descuido, desobediencia a lo que se nos mandó o se nos aconsejó, nos vemos de nuevo sumidos en nuestros defectos.

Si la verdadera humildad ha de ser siempre confiada, la verdadera confianza nos prepara, a su vez, el camino de la humildad. Muchos se sienten encogidos en presencia de su guía espiritual. Este encogimiento puede provenir del mismo respeto que guardan al ministro de Dios en cuyas manos Jesús les ha colocado, y entonces, tal encogimiento no se opone a la confianza, sino que debe siempre acompañarla; o proviene de una especie de temor que experimentamos al manifestar nuestros defectos, guardando ocultas las imperfecciones. Este temor, unas veces, podrá ser infundado, y entonces debe rechazarse con toda energía, practicando una ciega confianza; otras veces, quizá tenga verdadero fundamento, por no reunir el director las debidas condiciones, y, en este caso, nos veremos precisados a tomar otro rumbo, buscando otro guía a quien podamos sin temor declarar nuestras interioridades; de lo contrario, andaremos recelosos, inquietos y llenos de desazones.

Así se explica el motivo de que algunos oculten su interior, no atreviéndose a explayarse y diciendo las

cosas a medias; por lo que no hallan completo descanso. De la misma manera que el hijo desahoga en el regazo de su padre el pecho, ya cargado de tristezas, ya de alegrías, y todo se lo declara, recibiendo luz y consuelo, del mismo modo se comporta quien reconoce en su director al padre espiritual, sacando abundante paz y, no menos provecho, de los consejos, avisos, amonestaciones paternales inspiradas tan sólo por el amor de Dios. Confiar en el director se resume en esto: comunicarle todo el interior. "Cualquiera cosa que el alma recibe, de cualquier manera que sea, por vía sobrenatural..., con toda verdad ha de comunicarlo con el maestro espiritual...; porque muchas cosas comunica Dios, cuyo efecto, fuerza, luz y seguridad, no la confirma del todo en el alma hasta que se trata con quien Dios quiere y tiene puesto por juez espiritual de aquella alma, que es el que tiene el poder de atarla y desatarla, aprobar y reprobar en ella".¹¹⁹

Confiar en el director es descansar el corazón en Dios. Y ¡es tan dulce descansar en el paternal regazo de Jesucristo!

En general, se muestran confiados todos aquellos que son comprendidos, si bien muchos no son comprendidos por ser desconfiados desde el primer momento.

3) Resta añadir una tercera condición: la sobrenaturalidad.

Y al decir sobrenaturalidad quiero significar la mirada elevada, la pureza de intención con que se debe practicar lo dicho. Piensen los penitentes que no se trata de satisfacer un gusto suyo, más o menos bueno, arrodillados a los pies del sacerdote, pues precisamen-

¹¹⁹ S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo*, L. II, cap. XX.

te todo su deseo no ha de ser otro que alcanzar su santificación, la cual está exigiendo, en cada momento, la crucifixión de los gustos y el vencimiento propio. El que va en pos de Dios huye de sí mismo. Quien se busca a sí en las cosas, aun en las más espirituales, se retiene en su marcha hacia Dios.

Mucho cuidado hay que poner en no dejarse llevar de ese imán del atractivo natural que nos inclina y predispone a humanizar lo divino, y así, queda toda nuestra obra de santificación, de antemano, inutilizada. La vana curiosidad, casi siempre repleta de murmuraciones, de críticas y de juicios pocas veces edificantes, es para nosotros un terrible enemigo contra el cual necesitamos asestar certeros golpes, apenas advirtamos su presencia. Tampoco nos dejaremos llevar de lo que se llama la simpatía. ¡Desgraciados los que no sienten otro móvil que la humana simpatía hacia su director! Caminan por ancha senda erizada de grandes peligros. Cuando no se busca a Dios, necesariamente se busca a la criatura. Y al final, ¡son tan desdichados los que así proceden! Estos tales deberán anotar en su cuenta el tiempo perdido, las gracias rehusadas, el uso torcido de los dones divinos, la conducta irrespetuosa en el trato de las cosas sagradas.

¿Cómo podrán encontrar a Jesús y conseguirán vivir su vida, si lo que buscan y esperan es la mirada de la criatura? ¿Para qué malgastar el tiempo de ese modo? ¿No piensan, acaso, la cuenta estrecha que a Dios han de dar de esta su conducta que Jesús rechaza, por atrevida y desmoralizadora? Falta sobrenaturalizar, para que la dirección produzca los frutos deseados.

Por todo lo cual, es preciso advertir y encarecer el solícito cuidado que se ha de poner en rechazar cualquier apego y amor que no lleve a Dios. Solamente a

Cristo se ha de buscar, con la seguridad de que lo encontraremos; nada nos mueva sino el deseo de Dios, las ansias de un cielo, los anhelos de perfección, el ideal de la santidad. Si esto nos llegase a faltar alguna vez, fácilmente se podrá prever en qué pueda degenerar toda nuestra actuación: la obediencia, en una sumisión peligrosa; la confianza, en una mera amistad y, por tanto, trezada de pendientes resbaladizas.

Obedecer, confiar, sobrenaturalizar, he aquí la conducta que el alma dirigida debe guardar para con su director prudente y experimentado.

¡Dichoso quien sabe esta ciencia! Aunque seas pobre, humilde, ignorante; aunque apenas sepas leer y escribir..., ¿qué importa?

Si eres sincero, humilde, confiado; si sólo buscas a Jesucristo; si sabes obedecer a tu buen guía, tienes la ciencia suprema..., vas camino de tu verdadera santificación y perfección cristiana.

CAPÍTULO XVIII

Expansión interior

SOMOS seres humanos con un destino sobrenatural, ultraterreno. Y en el fondo de millares de corazones no faltan deseos vivos y ardientes de una eterna vida. Una aspiración les mueve y hace latir: la virtud. Y la virtud hasta sus altos grados. Quisieran escalar las altas cimas de la vida espiritual y allí descansar a sus anchas, engolfados en las grandezas y los amores de su Dios; desean poseer a Jesús y unirse con él con esa unión sobrenatural y divina, meta anhelada y gloriosa de la virtud; quisieran subir las cuestas difíciles por donde caminaron los santos, con sus pies lastimados, su cuerpo mortificado y la cruz en sus manos, cual señal de inmolación; quisieran conocer a Cristo con un conocimiento cada vez más puro y sobrenatural, más fino y generoso.

Y estos tales no pueden ver logrados sus deseos. No dan con la puerta de entrada. Van de aquí para allá, sin rumbo ni orientación fija, pero buscando siempre la manera de encauzar sus pasos para lograr introducirse en las regiones a que aspiran.

¿Y es de ellos la culpa? No, porque no encuentran una mano amiga que les descorra el velo de la oscuridad e incertidumbre, y que descubra a sus ojos el camino a seguir. Desorientados y sin dirección, ¿qué será de ellos? Así se explica que pasen años y más años sin avanzar un paso en la virtud, sin conocer en sus interioridades la vida espiritual, faltos de una sólida base de formación.

Y ellos quieren ser buenos, pero se necesita decirles cómo han de ser buenos; quieren santificarse, pero preciso es indicarles los medios de su santificación; aspiran a una vida de santidad, mas..., ¿quién les señalará el camino?

Porque ellos se fatigan, buscan, preguntan, leen, ávidos como están de saber lo concerniente a su santificación; y en cambio de esto, hay en el fondo de su interior tal oscuridad, tal desorientación, que la vida espiritual se les queda convertida en un intrincado laberinto, cuya puerta de salida no encuentran. Todo es dar vueltas sin cesar..., recorrer el mismo camino cerrado. La senda de la santidad se distingue por su sencillez; mas por eso mismo que es sencilla, no se suele acertar con ella. Somos más dados a las cosas complicadas y, por esta razón, ya de suyo difíciles. ¡Pobres! Cuántas lágrimas han caído de vuestros ojos suplicantes y cuántas gotas de dolor habéis destilado al ver fracasar vuestras ansias, al veros rechazados en vuestras aspiraciones, al sentirnos abandonados a vuestras propias fuerzas. Quizá pensasteis que vuestras culpas os excluían de la santidad, y quizá llegasteis a dudar también de la gran misericordia de Jesús y de su bondad infinita. Mal hicisteis con pensar así.

Yo os diré que Jesús no os olvida; que mira vuestros esfuerzos, complacido; que escucha vuestras plegarias; que está dispuesto a daros sus gracias y un

abrazo cariñoso de padre, aunque hayáis sido malos..., muy malos. ¿Qué importan al poder y misericordia infinita de Jesús todas las maldades y miserias humanas? Éste es su glorioso triunfo, su grande victoria: hacer del pecador un santo.

Pero esta desorientación nunca va sola; lleva siempre, como un efecto necesario, la compañía de un desasosiego que se mete en el interior de la conciencia y perturba su paz, desequilibra sus fuerzas y la trae agitada constantemente. Y es natural que a estas desorientaciones siga siempre el desasosiego, porque nace éste de la misma falta de luz, de la incertidumbre en los pasos que da, de si son acertados o desacertados, y de las dudas de la bondad de sus determinaciones. Una conciencia acosada por este malestar merece la mayor compasión. En esta situación, a nadie le es posible realizar con aplomo los ejercicios espirituales cotidianos; nada le contenta ni le satisface; permanece triste e inquieto.

¡Pobres conciencias atormentadas! Cuánto sufrís. Pero..., ¿por qué no buscáis la luz que deshaga vuestras tinieblas interiores, que os oriente y que os diga con seguridad: por ahí? Y éste es un deber vuestro.

Necesita la conciencia manifestarse a su director espiritual en toda su amplitud. Esta manifestación sin reserva engendra lo que se llama la expansión interior del espíritu, de lo cual no pocos se sienten privados, lo que constituye para ellos un verdadero martirio. Encerrados en su yo, sufren lo indecible, sin poder descargar el peso continuo que les oprime; viven atormentados, llorosos y anhelantes. Cargados de tristezas y turbaciones, devoran en silencio y ocultamente sus penas, en medio de fuertes dudas y constante desorientación.

No será difícil hallar la razón de ello. Al ser incomprendidos por aquel en cuyas manos están, corren

gran peligro de ir cerrándose a toda manifestación interior, con el peligro consiguiente de convertirse en una hoguera de torturas, sin la necesaria abertura por donde encuentre escape el humo de la turbación y de la oscuridad. Son entonces como ciegos que van guiados por otros ciegos. Y en lugar de encontrar en sus ejercicios espirituales descanso y tranquilidad, sólo hallan desasosiego, turbaciones y temores. Sin una orientación debida, por los caminos de la virtud, ¿cómo podrán vivir quietos y con paz, aunque sientan ansias de Dios?

Verdaderamente es triste la suerte de estas personas. Privadas de luz suficiente, contrariadas en sus anhelos más ardientes, y convencidas de que no podrán alcanzar la perfección, ni ver cumplidos sus grandes deseos de un subido amor a Jesús, se acobardan y desalientan. A esto contribuye el escaso adelanto, si es que hay alguno, en la virtud. Siempre tropiezan con la misma dificultad: el sacrificio y el desprendimiento, que se presentan como montes insuperables. Intentan subirlos, pero a los pocos pasos ya retroceden, diciendo que es demasiado pesado y que no pueden. Pasan su vida bordeando los montes; miran el punto más fácil para escalarlos; intentan de nuevo la subida, y otra vez fracasan, retrocediendo sin fuerzas. Total, que siempre se les presentan los mismos caminos para subir, y éstos envueltos en oscuridad, sin ver algunos horizontes de esperanza.

El que no es comprendido, no puede tener completa expansión interior. Y cuando falta ésta, pronto aparecen la turbación y la inseguridad. Y con turbación e inseguridad, qué triste es la vida espiritual. Lejos están de esas pobres almas la paz que es el tesoro escondido que se busca; la alegría íntima, fruto de la espiritual unión con Jesús; la certeza de un amor a Dios, que

nace del sufrimiento y de la mortificación; la confianza en Jesús, que tiene por principio el santo temor de ofenderle. No tienen paz, ni alegría, ni confianza; no saben si aman; dudan de su amor a Dios.

¿Qué hacer? Su primera e imprescindible medicina será salir cuanto antes de esa incomunicación interior, en la que pelagra su vida, para recibir las enseñanzas de un guía que les entienda, sostenga y aliente, seguros de que con su ayuda pasarán, triunfalmente y con gozo, los desiertos que suelen aparecer en el recorrido espiritual, como crisoles de dolor para templar los espíritus. Mas, en este caso, no se detengan en los consuelos que pudiesen sentir, sino en el mayor provecho que logren.

Hay quienes no aciertan a encontrar su deseado guía. ¿Eres tú, por ventura, de los que permanecen entre torturas de una mortífera incompreensión? ¿No das con tu maestro? No temas por ello. Ora sin cesar y ábrete a Jesús, poniéndote en sus manos divinas. Toda consolación proviene de Dios, y a él debes recurrir en todas tus amarguras. Cuando Jesús, puestas todas las diligencias humanas, no te depara persona que entienda tu interior, causándote ello mucha pena, piensa que es él quien quiere ser tu única luz.

Y ten presente que la prueba pasará, igual que pasa todo, y luego, en su recuerdo experimentarás gozo, porque saliste más purificado y con gran conocimiento y deseo del amor de Dios.

Alimenta en ti la llama de una ciega confianza en Jesús, pues si siempre de ésta necesitas, ahora, de una manera especial, te precisa acogerte a esa virtud, sostén de las almas atormentadas. Ella reanimará tus fuerzas, aliviará tu pena y te conducirá a Cristo.

La confianza sea nuestra luz orientadora en medio de la confusión e incomunicación en que acaso nos

veamos precisados a vivir, por no ser comprendidos. Los rayos de la confianza acompañada del santo abandono, iluminan y nos hacen ver la divina imagen de Jesús Crucificado, esperanza suprema, bálsamo de todas las amarguras y libro en el que se lee la solución de nuestros más recónditos y difíciles problemas.

Busquemos solamente a Jesús. Y él, que con su santa providencia rige nuestros destinos, no se olvidará de nosotros. Confiemos en él, porque aunque esta prueba fuese larga, sus cuidados de Padre no nos faltarán, y, tras las tinieblas y pruebas, resplandecerá un rayo de sol. Y la amargura se nos cambiará en felicidad, y Jesús será nuestro sostén, protector y guía.

Si las olas de la dura prueba aumentan cada vez más, amenazando anegarnos, humildemente confiemos siempre y repitamos sin cesar:

*Vivir con entrega a tu gobierno, oh Jesús,
esa es mi dulce cruz.
Vivir con abandono y confianza en ti...,
¡esa es mi dicha, sí!*

CAPÍTULO XIX

Los escrúpulos

EN gran modo nos interesa tener nuestra conciencia debidamente formada. Mas en este punto no poca deficiencia se advierte, por lo que no abundan las personas que pudiéramos llamar de conciencia equilibrada.

El escrúpulo es una terrible enfermedad moral que afecta hasta lo más íntimo de la vida espiritual, puesto que perturba, entenebrece, desalienta y da tormento a los que la padecen, robándoles la paz, la seguridad y la alegría, que son fruto de la gracia divina. El escrúpulo produce el mismo efecto que una oscura sombra extendida sobre la claridad de un alma que se halla en gracia de Dios. Allí hay claridad, luz, contento; pero sus efectos, sus rayos, los oculta la sombra, y al exterior no aparece sino la confusión y la duda. En el momento en que el escrupuloso, armado de constancia, obediencia y fortaleza, arroja de sí el peso tremendo del escrúpulo que le oprime, se verá revivir todo él a una vida completamente nueva, con horizontes de esperanza y a la vista de un cielo abierto a sus miradas;

la vida espiritual se le antojará sencilla y agradable, no como antes, pesada y torturadora.

Omitimos hablar aquí del escrúpulo como efecto de una enfermedad física, y solamente queremos, aunque con brevedad, estudiarlo cual enfermedad espiritual. Y en este sentido, bien podemos asegurar que se manifiesta por cierto recelo y turbación de la conciencia, que confunde lo permitido con lo prohibido, lo leve con lo grave; por medio de cierta ansiedad, cuidado, temor de pecar, que se convierte en una verdadera obsesión de terror, hasta el extremo de imposibilitar a los que lo padecen, para los mismos actos buenos, porque en todo creen cometer pecado. Lo cual les conduce a una verdadera parálisis espiritual, pues, para no pecar, no rezan, no comulgan, omiten sus devociones y dejan sus ejercicios espirituales; total, que lo abandonan todo y van a la perdición por el camino de la ceguedad espiritual.

El escrúpulo acusa debilidad de juicio. Estos enfermos no saben discernir el mal del bien; juzgan pecado lo que no es; piensan ser grave lo que es leve, y dan gran importancia a cosas que de suyo no la tienen.

Pero si el escrúpulo acusa debilidad de juicio, las más de las veces toma también mucha parte la voluntad en él. Porque son muy frecuentes los escrúpulos, si no originados siempre, a lo menos sostenidos, por el amor propio, por la terquedad, por la soberbia y la desobediencia. Y los así escrupulosos caen en la falta de amarse con exceso y de conservar su propia voluntad, a la cual se aferran, como si no hubiese más luces que las que irradia su débil y enfermizo criterio. Consecuencia de esto es la temeridad de llegar a juzgar que sus directores dictaminan sin conocimiento suficiente de su estado interior, después de haberlo manifestado repetidamente, y quizá poniendo a prueba la paciencia

de esos sufridos directores. Se resisten a creer lo que se les dice acerca de su enfermedad, y de los remedios para poder curar, tachándoles de poco instruidos en las cosas del espíritu, de poca experiencia, de cruel severidad; pero si imaginaron grandes culpas, no habiendo nada en realidad, o siendo leves, pronto le echarán en cara al paciente director su demasiada indulgencia y su equivocación, sacando el convencimiento de que no se les entiende.

¡Pobres directores! Yo les aconsejaría a estas personas enfermizas, menos amor propio, más humildad, más obediencia y más rendimiento de juicio. Y una vez hecho esto, les diría que no se ocuparan ya de su personilla insignificante, y que se olvidaran de lo que son, y que tan sólo mirasen lo que Jesús quiere de ellas: su voluntad, a la cual sienten grandísimo apego. ¡Si se olvidaran de sí mismas, cuán pronto sanarían! Las incertidumbres que les rodean les roban la tranquilidad; faltas de consolación interior, experimentan arideces y sequedades en la virtud, lo cual les induce a la tentación de dejarlo todo y de volver a su pasada vida.

Hay escrúpulos que vienen de parte del demonio. ¡Le gusta tanto pescar en agua revuelta! Y eso hacen los escrupulosos...: revolver siempre lo mismo, los mismos pecados, las mismas miserias, las mismas inmundicias. Y así se pasarían la vida toda entera repitiendo, anotando, escribiendo lo que es y lo que no es, y serían capaces de llenar libros enteros para, en definitiva, no entenderse, ni quedar tranquilos.

Pero si Dios permite que muchos pasen por este crisol de purgación, es para purificarlos más y probar su fe. Sufrir. Si supiesen el valor del sufrimiento, no se desesperarían estos pobres pacientes dignos de la mayor compasión. La cruz es la llave de oro que abre

las puertas del cielo. Y la cruz sólo tiene un lenguaje: sufrir. Y el escrúpulo es cruz que hay que soportar hasta que Cristo, el cirineo divino, quiera tomarla con sus manos. Pero es preciso recordar que hay que llevar la cruz con amor, como el buen Jesús la llevó: por amor.

Pesa sobre nosotros, los escogidos de Dios, la obligación de aspirar a ser perfectos. Y la perfección pide que evitemos toda ofensa voluntaria a Dios; más aún, que trabajemos para hacer desaparecer de nosotros las imperfecciones que, si bien no nos apartan de Dios, nos afean en su presencia y le disgustan. Pero tampoco olvidemos nuestra gran fragilidad, a pesar de todos nuestros mejores propósitos. ¡Es tan difícil no mancharse con el polvo de la tierra! Solamente en el cielo, en esa patria de eterna claridad y de dicha sin fin, seremos impecables. Mientras estemos en el mundo, no nos sorprenda ver ligeras manchas en nuestras almas. Si las tuvieron los santos, ¿qué será de nosotros?

A la caída debe seguir la humillación y la esperanza. Desesperar es propio de los desconfiados y orgullosos. ¡Si los pecadores supiesen recurrir a Jesús! Jamás ha rechazado al corazón humilde y contrito. Y saber esto nos basta para vivir felices y confiados. Poner de nuestra parte cuanto podamos, es nuestro deber; lo demás corre por cuenta de Dios.

¡Ojalá las personas escrupulosas supiesen sacar provecho de su situación lastimosa! Cuánto se santificarían. Pero, por lo general, no se aprovechan; les invade una profunda tristeza, originada por la inquietud constante en que se ven y que no logran acallar. Un mismo pensamiento las persigue por todas partes: el pensamiento de su ruina, de su condenación, de sus infidelidades y de sus pecados, de los cuales dudan

estar absueltas y perdonadas, aunque los hayan sujetado muchas veces, por no decir continuamente, al tribunal de la confesión, con importunas explicaciones e improcedentes minuciosidades. Por más que se les repita que están absueltas y que Dios les ha perdonado de sus iniquidades, nunca llegan a creer que su confesión fue completa, y de aquí sus temores de condenación eterna.

¿Y cuando soplan las tentaciones sobre los escrupulosos? Cuando arrecian las tentaciones, a veces muchas y muy violentas, en lugar de ver en ello una prueba para merecer, humillarse y salir más purificados y agradables a los ojos de Dios, les ocurre todo lo contrario; sacan entonces como consecuencia que Dios los tiene abandonados, y que para ellos ya no existe salvación posible. Y de esta equivocación surge la desconfianza que al momento les invade, la cual hace que en ellos disminuya y se amortigüe la fe, y que comiencen a desesperar. Y por este camino llegan a inutilizarse para la vida espiritual, ya que inútiles creen ser para ellos los rezos, las lecturas, la comunión...; porque en lugar de salir más alentados, consolados y fortalecidos, temen quedarse con más angustias y mayores aprietos interiores. Todo lo ven de color negro; contemplan cerrado el horizonte de la esperanza, y piensan que en todo faltan.

Existe, por tanto, en estos escrupulosos una deformación de conciencia. Si no se debe pecar por laxitud, mal por desgracia demasiado generalizado en nuestros días, en que se ha introducido el paganismo en la misma vida cristiana, tampoco hemos de ser excesivamente extremados, de suerte que desaparezca lo que debe ser la verdadera delicadeza de conciencia, para dar lugar al defecto terrible de los escrúpulos. Querer indagar las cosas hasta tal punto que sobrepase la

misma posibilidad moral de llegar a saberlas, es, como a primera vista aparece, buscar lo imposible, lo que no está a nuestro alcance, lo que excede a nuestras propias fuerzas. Y más que delicadezas de conciencia, llamaremos a estos esfuerzos inútiles por aclarar lo que está aclarado, falta de fe y de confianza en Dios y, en particular, falta de obediencia a sus ministros, legítimos representantes de Dios en la tierra.

Nadie se condena llevando en sus manos, durante el corto camino de esta efímera vida, la antorcha de la obediencia a los mandatos y consejos de su prudente y virtuoso director. “Quien a vosotros oye, a mí me oye”, ¹²⁰ ha dicho Jesús. Cuánta necesidad de aumento de fe hay en los cristianos. De aquí el fracaso tan cotidiano que vemos en muchos. ¡Rendimiento de juicio! Por mucho que en esto se insista, todavía será poco si se considera la enorme necesidad que tienen de ello todos los que deseen adelantar y, sobre todo, estando atacados de escrúpulos. Si no obedecen y rinden su juicio, no se verán libres de esta dolencia, a menos que Jesús, con su gracia extraordinaria y omnipotente, realice la curación.

Una medida, pues, urgente, que deben emplear para salir de este estado, será formar su conciencia. Sea su conciencia no laxa ni excesivamente apretada, sino equilibrada. De esta conciencia tenemos necesidad todos, puesto que la virtud es equilibrio, firmeza, encentramiento. El más equilibrado es el virtuoso, porque permanece siempre pegado a su punto centro, que es Dios. Quizá sean pocos los que no tengan que retocar algo en este sentido. No en un solo día van a alcanzar la debida formación los afectados por escrú-

¹²⁰ Cf Lc 10, 16.

pulos verdaderos, mas lo conseguirán de seguro con estas dos condiciones: constancia y obediencia.

Se suele confundir la delicadeza de conciencia con las rarezas y exageraciones ridículas de algunas personas dedicadas a la vida espiritual, pues más que delicadeza demuestran tener un profundo desequilibrio, al enjuiciar su estado y su vida espiritual. Precisa formar en el mundo conciencias bien equilibradas que, a la par que ahondan en el registro y conocimiento de sus defectos e imperfecciones, no se inquieten porque no alcanzan hasta donde quisieran, ya que basta la buena voluntad y el empleo de los medios que estén en su mano, para poder quedar en completa paz.

Y de éstos hemos de ser nosotros. ¿Padeces, acaso, escrúpulos? ¿No gozas de paz? ¿Sientes tristezas? Acude al sagrario, donde el Señor te recibirá en audiencia privada y te oirá. Y allí, a su sombra bendita, escucharás la voz de Jesús que sostiene y fortifica. Su voz es silencio de amor, mirada de amor, sacrificio de amor. Cuánto tenemos que aprender de esta cátedra augusta. “El que quiera venir en pos de mí –ha dicho–, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.¹²¹

Para los que sufrís..., una mirada alentadora hacia la cruz. En ella está vuestra esperanza y vuestra santificación. Abrazaos al divino madero y estampad en él vuestros más ardorosos besos... Porque Cristo que nos ha traído la cruz, nos ha dicho también, antes de marcharse a los cielos: “Os dejo la paz; os doy mi paz; y no os la doy como el mundo os la da. Que no se turbe vuestro corazón, ni tema”.¹²²

¹²¹ Cf Lc 9, 23.

¹²² Cf Jn 14, 27.

La paz interior, la alegría del espíritu. Éstos son los regalos que da Jesús a los suyos.

Con la cruz hay paz, hay alegría. Y puesto que os ha sido concedida una pesada cruz, gozad de paz en medio de ella, vivid alegres.

“Y de nuevo os encarezco: vivid alegres”.¹²³

¹²³ Cf Flp 4, 4.

CAPÍTULO XX

La turbación interior

SI, como acabamos de ver, a los escrúpulos acompaña siempre cierta turbación interior, más sentida unas veces que otras, no obstante, la turbación esta que vamos a tratar se da por separado, frecuentemente, en el vivir de las almas.

Conviene aquí recordar, para mayor conocimiento y tranquilidad de aquellos a los cuales van dirigidas estas enseñanzas, las dos primeras reglas que para la discreción de espíritus da san Ignacio en el libro de sus Ejercicios. Dice el santo: “En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales..., en las cuales el buen espíritu usa contrario modo, remordiéndoles las conciencias...; en las personas que van intensamente purgando sus pecados..., propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no pase adelante. Y propio del bueno, dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones, quietud...”

No hablemos aquí de la turbación interior en cuanto nace del remordimiento de conciencia en aquellos que están en pecado mortal, puesto que en ellos no cabe equivocación, y es fácil y pronta la medicina para curarla: el sacramento de la confesión. Nos referimos a la turbación que experimentan algunos, aunque procuran purgar sus pecados y se esfuerzan por adelantar en la virtud. Y en este sentido, bien podemos calificar la turbación interior como un verdadero mal de efectos desastrosos para cuantos lo padecen, si tal turbación no se corta a tiempo. Su causa es el demonio, el cual pone gran interés en perturbar a los que trabajan en la obra de su santificación, disponiéndoles de esta manera para que pierdan su firmeza y les invada una duda torturante.

Mas, aparte de la influencia del espíritu malo, es muchas veces la causa de la turbación el juicio equivocado que forman sobre la importancia de las pequeñas faltas e imperfecciones que los tales suelen cometer; aparece también como causa, la presencia de la tentación y el inquietante temor, exagerado y lleno de desconfianza en la protección divina, a caer vencidos en esta prueba.

Es preciso repetirles a éstos que, aun en lo más crudo de la pelea, se necesita la serenidad. ¿Cómo conseguirla? Siendo humildes; la humildad es serena; se hermana con el arrepentimiento; da claridad y visión real de la culpa. En cambio, la turbación lleva consigo una inseguridad, por la que zarandea al alma trayéndola de aquí para allá. Y mientras anda de este modo atormentada, pierde el tiempo sin saber qué hacer, si marchar adelante, o volverse atrás por si equivocó el camino. La luz que sobre ella reflejen las palabras de su director, será toda su orientación.

Hay noches henchidas de clara suavidad en las que el firmamento, tachonado de luces encendidas por el soplo divino, transpira serenidad, paz, quietud. Luego, una nube se levanta en el horizonte, se extiende con rapidez por el cielo y, a guisa de un manto negro desplegado por el firmamento, comienza a oscurecer aquella celestial claridad. Y ¿diremos por eso que las estrellas perdieron ya su luz?, ¿que los astros rutilantes, al través de los espacios, se apagaron? No; continúan rutilantes los astros, y la luz, hermana y protectora de la hermosa luna, sigue todavía iluminando desde lo alto del cielo. Allí hay orden, luz, claridad... Sólo un sencillo velo se interpuso entre nuestra mirada y el cielo. ¿Pudo, acaso, aquel velo arrebatarse la estrellada serenidad del firmamento?

El alma, pues, adornada de la divina gracia, es la estrella encendida, el astro rutilante en el cielo de la santidad. Pero entre ella y nuestra mirada se puede interponer alguna nube de oscuridad, alguna sombra de tentación o de amenaza. ¿Habrá que turbarse por ello? Aquí está la equivocación. Muchos de los entrados ya en la vida espiritual se turban a la vista del nubarrón de una pequeña prueba por la que es preciso pasar; a la vista de ese fantasma peligroso de la tentación; ante la sequedad, las arideces, las cruces tan variadas y distintas. Se turban por la menor falta cometida, por una pequeña caída, por una imperfección que advierten..., quizá por una cosa que no existe. No hay que cuidarse de tal modo de las cosas pequeñas o ligeras inquietudes, hasta caer en el extremo pernicioso de la turbación, la cual se debe evitar a todo trance en las almas buenas. Aprovechémonos de las pequeñas caídas, no para inquietarnos y turbarnos, sino para servirnos de ellas como de un despertador que nos incite a amar a Jesús con mayor fidelidad y constancia.

Y a este propósito escribe santa Teresa: "Hijas mías, procurad entender de Dios, en verdad, que no mira tantas menudencias como vosotras pensáis, y no dejéis que se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intención recta, y la voluntad determinada de no ofender a Dios; no dejéis arrinconar vuestra alma que, en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones".¹²⁴ Con lo cual concuerda esto que escribe san Francisco de Sales a santa Juana Francisca Fremiot de Chantal: "No conviene puntear en el ejercicio de las virtudes; es preciso irse allá sin rodeos, con ingenuidad, con libertad, de buena fe, porque temo el espíritu de encogimiento y melancolía".¹²⁵

Pero acaso la turbación nazca del mismo temor a caer. ¿De qué manera nos habremos de comportar entonces? Pongamos nuestra diligencia, buenamente, hasta donde podamos, y confiemos en Dios, que nos ayudará a triunfar en todas las ocasiones de lucha que se nos presenten. Vayamos a la pelea y a la victoria con la serenidad del que se siente fuerte, no con la fortaleza propia, que más es debilidad y cobardía, sino con la fortaleza inquebrantable que nos dará la gracia divina. Jesús mira sonriente y complacido cómo luchamos por seguir su voz y derrotar al enemigo infernal.

Tengamos presente que hemos de ser tentados, pero no olvidemos que somos capaces de lo más heroico con la fuerza de "aquel que nos conforta".¹²⁶ "No te turbes ante la tentación, antes piensa que, porque eres

¹²⁴ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. XLI, 8.

¹²⁵ S. FRANCISCO DE SALES, *Carta a santa J. Francisca Fremiot de Chantal*, Annecy, 1-XI-1904 (en *Cartas espirituales*).

¹²⁶ Cf Flp 4, 13.

agradable a los ojos de Dios, es preciso que seas tentado".¹²⁷

La turbación muchas veces enflaquece el espíritu, hácele temblar y le acobarda. Cuántas veces nos hace creer que vamos a ser vencidos o que lo hemos sido ya. Y es de notar que esta misma turbación, sin motivo, cuando se enseñorea del espíritu, atrae sobre éste la misma tentación, precipita su venida, acércala en vez de alejarla. Viene a ser a modo de un imán que atrae hacia nosotros aquello que nos molesta, y que es precisamente lo que envuelve la tentación. Imaginamos que la tenemos muy cerca, cuando el mal todavía anda muy lejos de nosotros.

Y es tan enorme el influjo que ejerce sobre algunas conciencias, sobre todo si son escrupulosas, esta turbación de la que estamos tratando, que merece la más cuidadosa atención de su parte y, dada la frecuencia de estos casos en almas introducidas en una vida sobrenatural, hace falta dar un aviso repetido de que no intenten meterse en honduras de las que nada sacarán, sino mayor turbación. Bástanos asegurar nuestra conciencia poniendo lo que está de nuestra parte, que es, ni más ni menos, aquello a lo cual alcanza nuestra voluntad; lo demás, dejémoslo en manos de Jesús. Que nada nos turbe, nos ha encargado Jesús, puesto que ha venido a ofrecernos la paz, a santificar lo que era impuro, a redimir y salvar a los pecadores.

¿Qué importancia, pues, hemos de dar a la turbación interior, si alguna vez experimentamos su influjo, nosotros? Habrá ocasión en que será urgente escucharla y atenderla con todo interés, cuando vaya acompañada de un remordimiento de conciencia por

¹²⁷ Cf Tob 12, 13.

la certidumbre, o casi la seguridad, con sólido fundamento, de haber cometido el pecado mortal. Entonces, nace la turbación del estado de pecado en que el alma se encuentra, y es el ángel bueno el que con sus inspiraciones la invita al arrepentimiento. Tan pronto como nos pongamos en estado de gracia, deponiendo con humildad y contrición a los pies del ministro de Dios nuestros pecados, desaparecerá la turbación y será reemplazada por la verdadera paz.

Mas, por el contrario, ninguna importancia ni solicitud merece de nuestra parte cualquiera otra turbación cuya causa no sea el pecado, ya que es sumamente peligroso dar cabida a intranquilidades que, o bien proceden de un juicio desequilibrado, o de nimiedades cuya curación está en una buena dosis de humildad y reconocimiento de la propia miseria, o bien de motivos aparentes, de los cuales se vale el demonio para intranquilizar, turbar y convencernos de que hemos cometido el pecado donde no lo hubo, dejándonos en terribles dudas y perplejidades, sin saber qué hacer ni qué partido tomar; con lo que comienza a conseguir su intento de hacernos pesada y dura la vida espiritual, disponiendo nuestra voluntad para volver atrás, y tentándola a dejarlo todo.

¿Eres, por ventura, tú uno de los que así sufren? De nuevo se te aconseja que no desespere; que fíes más en la providencia de Jesús que no te olvida; que Jesús reserva hasta para los mismos pecadores una última gracia; que arremetas con valor y decisión contra tus enemigos y contra ti mismo, ya que, según Jesús ha dicho, “el reino de los cielos se ha de alcanzar a viva fuerza, y solamente los que se violentan a sí mismos lo arrebatan”.¹²⁸ Y para que no seamos llamados

¹²⁸ Cf Mt 11,12.

a engaño, pensemos que se nos dicen ahora aquellas palabras que fueron dichas un día a san Pedro: "Simón, Simón, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos, como el trigo cuando se criba".¹²⁹ Pero pensemos también que, si en la lucha cayésemos heridos, el médico divino, el buen Jesús, se acercará a nosotros, y curará y vendará nuestras heridas humillantes, cubriéndolas con el vendaje de su infinita misericordia y de sus méritos sin precio; cargándonos sobre sus hombros, como buen samaritano, y llevándonos a la guarida feliz de su divino amor.

Arroja de ti toda turbación cuya causa no puedas descifrar, o no veas clara. Si nace de dudas de conciencia, obedece a lo que tu director disponga, y con ello queda tranquilo. Si brota de causas o motivos exteriores, deséchala como a un enemigo que quiere arrebatarte la luz interior y conducirte a la perdición. No te turbes por nimiedades, que esto es propio de espíritus pequeños. Sé humilde y confía en Jesús.

¡Buen Jesús! Tú que has venido a salvarme, eres mi fortaleza y alegría.¹³⁰ Guárdame como a las niñas de tus ojos, protégeme bajo la sombra de tus alas contra la presencia de los malos que me persiguen. Bienaventurados aquellos que confían en Ti.¹³¹

¹²⁹ Cf Lc 22, 31.

¹³⁰ Cf Sal 117, 14.

¹³¹ Cf Jr 17, 7.

CAPÍTULO XXI

La oración es necesaria

EN la vida sobrenatural existe un seguro de salvación eterna: la oración. Y este seguro es el distintivo de la verdadera piedad, cuyo alimento vital constituye, puesto que “el alma piadosa se nutre de oración, como el pulmón se nutre de aire y el cuerpo de alimentos”.¹³² No podemos encontrar sólida piedad en quien no tenga oración, y sí mucho peligro de perderse si no usa de esta arma poderosa que Cristo nos ha enseñado y nos concede. Difícil será que logre sostenerse firme en la dura pelea de la tentación quien no ora. El mismo Jesús lo ha dicho: “Orad para que no caigáis en la tentación”;¹³³ “es menester orar siempre e incesantemente, sin cansancio ni desfallecimiento”.¹³⁴

Equivocadamente se suele reservar la oración para los que aspiran a una vida perfecta, como si se tratase de una cosa tan alta que solamente a éstos estuviese

¹³² J. TISSOT, *La vida interior*, 3 p. L. III, cap. VI, 27.

¹³³ Cf Mt 26, 41.

¹³⁴ Cf Lc 18, 1.

reservada la oración; y no saben que este tesoro no es exclusivo de nadie, sino que está al alcance de todos. ¡Si hasta los más grandes pecadores necesitan orar para salvarse! Recordemos la sublime escena del Gólgota, en que Jesús muere entre acerbos dolores, y sus ojos miran al buen ladrón, y sus labios pronuncian esta promesa: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Oró el ladrón desde la cruz, y la oración le abrió el cielo. Efecto sublime de la oración, que nos dispone para recibir las gracias divinas y nos alcanza de Dios su misericordia y su amor.

Y ¿no querrás orar tú, que quieres tener íntegra vida cristiana, y acaso deseas vivir auténtica piedad? Tú, que ansías escalar las altas regiones del divino amor, fracasarás en tus anhelos, no tendrás alas de vuelo, si dejas la oración. Por ella obtuvo Job la victoria contra Satanás, y la casta Susana contra sus torpes acusadores; por ella alcanzó María Magdalena la resurrección de su hermano Lázaro; y el apóstol san Pedro vio caer rotas, de sus manos, las cadenas que le oprimían encerrado en oscura cárcel.

En ella encontró su descanso, su refección, su fortaleza y su consuelo, Jesús, asociando a este acto de orar, sus tristezas y alegrías, sus penas y sus glorias, los momentos más culminantes de toda su vida; pues sabemos que “por la mañana, muy de madrugada, salía fuera a un lugar solitario y hacía allí su oración”;¹³⁵ “que, otras veces, se iba a un monte para orar”,¹³⁶ y “allí pasaba toda la noche en oración”;¹³⁷ y “orando apareció diversa la figura de su semblante, y

¹³⁵ Cf Mc 1, 35.

¹³⁶ Cf Mc 6, 46.

¹³⁷ Cf Lc 6, 12.

su vestido se volvió blanco y refulgente”,¹³⁸ en el monte Tabor; en la cima de un empinado monte, que destaca por su altura en medio de un gran desierto, oró durante cuarenta días y cuarenta noches, antes de dar la batalla al enemigo infernal; y así se preparó en el Huerto de los Olivos, antes de subir al calvario; y así continuó haciéndolo, sujeto con clavos, en el patíbulo de la cruz, completo y perfecto remate de aquellos treinta años que vivió oculto, en oración incesante, en el retiro de su pobre y amada casita de Nazaret.

A todos nos llega la necesidad de orar; el Maestro nos lo avisa y nos lo enseña con su ejemplo. Qué pocos le siguen en este fácil camino. Por esto huyen, cobardes, ante las cruces de la santificación, y sueltan de sus manos la mortificación salvadora. No oran y, llegado el momento de practicar la propia crucifixión, se sienten sin fuerzas para abrazar el sacrificio; y viene lo que era de esperar: su fracaso o caída.

El mundo no ora porque no cree. Pero, cuántos que creen... tampoco oran. ¿Es que no saben? ¿No pueden? ¿No quieren? Todos pueden, todos deben saber, pocos quieren. ¡Si conociesen y gustasen este admirable don de Dios! Mas la ignorancia de las mismas cosas espirituales les retrae del ejercicio de la oración.

La oración es “la elevación del alma hacia Dios. ¿Qué es necesario para elevarme a Dios? Dos cosas: salir de mí e ir a él. Para salir de mí es necesario sentir mi miseria; para ir a él, es necesario sentir su bondad”.¹³⁹ Sobre nuestro conocimiento propio y el de Cristo se halla el punto de apoyo del que nos hemos de

¹³⁸ Cf Lc 9, 29.

¹³⁹ J. TISSOT, *La vida interior*, 3.^a p. L. III, cap. VI, 26.

valer para elevarnos en dirección a Dios por medio de la oración.

¿Quién no puede orar? Aquel que no puede conversar con Jesucristo, ya que la oración ha de ser “una conversación familiar, tenida con nuestro buen Jesús, a la manera como se tiene con un buen amigo a quien queremos de veras, y a quien confiamos con sencillez y candor cuanto tenemos en el corazón: nuestros sufrimientos y alegrías...; cuanto más sencillamente, mejor, con tal que nos salga todo de lo íntimo del alma”.¹⁴⁰ Pero todos pueden conversar con Dios. Vemos cómo los analfabetos, los rústicos, los ignorantes, los criminales, los niños, se piden a la vez orientaciones y ayuda; se consuelan y se protegen; se visitan y... se aman. El hombre, hecho un ser social, siente necesidad de comunicar con los demás. Y con Dios, su Padre creador, ¿no podrá o necesitará comunicar? ¿Sólo cuando se trata de Dios se ha de cerrar el hombre en el mutismo y en el aislamiento, convirtiéndose en antisocial?

Si supiésemos hablar con Jesús, sabríamos orar, porque la oración es “una secreta e interior habla con que el ánima se comunica con Dios, ahora sea pensando, ahora pidiendo, ahora haciendo gracias, ahora contemplando y, generalmente, por todo todo aquello que en aquella secreta habla se pasa con Dios”.¹⁴¹ Buscamos consuelos y no pensamos que el único consuelo verdad que penetra lo más secreto de nuestro vivir, parte de Jesús. Él tiene el remedio de todos nuestros males, la solución a todas nuestra dificultades. Y ¡de qué manera tan fina consuela, atrae y enseña! ¿Por

¹⁴⁰ MESCHLER, *Vida espiritual*, cap. I.

¹⁴¹ S. JUAN DE ÁVILA, *Libro espiritual*, cap. LXX.

qué no contarle todas nuestras cosas? ¿Olvidamos que en el mundo, y encerrado en humilde sagrario, vive un ser que nos ama con locura, que vela ocultamente día y noche por nosotros, y que se humilla, se abaja, y nos espera para enriquecernos con sus dones, sus gracias, sus caricias, su santidad?

¡Si tuviésemos fe! Orar es ejercitar la fe, mas no una fe rutinaria, fría y egoísta que se olvida de Dios, y solamente se acuerda del yo; orar es... vivir la fe sobrenatural que nos transporta a nuestra verdadera región del cielo y nos hace recordar nuestro destino único. Vivir la fe..., qué hermoso es y qué gran dulzura da al alma. Vivir la fe es ver a Jesús en todo. Él dispone las cosas y las ordena para santificarnos con su mano oculta y paternal. Y ver esta disposición de Jesús en todo lo que nos sirve para purificarnos, como manifestación de su santa voluntad, esto es sencillamente vivir la vida de fe, llenándonos de un aliento sobrenatural. Y esa fe, acompañada de una entera confianza en su bondad y en su poder, tiene una sola y última razón: Jesús lo ha dicho, lo ha dispuesto, lo ha permitido para su gloria..., le agrada..., y basta.

Pero esta conformidad y unificación de la voluntad del alma con la voluntad de Jesús, se realiza y se aprieta en la oración. De aquí su gran poder, porque realizada esta unificación de voluntad, solamente queda la voluntad divina, para cumplir la cual Jesús da gracias abundantísimas al que así está dispuesto. El apego a nuestra propia voluntad dificulta o anula la eficacia de la oración. "No se haga mi voluntad sino la tuya".¹⁴² De este modo nos enseñó el Maestro en la trágica noche de su prendimiento.

¹⁴² Cf Mt 26, 39.

Cuánta necesidad hay de orar y de orar bien. Hagámoslo sin interrupción;¹⁴³ porque es menester estar siempre junto a aquel que es nuestra fortaleza y ayuda, y en cuya voluntad soberana están todos los designios del hombre. Y no es difícil orar sin interrupción, ya que “todo acto ordenado del espíritu, del corazón y de los sentidos puede ser una oración, mejor dicho, debe ser... Y, ¿qué se necesita para que así sea? Que este acto sea un alejamiento de mí mismo y una aproximación a Dios. De esta manera, la vida llega a ser una oración, y la oración llega a ser vital”.¹⁴⁴

¿Por qué, pues, se ora tan poco? ¿A qué se teme? ¿Por ventura a que Jesucristo nos pida algún sacrificio? Gustamos de pasar horas enteras en compañía de aquellas personas que nos son queridas, que nos son amadas, y... ¿le regateamos al Señor un rato de compañía? Pero, ¿para qué nos ha sido dada la vida? Nos ha sido otorgada para servir y amar a nuestro Dios y Señor. Y este servicio nos obliga a visitar a Jesucristo; a estar clavados a sus pies, como humildes esclavos elevados a la dignidad de hijos suyos, comprados con su sangre, esperando que nos mande, que nos pida algún servicio que necesite o convenga para su gloria; nos obliga a no olvidarnos de él y, por consiguiente, a acompañarle en su soledad, consolándole por los muchos ultrajes que recibe en cada momento, principalmente de los suyos, conversando con íntima confianza llena de esperanza, de rendimiento y de amor, y manifestándole nuestras miserias, defectos y necesidades. El Señor todo lo sabe; pero... gusta que se le diga, se le recuerde y se le importune.

¹⁴³ Cf 1 Tes 5, 17.

¹⁴⁴ J. TISSOT, *La vida interior*, 3.ª p. L. III, cap. VI, 27.

Orar. Qué palabra más henchida de dulzura. ¿Es que no tienes nada que pedir? ¿Es que no necesitas nada para ti, ni para los tuyos? ¿Olvidas que hay apóstoles por el mundo que quizá estén faltos de fortaleza y que eres tú quien debes pedir para ellos? “Los primeros cristianos pasaban las horas de su vida en oración”,¹⁴⁵ enseñándonos el camino de la victoria. Si no oráis, jamás será vuestra alegría completa.

¿Quieres conocer a Jesucristo? Ora. ¿Quieres amarlo? Ora, de suerte que nunca te falte la fuerza de este alimento sobrenatural.

¡Jesús amado! Que suba mi oración hacia ti..., como suben, para bañar tu rostro, los perfumes del incienso consumido en ardientes brasas de fuego.

¹⁴⁵ Cf Hch 1, 14.

CAPÍTULO XXII

Maneras de orar

“COMO el árbol que ha echado raíces y se apoderó de los senos de la tierra, resiste a cualquier tempestad y viento; pero el que quedó en la superficie, el menor al- recito del mundo le derriba y echa por el suelo, así la oración que sale de lo profundo del alma, aunque se levanten tentaciones, pensamientos importunos y todo el infierno armado contra ella, no ha de derribarla”.¹⁴⁶ Por tanto, de cualquier manera que oremos, hagámos- lo con espíritu de verdad y sinceridad, de modo que sea nuestra oración el suave grito, la delicada ofrenda, ya sufra, ya goce, de un corazón que ora. “No es otra cosa oración sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”.¹⁴⁷

Mas el lenguaje que podemos tener, y de hecho se tiene para conversar con Dios, es muy variado, aunque una cosa común ha de haber en él, no obstante sus di-

¹⁴⁶ FR. JUAN DE LOS ÁNGELES, *Triunfos del amor de Dios*.

¹⁴⁷ SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, cap. VIII, 2.

ferentes manifestaciones: la sencillez de corazón. Muchos son los que imaginan no sé qué de complicaciones y de preparativos, para después... no hacer nada, no sacar ningún provecho. A estos infelices les veremos siempre cargados de excusas para negar a Dios lo que les pide, para no comenzar a reformar su vida según el modelo divino que están estudiando, y que admiran durante el rato de su oración. Otros creen que orar sólo consiste en hacer exclamaciones admirativas...; luego de estas tiernas y repetidas exclamaciones, salen dispuestos..., ¿sabéis a qué?, pues a que no se les niegue ningún capricho, ni se les mortifique en lo más mínimo.

La oración es como la sala de estudio, de entretenimiento, de visita, donde la mano escondida del artista divino, del bondadoso Jesús, va grabando su imagen en el alma que la frecuenta con su presencia, y reproduciendo en ella su vida sobrenatural. Y de este modo, callado y admirable, logra transformarla en sí, de tal suerte, que no se puede mirar al alma sin que se vea en ésta, igual que en un espejo se ve reflejada la imagen de un objeto, los reflejos de las bondades, de la pureza y de la santidad de Jesús.

En esta sala de estudio en la que se forjan los santos, nuestro primer paso en presencia de Jesús es la comunicación hecha con él de palabra, es decir, la oración vocal, la primera y más sencilla, que está al alcance de todos. Todos pueden rezar; lo que falta es que quieran rezar bien, con atención, con fe, sin doblez y con la disposición de cumplir lo que rezando se dice. ¡Nos hallamos a veces tan distanciados de aquello que pedimos o prometemos, mientras rezamos a nuestro Dios! ¿Y merecemos así ser escuchados? ¿Qué importa que se muevan nuestros labios, desgranando

continuos rezos, si el pensamiento vive alejado de Jesús, y la voluntad rebelde?

Muchos oran de palabra, pero no piensan en el contenido de su oración; y de entre los que piensan lo que oran, cuántos hay que no están dispuestos a cumplirlo, o a ponerse en las debidas condiciones para que su oración sea agradable a Dios. La oración tiene su principio y su fin en la glorificación divina, en el abandono a la santa voluntad de la providencia infinita. Fácil es la oración vocal que el mismo Jesucristo nos enseñó, dándonos a conocer en ella “todo el más alto modo de contemplación...”, “todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfarnos en Dios”.¹⁴⁸ Tal nos confirma santa Teresa del Niño Jesús cuando escribe: “Cuando me encuentro en tanta sequedad que no puedo ni tener un buen pensamiento, rezo muy despacio un Pater noster o un Ave María, pues sólo estas oraciones me encantan, alimentan divinamente a mi alma y le bastan”.¹⁴⁹

Bien se infiere de lo dicho que, si empleásemos debidamente este modo de oración, encontraríamos abundoso pasto para santificarnos, puesto que en él se dan los más altos grados de la vida contemplativa y unitiva. Basta pronunciar el nombre de Padre para que esta palabra haga sentir al alma las escondidas dulzuras divinas, de las cuales, igual que san Pablo, solamente podemos decir “que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón humano llegó jamás a alcanzar”;¹⁵⁰ basta esta palabra para que el alma quede en contemplación de Dios, y se encuentre penetrada de su bon-

¹⁴⁸ Cf SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. XXXVII, 1 y LXII, 5.

¹⁴⁹ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. X.

¹⁵⁰ Cf 1 Cor 2, 9.

dad, de su terneza, de sus misericordias sin fin, y se sienta como atraída irresistiblemente por la fuerza secreta de un potente amor hacia él.

No obstante la gran fecundidad que encierra esta oración y la no menos facilidad con que se puede practicar, rinde escaso provecho, con ser su uso frequentísimo, porque el “fin de todas las oraciones, a saber, la unión con Dios, que se hace por el amor”,¹⁵¹ apenas se conoce ni se busca. La palabra ha de brotar del corazón humillado y suplicante. Pongamos sencillez, fe, rendimiento de voluntad, y la oración vocal, tan sencilla y tan hermosa, producirá copiosos frutos de unificación sobrenatural.

Esta clase de oración expuesta, hermánase perfectamente con la oración de discurso llamada meditación. Todos debemos conocer a Jesucristo, nuestro libertador y redentor. ¿Y conseguiremos conocerle debidamente si no le estudiamos en su persona, en sus actos, en su vida toda? Este estudio se verifica en la oración de discurso o meditación. Consiste, pues, en reflexionar detenidamente sobre el modo de obrar del Señor, para imitarle, siguiendo sus huellas. Y así, reflexionando, llegamos a conocer su verdadero espíritu, sus bondades, los motivos que tenemos para seguirle y las razones sobrantes que él tiene para exigirnos que le sigamos.

Hay que anotar aquí una equivocación, y es que, para muchos, meditar será algo así como hacer un discurso, fatigándose la cabeza para discurrir más y mejor, no sacando otro fruto que el salir fastidiados de ese penoso trabajo. Cristo no nos pide grandes discursos, ni profundos conocimientos filosóficos y teológicos, sino lo que nos pide es que le imitemos. “Para

¹⁵¹ P. MASSOULIE, *Tratado de la verdadera oración*.

orar bien no se necesita hablar tanto. Puesto que sabemos que Dios está allí, descubrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su santa presencia, y ésta es la mejor oración”.¹⁵²

Conocer a Jesucristo. Saber la manera de imitarle. Nada tan fácil como esto, porque su vida es sencilla; sus virtudes resaltan sin esfuerzo, a nuestra primera mirada. El que no le conoce es porque no quiere. Toda su vida está escrita en una página: la cruz. Pero poco adelantaremos si nos quedamos tan sólo contemplando lo que Jesús hizo, y no nos decidimos a obrar según él. Aquí está el fruto de la meditación: salir fuertes para imitar al Maestro. Y esta fortaleza la sacaremos del amor, al cual conduce la meditación continua de Cristo.

Quien llegue a meditar bien, se irá compenetrando del espíritu de Jesús y, de este modo compenetrado, ¿podrá no amarle? A esto se dirige la meditación, a movernos al amor de Jesús por el conocimiento de sus finezas. La voluntad, cual potencia ciega, no se mueve sino en dirección a lo que el entendimiento le presenta como agradable y amable. El pensamiento de Jesús moverá la voluntad, y entonces, la meditación surtirá su doble efecto: hacernos regular toda nuestra vida según las leyes divinas, disponiéndonos a ir en seguimiento suyo, y encender la llama del amor a nuestro gran Dios.

El fin de la meditación no es otro que disponernos al amor divino. Una parte, por tanto, de esta oración, se habrá de destinar a mover la voluntad, templándola en el horno de amor al Señor. “Tornando a los que discurren, digo que no se les vaya el tiempo en esto..., sino que se representen delante de Cristo y, sin can-

¹⁵² S. JUAN VIANNEY, *Vida de Monnin*.

sancio del entendimiento, se estén hablando y regalando con él... Como yo pasé tanto, he lástima a los que empiezan con solos libros...".¹⁵³ Es preciso inflamar la voluntad para que desaparezca la valla oculta que encuentran muchos de los que meditan, los cuales, después de llenar su entendimiento de abundantes ideas que les sugieren la consideración de la conducta de Cristo y la suya propia, tan distante de aquélla; y luego de estar cavilando siempre sobre lo mismo, y proponiendo las mismas correcciones y enmiendas, no cambian, y de este modo pasan los años, sin dar un paso adelante en la virtud. Por poco que se escudriñe su voluntad, se la ve apegada a los bienes, los cariños, los placeres y los amores de la tierra. Estos llegarán a entender la verdad, pero... no la seguirán en toda su amplitud y con total generosidad.

"Todo el bien del alma consiste en tener oración";¹⁵⁴ mas el tener oración no consiste en discurrir mucho, sino "en amar mucho".¹⁵⁵ Por esto, "en cualquier tiempo de la oración que... sintiere... recogimiento interior, y a la voluntad aficionada y movida con algún afecto, no le debe desechar por codicia de proseguir otras consideraciones..., sino detenerse en aquello, lo que durare".¹⁵⁶ Este recogimiento, cuyo efecto inmediato es conducir el alma a lo interior, separándola del mundo que la rodea, "es propiamente la entrada en la vida interior",¹⁵⁷ cuyo desarrollo y crecimiento es el desarrollo y crecimiento de la vida de oración en un alma.

¹⁵³ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. XIII, 17.

¹⁵⁴ V. AGREDA, *Escala... perfección*, VI.

¹⁵⁵ Cf SANTA TERESA DE JESÚS, *Moradas*, 4.^a, cap. I, 7.

¹⁵⁶ MOLINA, *Tratado de Oración*, cap. VI.

¹⁵⁷ GROU, *Máximas*, X.

La oración, por tanto, está llamada a producir en los que la frecuentan, su reforma y renovación completa; y su influjo de vitalidad y de encauzamiento hacia Dios lo conoceremos en nosotros, es decir, sabremos que nos es fructuosa si sacamos de ella fuerzas para contener y domar los apetitos sensuales; para ser fieles a las gracias recibidas del Señor, y guerrear sin descanso contra lo que nos aparte de él; si salimos con deseos del sacrificio y con ansias de pureza y de amor de Dios. Así se comprende cómo el “influjo de la oración trasciende a todas nuestra opiniones y a todos nuestros discursos; sella con cierto sello de aplomo toda nuestra conducta...”,¹⁵⁸ y produce toda nuestra reforma y renovación.

Pero, ¿qué sucede cuando la voluntad, forjada en el fuego de la oración, se siente movida de amor a Cristo? Saltan entonces de la voluntad los afectos a su Dios, sin trabajo y sin esfuerzo; brotan con la sola consideración de una verdad divina o de una mirada al Crucificado; surgen entonces del fondo del alma, en la cual prendió ya la llamarada del eterno amor, y esta dichosa alma no encuentra ni gusta, a partir de este momento, de otro lenguaje que éste: amar; prorrumpiendo en actos, ya exteriores, ya callados, de purísimo afecto a su Dios, eterna bondad e infinita belleza.

Y aquí habla la voluntad, el corazón, con su lenguaje único e insuperable. Ya el alma no necesita de reflexiones; le basta el simple recuerdo; una palabra, una mirada a Jesús la mueve, encanta y absorbe. No necesita más que ponerse delante de Dios, renovar su presencia, recordar su bondad para, al instante, sentirse atraída hacia él. Si usa lectura, será para el comien-

¹⁵⁸ FABER, *Progr. Alma*, cap. XV.

zo de la oración; pronto volará por la regiones que la divina gracia le trace. Querer volver atrás, que es lo mismo que empeñarse en meditar cuando el corazón dice amor, será una tremenda equivocación; equivaldría a desandar el camino andado, a retroceder a lo que fue, a bajar al sitio de donde subió. “La perfecta oración arrebató el espíritu de modo que no hace estas reflexiones, ni se acuerda de otra cosa que de su Dios, con quien trata”.¹⁵⁹ Cuando un alma no pueda ni guste de meditar y, al mismo tiempo, se sienta atraída y con disposición a estarse en silencio en una noticia o mirada general de Dios, sin discursos, debe no porfiar en la meditación.¹⁶⁰

Mas el corazón, una vez ha comunicado sus afectos plena y repetidamente, comienza a emplear el lenguaje del amor, en silencio, semejante a lo que acontece al amante terreno, el cual, junto a su persona amada, a quien manifestó sin cesar los ardores de su amor, ya no goza de hablar, pues todo se lo tiene dicho, sino que goza de estar con ella y de amarla callando.

Y lo que en lo terreno sucede, se verifica de manera indecible y finísima en el trato que el alma tiene con Dios en la oración. “He estado ante Jesús; nada le he dicho, y él nada me dijo tampoco; hemos estado ambos en silencio; yo le miraba y él me miraba a mí... Qué dulce cosa es estarse así ante Jesús... No se quería salir de allí”.¹⁶¹ Reducido al silencio el lenguaje de los afectos, el alma se limita ya a mirar a Jesús y amarle. El amor se ha hecho silencioso. En un principio era locuaz; luego, a medida que se encendía, daba, de vez en cuando, fuertes chisporroteos de nuevo avance, las

¹⁵⁹ LA PUENTE, *Guía*. Tr. I, cap. I.

¹⁶⁰ V. FALCONI, *Camino para el cielo*, cap. IV.

¹⁶¹ Santa Gerna, G. GALGANI, *Biografía*, cap. XVII.

cuales manifestaciones amorosas van desapareciendo, al paso que el fuego del amor consume el alma. El amor está encendido..., encendido del todo. Por eso ya no chisporrotea, enmudece, calla, tórnase silencioso.

Por tanto, la oración de afectos desaparece, para dar lugar a la oración de silencio, cuyo fondo es siempre el amor, en el cual el alma experimentará sobre ese fondo de amor que tiende hacia la unión con Jesús, variadas modificaciones. De aquí que unas veces predominará en el alma el recogimiento, la quietud, la ociosidad, la impotencia, las mil maneras con que Jesús puede tratar y sostener a sus almas; pero en el fondo de todo esto y como algo que lo penetra y explica, vive el amor. “La oración para mí es un arranque del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de reconocimiento y amor en medio de las pruebas, como en medio del gozo. Es una cosa elevada y sobrenatural que dilata el alma y la une con Dios”.¹⁶²

Este estado de oración resulta una tortura para aquellos que creen que es preciso sujetarse siempre a un método prefijado, afligiéndose porque se ven impotentes para hacerlo, y con el pensamiento de que no hacen nada. Ahora llega el momento de recordarles esta hermosa lección de san Juan de la Cruz: “¡Oh, almas! Cuando Dios... os lleva por estado de soledad y recogimiento..., no os volváis al sentido. Dejad vuestra operaciones..., que ahora que os hace Dios merced de ser el obrero, os serán obstáculo grande... Dios os la cebará de refección celestial”.¹⁶³

Y un caso muy frecuente que suele ocurrir a las almas de oración es el de la oscuridad y ceguedad en medio de una gran impotencia; la conducta a seguir

¹⁶² SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. X.

¹⁶³ S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, Canción 3.^a, 15.

entonces, está señalada en estas palabras de un maestro de la vida espiritual: "Cuando el alma se halle como entenebrecida y seca, quédese en esa dulce presencia de Dios a que... se siente atraída, y no turbe su paz tratando en vano de ejercitar las potencias que el Señor le quiere tener cautivas".¹⁶⁴

En resumen, orar es... darse a Dios, darse a Cristo, mirarle en una continua presencia de fe, y amarle hasta fundir nuestra voluntad con la suya, y estar dispuestos al más grande sacrificio. Esto y no otra cosa es amar; esto y no otra cosa es orar. ¡Si supiésemos orar así! He aquí la más hermosa oración; la que se olvida de la propia persona y solamente se acuerda de su amado, con cuya vista y presencia se recrea y se alegra; las horas se le antojan al alma minutos; se le pasa el tiempo veloz... Es que el amor no se cansa... Y el amor consuela al amado; le hace ofrecimientos; por él se sacrifica, y huye de cuanto le pueda afligir y desagradar. Cómo teme entristecerle. De él habla el alma; en Jesús piensa; él absorbe toda su vida.

Orar. Qué palabra más dulce. Ella lo dice todo: visitar, consolar, mirar, entregarse totalmente a Dios.

¿Ves el camino para llegar a realizar la unión con tu Dios? Éste es. Ora, y Jesucristo vivirá en ti; tendrás su vida. Y la vida de Cristo es paz, suavidad, dulzura, alegría. Por eso, los que tienen en sí esta vida sobrenatural, saltan de gozo, y cantan, y quieren comunicar su alegría a todos, y lloran del mismo contento, y los sacrificios les parecen... nada, siempre pidiendo más. Qué dicha de almas. Y tan fácil que es conseguirlo...: querer.

Lo demás, la gracia de Jesús lo hace. ¿Por qué, pues, te penas de tu oración, si en ella puedes amar a tu buen Dios?

¹⁶⁴ P. ARINTERO, *Grados de oración*, 4.º

CAPÍTULO XXIII

El recogimiento y la presencia de Jesús

Todos debemos reconocer la necesidad de la vida interior, que viene a constituir como el dracma perdido y oculto cuya posesión debemos buscar. Mas para tener vida interior es indispensable la guarda del recogimiento, el cual se apoya en la base de la mortificación de las potencias y de los sentidos. Los sentidos son como ventanas de comunicación entre el alma y el mundo exterior, y por medio de ellos deja entrar el hombre en sus adentros lo bueno y lo malo, lo sensual y lo que pervierte el corazón. En la hora presente, en que un sensualismo excitante provoca nuestros sentidos, arrastrándolos hacia el mal, hay que encarecer a todos la necesidad del recogimiento. Quien no recoge sus sentidos difícilmente se librará del pecado y, mucho menos, de los atractivos terrenos y de innumerales obstáculos que se interponen en el camino de la santificación.

De aquí la necesidad que tienen todos, en particular los que aspiran a la perfección evangélica. Pero no confundamos el verdadero concepto del recogimiento,

con un concepto falso que de él se suele tener. Recoger los sentidos, igual que las potencias, no es matar su actividad y reducirlas a la muerte; no es anular sus fuerzas y privarlas de su propio objeto, porque Dios hizo las potencias perfectas y a cada una le dio su objeto, sobre el cual deben activarse para no resultar inútiles; sino que el recogimiento implica la guarda solícita de los sentidos y las potencias, no dejándolos en libertad para que se recreen en lo que a ellos agrada y es nocivo al alma, y privándolos de todo lo que a ésta aparte o distraiga de Dios. Jesús debe ser el centro de toda nuestra vida. Su amor, su pensamiento, su recuerdo, su persona, todo él es quien ha de informar la vida de los que caminan hacia la unión sobrenatural, ya que en ellos se ha de verificar la unión de vida con Cristo. Y esta unión no la conseguiremos si el Señor no constituye nuestro centro.

¿Y será posible que logremos tener a Cristo por nuestro único centro, si andamos faltos de recogimiento y abiertos a las mudanzas, solicitudes y atractivos de la humana vanidad? De ningún modo. Las cosas de la tierra se nos entrarán, llenándonos de estorbos; andaremos preocupados en mil asuntos que poco o nada nos interesan; nos veremos atropellados por distracciones y preocupaciones vanas; pasaremos la mayor parte del tiempo en bagatelas y naderías; y apenas si nos acordaremos de Dios, de hacer un acto de amor íntimo, de ofrecerle las cosas que hacemos, como flores de amor puro santificado y cogidas para él en el sellado claustro del recogimiento. Si esto llega a faltar, el pensamiento andará errante y libre, y el amor marcará la nota más floja. El recogimiento nos hace entrar dentro de nosotros mismos; nos reconcentra en el interior; nos acerca a Dios, y nos facilita la vida interior, la vida de amor a él.

Podemos distinguir una doble especie de recogimiento: exterior e interior. El primero es el que se ejerce sobre nuestros sentidos, apartándolos del mal y mortificándolos en su propio ejercicio: tal será no acostumbrarnos a fijar nuestros sentidos en las cosas por una simple y vana curiosidad; santifiquémonos con ellos. ¡Qué instrumentos tan hermosos de santificación! Si sabemos crucificarlos, ejerciendo sobre ellos un total dominio, habremos encontrado un medio excelente de perfección. El segundo consiste en simplificar el uso de nuestras potencias, ocupando nuestro pensamiento, nuestra memoria y nuestra voluntad en esta sola palabra: Jesucristo. Pensar en él, vivir de su recuerdo..., consumir la vida en el fuego de su divino amor.

¿Ves de qué manera tan sencilla te puedes introducir en la vida interior? Ama el recogimiento. Él te librará de una multitud de noticias inútiles, de conversaciones de puro pasatiempo, de lazos terrenos; él despegará tu corazón de las criaturas y te acercará a tu Cristo amado. Dichoso mil veces el que procura tener vida interior.

Y hay aquí un punto que aclarar cuya verdad interesa conocer a muchísimos de vida piadosa. El exceso de actividad perjudica el recogimiento, ya que apenas deja al alma un momento para recogerse, y merma el tiempo de la oración, o la indispone para hacerla bien. Pero no por eso se ha de decir que es imposible guardarlo en medio de las ocupaciones. Cuando no se ora y los ejercicios de piedad flojean, será muy difícil tener ese recogimiento entre el tráfico de los quehaceres; mas cuando nos formamos en la oración y a ella nos habituamos, el recogimiento se hace más frecuente y fácil, y los quehaceres ya no estorban.

Y hemos de añadir que es una grande equivocación cifrar el adelantamiento en la sola actividad, por muy apostólica que sea. Es preciso orar, y entonces, por estar unidos a Dios, somos fuertes, y nuestro apostolado es infatigable y fecundo.

Pero el recogimiento con su base enclavada en la mortificación, necesita ir acompañado de un algo que lo dulcifique: este dulcificante es la presencia de Jesús. Por medio del recogimiento logramos la separación, el aislamiento del mundo exterior y de cuanto puede distraernos; nos adentramos en nuestro yo, para reflexionar y reconcentrarnos, para buscar a Dios y poderle hallar en nuestro interior. Esto, claro está, en un principio, y hasta que lleguemos a adquirir el hábito de estar recogidos, o el Señor nos conceda un recogimiento infuso en premio a nuestra fidelidad y amor, viene a convertirse en un doloroso tirón, en un continuo arranque, por el cual nos separamos y despegamos de lo que nos atrae con tentadora insistencia. Pero nuestra actividad hay que ejercerla en un objeto o en otro; separada de la tierra, ¿a dónde dirigirá su trayectoria sino al cielo? Si nos abstraemos de las criaturas, al mirar en nuestro interior, nos encontraremos con Dios. ¿Quién puede llenar el vacío que las criaturas dejan en nosotros al separarse, más que Jesús? Solamente él tiene poder para trocar en dulce, agradable y feliz, el recogimiento, con toda la abnegación que le acompaña.

La presencia de Cristo produce en nuestra alma el efecto de un riego incesante de la gracia sobre ella, que crece, fecundada de este modo sobrenatural, como un lirio de amor que no mira más que al cielo. Esta divina presencia forma el primer eslabón de la unión íntima entre nuestra alma y Jesús, que explica y sintetiza toda la vida interior. ¿Qué mejor freno a

nuestras concupiscencias que la santa presencia de Cristo? Nada más suave y poderoso para contenernos en el camino del mal y excitarnos al bien. Se presentan momentos en que estamos a punto de caer en nuestras faltas dominantes; en que nos sentimos impulsados a seguir los instintos de nuestro amor propio; en que el pecado nos sale al encuentro con aspecto sonriente, con todo su poder seductor; y es entonces cuando la presencia de Jesucristo nos sostiene en nuestros arrebatos de orgullo, nos contiene ante el mal, nos alienta a sofocar los brotes del egoísmo y nos hace rechazar con valentía y presteza el pecado.

Flaquezas, debilidades, pruebas, amarguras, sequedades, tentaciones..., todo esto encontramos en nuestro paso, caminando a la sepultura. Y ¿quién sino la presencia de Jesús convierte el dolor de estas espinas en dulzuras del espíritu? ¡Es tan dulce mirar a Jesucristo con mirada de resignación y de abandono, de fe, de confianza y amor! Nada como esto podremos encontrar tan dulce y consolador. En Cristo lo aprenderemos, al instante, todo; lo recordaremos todo, lo sabremos todo. Si te habituases a mirar a Jesús, que se oculta en tu interior, cuán al revés sería toda tu vida. Tendrías menos pecados, te curarías de tus imperfecciones, hallarías solución a tus cosas, sentirías más fuerza espiritual; el amor divino crecería en ti.

El amor silencioso, cuando es verdadero, habla por medio de la presencia continua del amado. ¿Amas a Jesús? No te olvides de él; llévale contigo a todas partes; nunca te separes del influjo de su divina mirada, antes clava tus ojos en los suyos, para que aprendas a llorar, a mirar, a sufrir y a amar.

El que no cuida de esta divina presencia, poco adelantará; a la más pequeña prueba, habrá sucumbido, falto de energía para resistir. Quien ame la vida de pie-

dad sólida no olvide que necesita la presencia del Señor, porque si carece de ésta, el recogimiento le resultará algo muy penoso..., estéril, en cuanto a los efectos de la vida interior.

Muchas facetas presenta esta divina presencia en las almas; no es del caso detallarlas aquí. Procuren seguir la voz de su director y no errarán. Al principio suele presentarse en una forma sensible, imaginativa, que a medida que se adelanta, se va depurando de las líneas sensibles, para dar lugar a una especie de impresión interior, por la que Jesús acompaña al alma, y ésta le ve en todo, ya por la fe, ya por el amor; ora sintiéndole presente, ora buscándole en sus ausencias. Y en la proporción de su fidelidad, Jesús se le da más, y a medida que más se le comunica, se va simplificando más la presencia, hasta quedar reducido a un amor que fluye sin cesar del interior, y que perfuma con sus aromas todo el vivir del alma; la presencia habrá quedado convertida en una mirada oscura, indefinida, pero certísima, de fe, de confianza, de abandono y de amor.

Así se puede entender el porqué de los deseos de soledad y de retiro que estas almas sienten, estando en presencia de Jesucristo; el ruido de las criaturas les estorba; anhelan estar a solas, a sus anchas, para poder conversar con un admirable silencio con su Dios.

La mayor felicidad que puede caber al hombre es vivir con Cristo. Tú tienes un medio admirable para introducirte en esta vida divina: su santa presencia. Y no es esto ninguna montaña insuperable, solamente asequible para algunos; comienza a practicarla, y te convencerás de que es cosa fácil.

CAPÍTULO XXIV

Las imperfecciones

ADemás de luchar contra el pecado, se nos prepara otra lucha continua: la de purificarnos de las manchas o imperfecciones que nos afean, restando a nuestra alma hermosura a los ojos de Dios. Vencido el pecado, hay que vencer después las imperfecciones voluntarias, puesto que esto exige la perfección; la lucha hay que llevarla hasta el fin, hasta que se consiga ser una reproducción del divino ejemplar, que es Jesucristo. El deseo de la perfección nos obliga a despojarnos de nuestras imperfecciones, a luchar contra ellas, porque el que las quiere, y querer tenerlas es no luchar contra ellas, no quiere de veras la perfección. ¿Qué será, pues, de sus repetidos deseos de tanta virtud?

Es ésta una lucha ardua, pero necesaria. Nacimos viciados por el pecado, cuya sombra fatídica nos amenaza desde entonces, en cada momento. Como fruto del pecado, el hombre se siente hundido en un mar de imperfecciones y, en este aspecto, claramente se ve su impotencia, ya que en sus nobles facultades, lo mismo que en sus sentidos y potencias, siente la consecuencia

de esas mismas imperfecciones. No hay que hacerse ilusiones: el hombre por sí solo, la criatura humana en sí, prescindiendo de su destino sobrenatural, no es más que un saco de miseria y de podredumbre, un vivero de corrupción y de muerte, una verdadera calamidad; él es capaz de los mayores crímenes; la tendencia al mal no cesa de instigarle al vicio, al falso amor, a un egoísmo tiránico, que le hace olvidar que junto a él hay hermanos redimidos por la sangre de Jesús, hambrientos y moribundos, en medio de una grande miseria.

El progreso, con todos sus avances y sus bálsamos, no cambiará nunca esta triste condición del hombre caído. Contra esta tendencia, está la fuerza invencible de nuestra voluntad, para contenerla y sujetarla, realizando actos diametralmente opuestos al grito de una naturaleza corrompida; estos actos que sujetan y vencen nuestra tendencia hacia el mal, son los actos de virtud; por eso, la verdadera virtud entraña siempre una abnegación y un vencimiento.

Mas es tal nuestra condición, somos tan impotentes y tan miserables, que aun después de haber plantado con grande esfuerzo todas las virtudes en nuestra alma, y no obstante tener en nosotros sus frutos, más o menos crecidos, siempre se deslizan en nuestro obrar multitud de imperfecciones: en el uso de los sentidos, de las facultades, en nuestro vivir. Aunque vencido el pecado, no por eso ha terminado nuestro trabajo, sino una nueva labor más delicada comienza entonces, la de arrancar de nosotros las hierbas caprichosas de las imperfecciones, que crecen junto a las rosas de la virtud, no dejándolas medrar, y ocultando, al envolverlas con sus hojas, su hermosura. Somos, pues, objeto de una incesante reforma, de una creciente perfección, de un continuo adelanto; podemos, por consiguiente,

reformular y perfeccionar incesantemente nuestra vida, todo nuestro obrar, hasta el momento de nuestra muerte.

Y si para muchos poco pesa el pecado venial, no hay para qué decir que no abundan los que toman en serio el corregirse de sus imperfecciones. Y aquí está un trabajo principal para todos aquellos cuyas aspiraciones suben alto; aquí comienza la parte delicada del trabajo en la obra de su santificación. Y éstos deben tener en cuenta que si Jesucristo brinda a todos la perfección, que si la desea para todos, de un modo particular la desea para todos los que con él desposaron su vida de pureza. Ya sé que imperfecciones tendremos mientras vivamos en la tierra; esto nace de nuestra propia miseria, ruindad e impotencia. Tras unas imperfecciones corregidas y destruidas, aparecerán otras, y a medida que aumentamos en vida sobrenatural y conocimiento de Jesucristo, mayor conocimiento alcanzamos de las imperfecciones, hasta el extremo de que se llega a mirar como imperfección lo que antes se pensó ser un grado de virtud. En lo cual acontece que el que anda sin parar hacia Dios, el camino pasado párecele imperfección, a la vista del goce presente y de los secretos profundos que va descubriendo en la vida espiritual.

Trabajemos para desechar las imperfecciones, presentándonos a los ojos del Señor con la mayor hermosura. Obremos por él, y por él y para él vivamos. No nos contentemos con vernos imperfectos; afinemos todo nuestro obrar, hasta que lleguemos a la delicadeza de los locamente enamorados del divino Maestro, los cuales, en el vuelo de sus pensamientos, que van y vienen sin cesar, y en las aspiraciones, ardores y osadías de su voluntad inquieta, y en sus miradas, en sus hablas y silencios, sólo una cosa buscan y ansían...: el

Amado. Nuestra delicadeza espiritual nos obliga a apartar de nosotros las imperfecciones; son algo que nos sobra.

Tú, como los enamorados de Cristo, que se desviven por él, purifica tu intención, tus pensamientos y tu amor; arranca de ti la imperfección que te afea, y haz que tu vida sea sencilla y pura. El santo es como un terso cristal puesto en medio del mundo, que al ser iluminado por los rayos de la fe, refleja la vida de su Maestro, el encanto de la virtud, la imagen de Jesucristo.

Y si eres imperfecto y te contentas con serlo, ¿podrás irradiar, sin desfigurarla, la vida y la imagen del Crucificado?

CAPÍTULO XXV

Fidelidad a Dios

¿CUÁNDO somos fieles a la gracia? Cuando oímos la voz de Jesucristo y cumplimos su santa voluntad, haciendo lo que él desea. Y he aquí una equivocación: muchos se dan por satisfechos y se les oye decir, con cierta vanidad, que tienen llamamientos divinos, que Jesús les da a conocer lo que quiere, por medio de secretas inspiraciones, que unas veces serán rápidas, otras veces serán constantes, fuertes y duraderas. Nos habla Jesús de tantas maneras. Pero, ¿es que basta esto? ¿Para qué nos sirven todas estas inspiraciones y llamamientos, si los oímos y los conocemos, pero luego no los seguimos ni obramos según ellos? Cuando, conociendo la voluntad de Jesús, no nos decidimos a cumplirla, nos hacemos infieles. ¡Y son tantos los que no se deciden! Por eso abundan en gran manera los que son infieles a la gracia, los cuales desagradan a Jesús que, queriendo adornarnos con su santidad, encuentra en ellos una resistencia, se empeñan en rechazar sus gracias.

Qué cosa más hermosa y atrayente es la fidelidad.

Ser fiel a Jesús en todo y siempre es lo mismo que colocarse bajo su divina dirección, lo mismo que abandonarse a su santísima voluntad, a sus gustos y a sus caprichos; es seguirle siempre, aunque todos le abandonen. Ser fiel es no proporcionarle disgusto alguno, antes al contrario, pensar y buscar la manera de contentar en todo su voluntad. ¿Qué haría una esposa fiel para con su esposo, a la que solamente se le confiase una misión: la de servir, contentar y estar pendiente, en cada momento, de la voluntad de su esposo, y pasar su vida allí, clavada a sus pies, como una esclava escogida para amarle con todo su corazón y más alta fineza? Así se comporta, pues, el que es fiel para con Jesús.

La santidad exige completa fidelidad en los que aspiran a ella. ¿No eres fiel? ¿Cómo podrás ganarte el corazón de Cristo? Si no eres fiel, ¿de qué manera podrás demostrarle el amor que tú dices que le tienes? ¿No sabes que una elocuente muestra del verdadero amor es la fidelidad? Cuánta necesidad tenemos de ella. No somos mejores, no adelantamos, no progresamos en la virtud, porque no adelantamos en la fidelidad a nuestro Señor, y él da con creces, en respuesta a cuanto le damos, es decir, que no se da si antes no le damos; a nuestra donación total, responde Cristo con la suya. Se da todo si el alma se le entrega toda, si bien su donación supera siempre, de un modo infinito, a la nuestra.

Si nuestra entrega es a medias, ¿cómo es posible que Jesús se nos comunique del todo? Si nuestra fidelidad es completa, nos daremos totalmente a Jesús, y él responderá comunicándose a nosotros sin reservas. Y qué modo tan fino y generoso tiene de tratar a los que le son fieles. ¡Si lo conociesen! Los colma de sus bienes, consolaciones, dulzuras, deseos purísimos, amo-

res divinos. Es que Cristo se les da todo. Y entonces, comienza a descubrirse a su vista, y se sienten llenos de su vida divina, de su compañía, de su amor; necesitan de él para poder vivir; Cristo va constituyendo un algo preciso y esencial en toda su vida, de suerte que ya no acertarían a vivir sin él.

Y la fidelidad se puede practicar en cada momento. Lo abarca todo en la vida espiritual. Ser fiel. He aquí nuestro medio de santificación. Quien llegue a realizarlo, no dude que alcanzará las cimas del divino amor. Ser fiel a Jesús. ¿Hay algo más consolador y satisfactorio en la tierra? Pero sepamos que se trata no de algo extraordinario, sino de un medio ordinario de santificación. Sin duda alguna, podremos encontrar en nuestro paso por el mundo, en nuestra vida, tanto exterior como interior, motivos para demostrar si somos fieles o no. A cada paso se nos ofrecerán ocasiones de poder agradar a Jesús, pues nos pide la fidelidad que no desperdiciemos la más pequeña ocasión en la cual nos sea dado poder demostrarle aquélla. Pero a cada momento nos pedirá pequeñas pruebas de ella; no serán pocas las cruces que encontraremos en nuestro camino, porque la prueba de la fidelidad es la cruz; con ésta señala Jesucristo a los suyos, y éste es el distintivo que les otorga; el que no es fiel es porque rehusa la cruz. La fidelidad nos hace ir en pos de Jesús; sirvámosle con fidelidad, no contrariando nunca sus mandatos ni sus deseos.

Mas para hablarnos en lo íntimo del alma, tiene Jesús un lenguaje que deja la impresión de seguridad y de verdad; este lenguaje es lo que se llama el atractivo interior que él deposita en nuestra alma. Por este conducto nos llama y nos señala el camino que debemos seguir, cuya trayectoria va directamente hacia él. Cuántas veces habrás roto ese fino atractivo con que

Jesús ocultamente te llama, te impulsa y, a veces, hasta casi te arrastra, hacia la virtud. Sigue la voz secreta de tu conciencia, los impulsos de tu corazón, que por ellos te habla Jesús. ¿No sientes deseos de amarlo? ¿No quieres ser bueno? ¿No hay en ti emociones ocultas de un amor eterno y purísimo? ¿No ves que tu corazón no está quieto hasta que descansa en Dios?

Si no te quieres equivocar, sé fiel a los toques de la divina gracia, al servicio y amor de Jesús; déjate guiar por el atractivo interior que en ti enciende, como una lucecilla que te ilumine en las sombras del oscuro camino espiritual, de suerte que, al presentarte ante Jesús en la hora de tu examen, puedas decirle que, en ese día, en ninguna ocasión le fuiste infiel.

Sin fidelidad no hay santidad.

CAPÍTULO XXVI

Vencimiento del propio yo

EL propio vencimiento, elemento necesario en toda santificación, cualquiera que sea la edad de las personas en el pleno uso de su razón, cualquiera que sea el estado de vida que hayan abrazado, entraña una costosa renuncia, pero trascendental, para poder alcanzar los grados de la virtud. La costosa renuncia a la cual me refiero, es la de la voluntad. Ésta se ha de inmolar en el mismo altar donde se inmola el amor propio, quemada después y consumida en holocausto de la voluntad inmutable de un Dios eterno, centro de todas las voluntades creadas, por ser su origen y su fin.

“En esto hemos conocido lo que Dios nos ama, en que dio su vida por nosotros. Y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos”.¹⁶⁵ Aquí se nos presentan dos clases de renuncia de la voluntad: renuncia de nuestra voluntad en retorno de gratitud, y por amor a Dios, y otra, que está contenida en la ante-

¹⁶⁵ Cf 1 Jn 3, 16.

rior, y que es la que se hace por amor a nuestro prójimo, que son nuestros hermanos, todos los redimidos por la sangre de Cristo. La segunda, sin la primera, no tiene explicación, porque dejaríamos de ser hermanos y, por tanto, de querernos como hermanos, sin el reconocimiento y sin el amor a un Padre común que está en los cielos, y que nos ha enviado a su propio Hijo para enseñarnos la ley de la humana fraternidad; y para practicarla de la manera más sublime, Jesús renunció a toda su voluntad, puesta en manos de su Padre, en beneficio del hombre, prevaricador e ingrato.

Mas para entrar en los parajes deleitosos que el divino amor proporciona a los que son fieles, hace falta esa doble renuncia. Cosa dura es despegarnos, callar, ocultar, matar nuestro propio querer y sujetarlo al querer de los demás, aunque nos desagrade, nos humille, nos contraríe. Mirando hacia la tierra, nuestro amor más arraigado y profundo es el que tenemos a nosotros mismos; pero éste desaparece cuando miramos hacia el cielo, para ser sustituido por el amor divino que nos enseña la ley verdadera del amor: dar..., dar siempre..., darse todo..., hasta lo último.

La virtud exige, para los codiciosos de ella, el sacrificio de la voluntad y de sus gustos, por muy espirituales que sean. El apego nos sujeta y esclaviza. Se necesita, pues, este desprendimiento para poder conseguir este ideal, fundir la voluntad y el querer con la santa voluntad y el querer de Cristo, hasta que se pueda decir: sólo quiero lo que él quiera. Y como nada de cuanto sucede acontece escapando al gobierno de la divina providencia, porque no se mueve la más pequeña hoja del árbol sin voluntad de Dios, necesariamente hemos de ver en todo la mano bendita y paternal de nuestro Señor, que dispone las cosas y permite aconte-

cimientos y sucesos, como crisoles de purificación y luces que nos recuerdan la eternidad, los cuales salpican de sangre, de dolor y de lágrimas esta vida terrena miserable, para nuestra santificación y glorificación suya.

Pero no hay que ocultar que el desprenderse de la propia voluntad cuesta. Mas si ponemos la mirada en Dios, si vivimos ocupados en amar a Jesús, qué fácil y sencillo es desprenderse de ella. El amor nos hace salir de nosotros, para terminar y descansar en aquel a quien se ama. Y allí donde está nuestro amor, allí mismo se encuentra nuestra voluntad entera. Pero, ¿qué hace la voluntad que ama a Jesús? Lo que hace es renunciarse a sí misma y entregarse toda cuanto es; y no se deja otra ocupación que la de agradarle. Con esta renuncia, es ya de Cristo en todo su querer.

El efecto que sigue al desprendimiento de la voluntad, en el interior de quien lo realiza, tiene un encanto sorprendente, que consiste en el goce de una alegría muy íntima que endulza su vivir, que le penetra en todo su ser, hasta el punto de que las mismas asperezas, amarguras y contratiempos, vienen a ser motivos de contento y de bienestar. No poner obstáculos a la acción divina; rendir a Jesús nuestra voluntad; dejarle obrar a sus anchas, sin poner trabas ni vallas a su acción santificadora, tal es la causa por la que podemos triunfar y adelantar sin cesar. Sin esto no se llega a la cumbre.

CAPÍTULO XXVII

Consuelos y arideces

ESTE es un punto que quisiera tratar con gran claridad, para que ninguno se pueda llamar a engaño. No es frecuente encontrar conciencias que tengan claro concepto del valor que encierran estas fases que, con abundancia, se suelen presentar en la vida espiritual. Dos medios excelentes que nos llevan a Cristo, aunque en sí tan distintos.

Las arideces nos llevan purificando y robusteciendo en el interior; los consuelos, engolosinando y recreando con sensible dulzura los deseos del alma; ambos son caminos para llegar a Jesús. Y si los dos son camino seguro, si apoyados en estas dos alas podemos volar hasta el cielo, ¿por qué pegarnos al consuelo más que a la aridez, y no guardamos la santa indiferencia en escoger y recibir el que precisamente nos escoja y nos dé el Señor? Aquí está encerrada la llave del triunfo de los que vencen. No andan en pos de los consuelos ni de los mimos; no se asustan, llegada para ellos la prueba de las arideces, sino que reciben lo que el Señor se digna enviarles, con la seguridad de que

ambas cosas, es decir, sean los consuelos, sean las arideces, constituyen un medio seguro de mortificación.

Advirtamos el peligro tremendo que corremos no despegándonos de las consolaciones. Los que creen que su adelanto en la virtud consiste en ser consolados, piensan, claro que equivocadamente, que van hacia atrás y que pierden terreno cuando llega el tiempo de la aridez espiritual.

Y cómo la tememos. Sólo su nombre nos da escalofríos y nos asusta. Pero..., ¿es que no queremos ser purificados más que del modo que nos guste? No olvidemos que las purificaciones que Jesús envía son mayormente meritorias que las que nosotros voluntariamente escogemos; aquí, hay voluntad nuestra, allí, solamente la de Jesús.

No desechemos como malo o poco ventajoso aquello que robustece, aligera y fortalece nuestro espíritu; lo que nos obliga a suspirar por Dios, y a orar con fe más probada.

Y la aridez robustece, adelgaza nuestro espíritu, lo torna recio, aligéralo para la lucha y lo adiestra para comer el pan duro del sacrificio.

Y aunque el alma en este estado queda como yerta, rígida y en dura tensión, si bien nos vemos desprovistos de sensibilidades en la piedad y hasta como amortiguados nuestros gustos de Dios, no por ello hemos de temer por nuestra suerte; entonces es cuando nos despojamos de los apegos, adquirimos mayor conocimiento del verdadero espíritu de Cristo, conocemos que la santificación es lucha, matamos los sentimentalismos, y aprendemos a subir por la cuesta única de la santidad: abnegación, desprendimiento, amor.

Porque en medio de la aridez amamos con menos sensibilidad, pero, a veces, con más constancia, esfuerzo y pureza; buscamos y amamos sólo a Cristo. En el

fondo, nos queda, subsiste, un fuerte atractivo hacia Dios; tenemos paz, nos sentimos dispuestos a obedecer y a aceptar todos los sacrificios.

Los espíritus formados con la leche de las consolaciones, no pueden soportar su privación; les parece demasiado duro y, llegado el momento de esta prueba, quédanse sin fuerzas para seguir adelante. Y piden a Jesús sin cesar que les envíe... aunque sea un pequeñito consuelo.

No busquemos, pues, consuelos. Solamente Jesús tiene derecho a ser consolado. Ya antes lloró él, sufrió, fue despreciado, crucificado y muerto entre tormentos e injurias. Luchemos con denuedo; ha llegado para nosotros la hora de la victoria, por medio de la cruz. La hora es esta vida tan corta, tan corta que se nos escapa entre risas y lágrimas, entre deseos y suspiros, entre luces y sombras, oscuridades e impotencias. No pidamos consuelos al prisionero del sagrario; presentémosnos para consolarle, ofreciéndole nuestro amor, lágrimas, enfermedades, arideces... Es su divina mano quien las envía; si fuimos culpables, para recordar nuestra fidelidad debida; si no tuvimos culpa, para probarnos, purificarnos más, y hacernos a sus ojos más gratos. Y pensemos que esto lo hace porque nos quiere... Porque nos ama.

CAPÍTULO XXVIII

Entrega, ¿hasta dónde?

Es muy frecuente encontrar quienes desean entrar en posesión de una unión sobrenatural con Dios, pero quieren poseer sin dar. Inspirados por el egoísmo, se esfuerzan para que el Señor se les entregue, mediante la comunicación de sus dones, de sus ternuras, de sus visitas, mediante la donación de su amor, que es el soplo de su misma vida divina. Lo natural es que nosotros nos demos antes, para que Jesucristo se nos dé. Pues no ocurre así. Quieren recibir sin dar; aspiran a tenerlo todo, sin darlo todo. Hay quienes pasan el tiempo lamentándose de que el Señor no les escucha, de que se les muestra poco generoso, de que le buscan y no le encuentran.

Pero podríamos preguntarles a estos tales: ¿es que le buscáis para que él cumpla vuestra voluntad, o le buscáis para conocer su voluntad y cumplirla vosotros? ¿Es que vais a sablearle con peticiones insensatas, o vais a hacerle entrega de algo vuestro? ¿Os acercáis sólo para pedir, o bien os acercáis sólo para dar? ¿Pedís regateando dar lo vuestro, o pedís ofreciendo lo

que tenéis? Jesús, autor del oído, no puede estar sordo; Jesús, padre por sus infinitas ternuras para con el hombre, por su amor, que todos los rayos de cariño esparcidos entre las criaturas todas no pueden igualar ni reflejar pálidamente, no puede negarse a quien le pide, no puede ocultarse a quien le busca, dejándole en abandono. Lo que hace falta es que nos presentemos a él, llevando en nuestras manos la ofrenda de lo que él desea: de nosotros mismos. Démonos y Cristo se nos dará.

Qué gran sosiego se experimenta cuando se hace la total entrega en manos de Dios. Es cosa de recomendar a todos los que quieran tener paz; pero es cosa de exigir a todos los que van tras la hermosura de los destellos sobrenaturales que Jesús infunde en las almas. Cuando el hombre ha conseguido esta gracia, siente en sí encendida la llama de un amor puro, cuyo fuego dibuja en el rostro humano la expresión dulce de una sonrisa que habla al mundo de la verdadera felicidad. Todo cuanto se deja al cuidado de nuestro Señor omnipotente, nuestro mejor padre, hermano y amigo, no corre peligro alguno de perderse. Nada pueden contra él ni el mundo ni el infierno juntos. Todo lo rige con su ciencia infinita, y lo dispone según sus eternas misericordias, y lo ordena a su glorificación, fin supremo de toda criatura. Cristo vencerá, porque sólo él es el fuerte. Llegará un día en que las criaturas, sin excepción, servirán de peana al trono glorioso sobre el cual recibirá glorificación universal el Crucificado.

¿Qué es, pues, lo que nos impide entregarnos enteramente a Jesucristo? ¿De qué podemos temer? ¿Qué nos faltará? Nada; pero para realizar esto, se necesita más fe; fe profunda, ciega, completa, sin desconfianzas. Confiemos en Dios y hagámosle donación de cuanto somos y tenemos; y, al mismo tiempo, descon-

fiemos de nuestras fuerzas, no para no hacer nada, sino para trabajar apoyados siempre en la fortaleza divina. La falta de confianza en Dios es otra de las causas, unida siempre a la falta de fe, de que no se lleve a cabo la total entrega.

Por tanto, si quieres robar al Señor sus amores y hacerlos tuyos, entrégate a él, a su divina providencia, seguro de que no te tiene en olvido, ni aparta de ti un momento su mirada. En ti la tiene siempre fija, en cualquier parte u ocupación en que te halles. Jesús te vigila, asiste, y se alegra de verte batallar. Piensa que tiene puestos sus ojos fijamente en ti, con una mirada penetrante y dulcísima de amor paternal; que es omnipotente y que... te quiere muy santo. ¡Desea tanto que seamos puros e inocentes! ¿Por qué muchos no adelantan en la vida espiritual, pudiendo tocar sus alturas? No será porque Jesús no quiere, sino porque ellos no se le entregan; resérvanse para sí mismos, o bien, comparten con las criaturas lo que solamente es de Dios.

Con nuestra total entrega, todos los cuidados del futuro, preocupaciones inquietantes, cuitas, sucesos, adversidades, todo desaparece en la sepultura que abrimos a los pies de Jesús, para enterrar en ella todo lo terreno. Cómo se desvanecen las sombras de esta vida mentirosa. ¿Qué le queda al que así se entrega? Pues solamente vivir para Jesucristo, sufrir por él hasta la más cruenta inmolación, amar a Dios que le creó. Nada ya le hace mella, ni le intimida, ni le asusta; todo lo convierte en amor a su Dios. Contrariedad, hambre, pobreza, desprecios, insultos, humillaciones, enfermedades, dolores: todo esto es para él un canto sublime de amor.

Visita a Jesús con tu oración; entrégate a él, que saldrás con grande ventaja de tu visita. Te llevarás lo que vale más que el universo entero: al mismo Jesús Dios.

CAPÍTULO XXIX

Sequedad de espíritu

MUCHAS son las pruebas que los seguidores de Cristo han de experimentar durante el período de su purgación espiritual, las cuales van encaminadas a desligarles de apegos y escorias de la tierra. Como una de estas pruebas, consideramos la sequedad de espíritu, pues no son pocas las ocasiones en que esta sequedad lleva la señal de un castigo que el Señor envía a los que le son infieles.

Debido a la falta de un concepto claro sobre la sequedad de espíritu, suele confundirse este estado interior con otros que nada tienen de sequedad, y que pertenecen a un plano elevado en la vida espiritual, donde el sentido apenas vive y el alma se abisma en una paz inalterable y absorbe todo el vivir. La sequedad es la privación del fervor sensible, la ausencia de las consolaciones y de los gustos espirituales que sentimos en el servicio de Dios nuestro Señor. La gota de miel que nos engolosina y atrae, deja de aparecer, y se experimenta como una soledad.

En este estado, ningún fervor sensible experimenta

la voluntad, ni encuentra gusto en lo que hace, hasta el extremo de que solamente por obediencia lo cumple; se le tornan difíciles los ejercicios de piedad, e incluso la misma oración, por la que otras veces sintió grandes deseos; delante de Jesús viene a quedar reducida a una especie de estatua de insensible y frío mármol. ¿Qué hacer? Este es el tiempo precioso para vivir la vida profunda de la fe. Fe, mucha fe hace falta en medio de esta prueba.

Pero hemos de reconocer que se tiene de esta prueba un concepto erróneo muchas veces. Y por esto se la teme tanto. Si pensáramos que es uno de los medios que obran nuestra santificación, no nos doleríamos con tan reiteradas y tristes quejas cuando el Señor se digna enviárnosla; ni creeríamos equivocadamente que la sequedad es un retroceso, cuando no es sino una pequeña medida que tiene Jesús para probar nuestra fortaleza, constancia y fidelidad. Necesitamos remar contra la corriente de las consolaciones, para demostrar el grado de despego interior y la resistencia del temple de nuestra voluntad, que se dice seguidora de Cristo. La sequedad, como otras tantas pruebas, cualquiera que sea su nombre, hay que recibirla como un recuerdo y una caricia del Señor; el bofetón se cambia en una dulce caricia cuando, por amor, lo da la mano delicada del Amado.

Y Jesús, porque nos quiere, nos trata así, para más purificarnos. Una acción en medio de grandes sequedades no tiene por esto menos valor que otra puesta en medio de grandes dulzuras; antes al contrario, a mayor abnegación, mayor premio; y es indudable que se requiere para practicar la virtud estando en sequedad, mayor sacrificio que estando en dulzura y consuelos.

La sequedad es un purificador de las almas y, como tal, puede durar largas temporadas, lo que Jesús

dispone para nuestro bien. Mas entonces, cuando las temporadas son largas y por nuestra parte respondemos con fidelidad, de vez en cuando pasa el rayo del fervor; una llamarada de amor sentimos encenderse en nosotros, para animarnos; y gustamos el confortante de algún consuelo, aunque todo ello pronto desaparece. En estas circunstancias, el secreto de nuestro seguro sostén está en amar a Dios. Y en la sequedad se puede amarle con un amor de conformidad, de resignación, de sufrimiento con alegría; en una palabra, con amor de verdadero abandono a las disposiciones de su divina voluntad, de tal modo, que si es del agrado suyo el que permanezcamos en la sequedad mucho tiempo, toda la vida, ese sea también nuestro gusto y nuestra voluntad, sin querer otra cosa que lo que él quiera.

Es verdad que en este caso la vida espiritual se hace difícil y pesada, porque no queda en ella, entonces, sino vencimiento, lucha, resistencia en nosotros mismos, a practicar la virtud; no hay más que asperezas; solamente se tocan los pinchazos de la virtud; sus dulzuras están escondidas. Por esta causa, la vida espiritual no nos ofrece entonces atractivo alguno, sino tan sólo cuando vamos impulsados por el deseo del sufrimiento, puesto que en la misma sequedad hallamos un medio de satisfacerlo, desde el instante en que padecemos en la prueba.

Y por este motivo, por mucho que se prolongue la sequedad, no hay lugar al desánimo; al revés, precisa violentarse con más fuerza, mortificarnos sin temor, y buscar a Cristo en todo nuestro obrar. Suele el Señor esconderse, pero sólo nos deja cuando pecamos. Y en estas ausencias sensibles de Jesús, que se conocen por la ausencia de consuelos, de dificultad en las cosas espirituales, por la falta de mociones fáciles, de atracti-

vos dulces y de facilidad en poner en práctica los ejercicios de devoción y de piedad, debemos empujarnos hacia adelante y esforzarnos en ser más fieles, valientes y constantes, esperando, contentos, hasta que el Señor se dé por satisfecho y quiera volver a dejarse sentir.

Para soportar con denuedo y victoria, para acortar el período de sequedad, para hacerla desaparecer, obligando a Jesús a que deje sentir su presencia en nosotros, hay estos sencillos remedios: oración, fidelidad y mortificación.

CAPÍTULO XXX

Oscuridad, impotencia, soledad de espíritu

QUIEN decididamente se introduce en la vida de oración, no tarda en verse rodeado de oscuridades. En medio de ellas, parece comienza a sentirse perdido y, entonces, siente la necesidad imperiosa de un guía que le sostenga y dirija. Son, al principio, a manera de un fino velo que se extiende sobre las potencias del alma, impidiéndola ver claro como antes, por el discurso y por la imaginación, los distintos conceptos de Dios, las representaciones de la historia, del proceder y del recuerdo de Jesús. Luego, este fino velo se va trocando en denso, que apenas permite entrever pasajes, recuerdos, enseñanzas contenidas en los libros espirituales..., para, más tarde, convertirse en verdaderas tinieblas interiores en las que el alma nada ve, ni sabe, ni puede. Solamente brilla, en su fondo, la fe, como única luz.

Y es que Jesús no quiere que tengamos otro apoyo que la fe, y sobre ésta nos sostengamos, y por ella subamos a lo alto del amor santo. Fácilmente se vive la fe cuando Jesús nos habla con sus inspiraciones y sus visitas, y nos regala con sus gracias y atractivos sensi-

bles. Pero es más costosa y, por esto, es más meritoria, cuando se la vive en medio de profundas oscuridades, estando Jesús oculto, no teniendo otro sostén que la fe, armonizada con una confianza ciega. Estas oscuridades vienen a constituir una dura prueba en la que no pocos fracasan, sobre todo si cometen la temeridad de meterse por estos derroteros sin haberse provisto de la luz de una dirección conveniente.

Sabiéndonos aprovechar de este medio, recogemos copioso fruto de virtud, y tanto es así que, si permanecemos fieles, puestos en este estado mortificante y de humillación, puede darse por seguro que saldremos tan firmes y robustecidos de él por la fe, que ésta forme todo el nervio de nuestra vida espiritual.

Las oscuridades nos ayudan a hacer desaparecer la propia voluntad; nos inducen a rendirnos a Dios, y nos preparan el camino del total abandono. Mil veces bendita purificación por la cual precisa que pase todo aquel que quiera seguir a Jesucristo..., hasta lo último. Y hemos de advertir que muchos retroceden al llegar a este punto. ¿Será porque desconocen el plano de vida espiritual en que se encuentran? ¿Es que creen que al pasar por estas purgaciones se han equivocado de camino y que, en lugar de adelantar, retroceden?

Pero al mismo tiempo que la oscuridad nos purifica, hace nuestra vida más sencilla; va quitándonos complicaciones y reduciéndonos a una simplicidad, a una sencillez tal, que toda ella puede quedar sintetizada en estas palabras: fe, sacrificio, abandono y amor. Y ya de aquí no se acierta a salir; es la única luz que ilumina y alimenta nuestra vida; y a esto lo reducimos todo.

A esta oscuridad se junta la impotencia. Y sobre ésta me limito a dar una ligera idea, sin propósito de entrar en las profundidades de este estado especial en

que, si Dios es siempre el primero y principal agente, aquí se muestra como tal, y quiere darlo a conocer.

Reducida el alma a un estado de inactividad de sus potencias, queda como atada, sujeta. Hay un algo oculto que ella no acierta a ver, por las oscuridades que padece, lo cual le absorbe y concentra todas sus fuerzas y energías. Y de tal manera la absorbe, que todos sus intentos de dirigir su actividad a un punto determinado fracasan. Jesús la tiene sujeta, no la deja mover; es un estado de humillación, en el que palmaria-mente comprende el alma su incapacidad, miseria, nulidad, hasta el extremo de que llega a comprender, con claridad grande, que nada puede sin Jesús. Ni puede hacer peticiones, ni moverse en dirección alguna preparada; tan sólo le queda una cosa en medio de esa impotencia: el deseo de amar.

Mas notemos que crece el deseo a medida que aumenta la ligadura. Y he aquí una paradoja terrible: para algunos, esta ligadura divina constituye un tormento, una preocupación inquietante, un recelo continuo, una tristeza, casi un malestar. Es que quisieran quedar libres y poderse mover según su voluntad, no pensando que en esta atadura se está operando su verdadera libertad, porque se practica la renuncia al yo, se anula el propio amor, y se deja obrar a Dios. Para otros, no obstante, constituye una felicidad indecible sentirse sujetos por la mano oculta de Jesús, contrariados por él, recibiendo con alegría los cortes y las purificaciones de este artista divino. Dejemos que Jesús cumpla sobre nosotros su santísima voluntad. Bendita oscuridad que nos acerca a Dios. Bendita impotencia que nos desprende y separa de todo lo criado, pero que nos permite amar. Dejemos obrar a Dios. Los que no renuncian a su voluntad vuelven atrás; los generosos, van adelante.

¿Y qué decir de la soledad de espíritu? Importa una dolorosa prueba en el período de las purificaciones que acompañan la vida espiritual. Imposible sondear la gran amargura que encierra. Con decir que todo es desamparo lo que el alma siente, y ve, y encuentra. Es un abismo de pena donde se siente sumergida, sin consuelo alguno. De ese crisol purificador sale más limpia y pura el alma, más confortada y celestial, si, apoyada en la fe, sufre entregada en manos de Dios. Soportada esta dura prueba con valentía, infunde fortaleza, desprende de todo apego, tanto terreno como espiritual, y hácela suspirar solamente por cumplir la santa voluntad de Dios.

La soledad de espíritu es un desamparo, un abandono de parte de las criaturas y de parte de Dios, que experimenta el alma, no encontrando alivio ni en la tierra ni en el cielo. Las criaturas son medios de nuestra santificación; y en instrumentos de ésta se convierten y a este fin nos ayudan, cuando nos consuelan y cuando nos afligen; lo mismo si nos acompañan, cual amigas cariñosas, que si nos abandonan y desamparan, dejándonos en la desolación. Y en este último caso, son instrumentos dolorosos que se nos otorgan para realizar nuestra perfección.

Pero, ¿y Jesús? ¿También nos abandona y desampara? ¿Qué sería de nosotros si él no nos sostuviera con su amorosa mano? Como la piedra tirada de lo alto cae, atraída por la fuerza de la gravedad, y se pierde en las profundidades insondables de la mar, de este modo caeríamos, para desaparecer en la nada, si Jesús retirase de nosotros toda su actuación; así morirían todas las almas, no pudiéndose sostener en su vida espiritual, si Jesús nos desampara, retirándose por completo.

¿Qué es, pues, lo que pasa en esta soledad o desamparo? ¿Es que Jesús se va? ¿Es que se ausenta?

No; lo que hace es ocultarse, no dejarse sentir, no dar manifestación alguna de que está allí presente, dejando al alma que de esta manera quiere probar, en medio de las tinieblas, profundas oscuridades y sufrimientos. Antes, sufría, pero el amor con que sufría le proporcionaba consuelo. Ahora, ni los deseos de padecer ni el mismo amor le consuelan. Todo es oscura noche y desolación para el alma. Sólo le queda, allá en el fondo de su amargura, una lucecilla que arde, a pesar de todo, y no se apaga: la lucecilla de la fe. Esta lucecilla es la que está enseñándole el camino para ir a Dios. Y le enseña que el sol divino está en el mismo punto, pero esta vez tiene ocultos sus resplandores... Y que volverán a brillar, trayéndole consolaciones y alegrías nuevas... Y que pasará todo, encontrando, al final, la perenne aurora del amor divino, sin nubes que lo oculten. Qué terrible es esta prueba, mas qué hermosa.

Miremos al infinito ejemplar. En la cumbre del calvario padeció Jesús la más grande soledad de parte de las criaturas y de parte de su Eterno Padre. En medio de cruentas e indecibles torturas, sus labios ensangrentados pronunciaron desde el sagrado madero de la cruz estas palabras: "Padre mío, ¿por qué me has desamparado?"¹⁶⁶ No cabe manifestación más clara de la íntima y amarga soledad que pasó, precisamente en los momentos en que los consuelos hubiesen aliviado algo sus penas y sus dolores. Pero a los dolores físicos quiso añadir la pena que lleva consigo la privación de todo consuelo, y como de un olvido de parte de su Eterno Padre.

Jesús, solo. La protección divina se retiró de su cuerpo..., extendido sobre el duro madero, sobre el

¹⁶⁶ Cf Mt 27, 46.

lecho cruel de la cruz. No le quedaba más que su Padre. Ese Padre también le abandonaba. Era la desolación suprema. No hubo jamás ningún dolor comparable a este desamparo del Salvador en la cruz; este fue, tal vez, el punto culminante de su Pasión, su momento más cruel. Este abandono constituye un misterio insondable en el que el corazón del Salvador encontraba una nueva tristeza y un sufrimiento nuevo. ¡Desolación del calvario! Jamás hubo ningún lugar más abandonado de Dios, jamás hora alguna más desesperada. Hasta tal punto fue desamparado, que Dios mismo se retiró de él, precisamente en el momento en que Jesús ofrecía a este Dios la prueba más grande de su amor, muriendo por su gloria.¹⁶⁷ Quiso pasar por todo, para agotar el sufrimiento y vencer a la misma muerte; para que le sigamos en todo; y para enseñarnos qué tal son las cumbres a las cuales precisa subir, si se quiere alcanzar el glorioso trofeo de la perfección.

Si llega algún día en que Jesús nos quiere probar, haciéndonos padecer esta purificación de la soledad de espíritu, sean nuestras lágrimas cantos de amor y de alegría, respirando fuertemente el aliento confortante de la fe, y abandonándonos a la divina providencia de nuestro Dios.

Si Jesús se oculta, no nos olvida. En el cielo, entonces oscurecido, del alma, brilla una estrella que nos ilumina y nos guía, señalándonos las rutas salvadoras y codiciadas; la estrella es el director, ministro de Jesús, que hace sus veces.

Y... ¿también se oculta esta estrella? También se puede ocultar, ya porque su luz no consuela, ya porque no se da con ella, no encontrando el director apro-

¹⁶⁷ MESCHLER, *Los ejercicios espirituales de S. Ignacio de Loyola. Comentario y meditaciones...*

piado. Nació Jesús, y en el firmamento rutiló esplendorosa la estrella avisadora de la gran nueva. Cuántos miraron el firmamento y cuán pocos acertaron a encontrar, en medio de las tinieblas de la noche, la estrella fulgurante que ardía en lo alto del cielo como un aviso divino; y que había de ser la luz orientadora que condujese a través de los desiertos, de los fríos, de los cansancios, de los sufrimientos de la larga jornada y de todas las arideces y penalidades que consigo había de traer tan difícil y penoso viaje, a los afortunados magos, en dirección al escondido, miserable y sucio establo de Belén.

Y si no solamente se oculta Jesús, sino también su estrella, ¿qué hacer?

El sol puede esconder sus dorados resplandores tras algunos espesos nubarrones que en el cielo, de vez en cuando, se alzan, cual ingentes sombras de amenaza. Mas desvanecidos éstos, el alegre sol que en pos de ellos se oculta, volverá a resplandecer, llenando de esperanza los corazones; tornará a brillar, alegrando con sus rayos de luz la tierra, fertilizada ya con la lluvia, y suavizando las pesadumbres de la vida.

Así también, en la soledad del espíritu, cuando todo permanece velado, y las tinieblas nos circundan por todas partes, quede nuestra mirada fija en Jesús. En lo alto del madero divino está nuestra luz orientadora: Jesús está muerto por amor. También tú has de morir, sufriendo por amor. Jesús se ha escondido en el sagrario; parece que duerme y no oye nuestras voces; pero no. Él jamás retira sus gracias a las almas fieles; nunca nos desampara, aunque nos haga sentir el desamparo. Callado vigilante del sagrario, sabe de nuestras penas y de nuestras alegrías, conoce nuestras culpas y nuestras ansias, duerme..., pero no permite que la barquilla naufrague.

Y una vez más es preciso recordar aquí la gran necesidad que tienen las almas de practicar el santo abandono. Santo abandono en manos de Jesús... Y la soledad se habrá cambiado de repente en la más dulce compañía..., la compañía del mismo Dios.

¿Vives en esta soledad? Sufre y espera en Dios. ¿No le hallas? Es... porque no has aprendido todavía a buscarle. Está escondido en todas las cosas; si quieres, de seguro que le encontrarás. En la desolación y desconsuelo, en la amargura y en la deshonra, en la aflicción y en la sequedad, ahí está escondido. ¿Acaso, en esas situaciones, no puedes amar a Jesús, padeciendo eso mismo por él? Precisamente, encontrar a Jesús es... amarle. Quien nunca le ama, nunca le encuentra.

Sigamos las finas inspiraciones que nos hace y abrámosle todos los pliegues de nuestro interior, para que su amor los santifique. Confiemos en él, pues jamás nos ha de olvidar. Somos demasiado débiles, y nos quiere con exceso.

¡Soledad augusta del calvario! Tú tienes el secreto de un doble glorioso martirio: el martirio de sangre y el martirio de espíritu.

¡Señor mío y Dios mío! Ayudadme a subir a la cima de mi calvario, donde la virtud ha de ser coronada. Dirigid hacia vos el vuelo de mis ardientes deseos.

*Yo, sin cesar un momento,
en la triste soledad os buscaré;
solamente a vos quiero.
Mas si os ocultáis, gozoso viviré.
Nada..., nada... deseo.
¡Mi Jesús!
Mi cielo...,
mi cielo...
¡es tu cruz!*

CAPÍTULO XXXI

El amor descansa... ¡amando!

A la impotencia y sujeción que Jesús ejerce sobre el alma, suele juntarse una especie de ocio amoroso. Y tan unidos van en algunos casos, es decir, en aquellos casos en que la impotencia pasa como inadvertida bajo el predominio de la fuerza del amor, que a la par que se acentúa éste, aumenta aquélla; y, al revés, a medida que crece la impotencia, corresponde un crecimiento de ocio en el amor, que, en algunos momentos, llega a dominar completamente al alma.

Por una parte se siente impotente y, por otra, un mar de apacible quietud le baña, envolviéndola en íntimo e indecible reposo. Fuera de amar, nada le contenta; desea que nadie interrumpa su silencio amoroso; le estorba la más pequeña actividad; se puede decir, cuando esto ocurre, que el amor está ocioso.

¿Y es que el alma no hace nada en tal caso? ¿Es que muere en ella toda actividad? Muy al contrario; es que entonces toda la actividad está reconcentrada en la pasión del amor, actividad ésta suave, reposada, quieta, en la cual el alma goza amando, sin otro anhelo que amar, absorta en una profundísima quietud.

Pero cuando el alma goza de esta paz amorosa siente el influjo de una como pereza espiritual; la que se conoce en que, los libros mismos, lecturas y pláticas, antes tan deseados, todo lo que puede romper su silencio espiritual y viene a sacarla de ese marasmo de amor, no sólo no le atrae, sino que le estorba. No tiene apetito de esas cosas exteriores; ahora es el amor que le habla, le endulza y forma toda su vida. Es el amor que descansa... ¿Cómo? Pues... amando.

Obligar a estas almas a violentar su estado de quietud es lo mismo que sacarlas de su quicio, arrancarlas de su centro, produciéndoles malestar; equivale a agitarlas sin fruto, y a detenerlas en su camino glorioso. Quien trate a estas almas, aprenda a respetarlas, mirando en ellas una obra predilecta de Dios. Precisa respetar su obra, y no torcerla o deshacerla con industrias humanas, no pocas veces, desgraciadamente, equivocadas.

No sé por qué suelen encontrar muchos obstáculos estos espíritus selectos. Hay quienes quieren ver en este estado un modo de perder el tiempo, porque estos tales no conciben la santificación del alma sino con sola actividad, que degenera muchas veces en precipitación; no lo conciben más que moviéndose mucho y hablando no poco. Nada les importa que a uno le falte el reposo interior, si exteriormente se mueve ligero como el viento. Actividad, mucha actividad, dicen, no comprendiendo lo que por lo menos debieran conocer: el lenguaje tan variado que tiene para hablar el amor a Cristo. Y tengamos en cuenta que él no habla por actividades, sino solamente cuando éstas respiran su espíritu y amor hacia él.

No es inútil esta vida de verdadero amor sobrenatural, en que el hombre se siente atraído hacia él por una fuerza secreta amorosa, en medio de una paz inalterable en la que sólo gusta de amar y “donde se llena

de paz y refección de Dios”;¹⁶⁸ muy al contrario, en esta paz se inflama; la voluntad se une, se abandona en Dios, llenándose, recreándose y abismándose en el mar infinito del amor divino; en esta paz se espiritualiza más el hombre, despegándose de lo que no sea Dios, con olvido de sí, porque vive en Dios; está donde está su amor. Y aquí, en esta quietud, es donde el alma puede repetir estas palabras: “sólo en amar es mi ejercicio”;¹⁶⁹ aquí es en donde el deseo se enciende, y tiene sus altos coloquios, y se explaya a sus anchas; entonces, tienen confirmación estas palabras de santa Teresita: “No tengo ningún deseo, si no es amar a Jesús con locura. Sí, sólo el amor me atrae”.¹⁷⁰

Roguemos al Señor para que todos conozcan la necesidad y las riquezas incomparables de la vida interior. Y la necesitan todos, los que tienen el oficio de Martas y de Marías. Porque sin vida interior el oficio de Marías será fría losa que sepulte a Jesús; el de Martas, esclavitud al trabajo, sin corona de santidad. “Las obras sin amor, aun las más extraordinarias, no son más que nada”.¹⁷¹

Procura tú seguir, sin dudas, por ese camino sembrado de espinas, pero cubierto de sonrisas y de alegrías. Y mientras el loco mundo pasa el tiempo, afanoso y atormentado de solicitudes terrenas, tú ama, y haz lo que el amor te pida. Si ahora te proporciona descanso, no tardará en impulsarte febrilmente por el mundo, como portavoz de la gloria imperecedera de Jesús.

¡Feliz descanso del amor! Él te hará más tarde un apóstol.

¹⁶⁸ S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo*, L. II, cap. XI.

¹⁶⁹ S. JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, L. II, Canción 28.

¹⁷⁰ S. TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. VIII.

¹⁷¹ S. TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*, cap. VIII.

CAPÍTULO XXXII

Santo abandono

CONOCERSE a sí mismo. ¿Por ventura es necesario el propio conocimiento para lograr la virtud? Conocernos bien constituye para nosotros la piedra básica en el edificio de nuestra santificación. No puede llegar a tener un profundo conocimiento de Dios quien no se conoce. Dios es el todo; nosotros somos la nada. En Dios mora lo infinito; en nosotros hay reflejos de la divina grandeza. En Dios brillan eternas e increadas perfecciones; en nosotros están la imperfección, la impotencia y la miseria.

Pero esta nada tiene un punto de apoyo sobre el que descansan todos los amadores de Dios. Y de tal modo descansan que, si faltase este sostén, ni siquiera podrían batir sus alas para volar por las regiones sobrenaturales de la más humilde virtud; al primer intento, caerían precipitadamente en su misma impotencia. ¿Qué podemos hacer sin Jesús? No podríamos hacer ni el más ligero acto de amor, si Jesús no nos ayudase con su gracia. Con su poder divino nos crea, y con su regalada providencia nos conserva en el ser que recibimos.

Todos, pues, para podernos sostener y vivir y adelantar, tenemos necesidad de estar apoyados sobre la fuerza incommovible e infinita de Jesús. Cuán pequeños y miserables nos reconocemos, cuando con la luz de la gracia llegamos a profundizar en el conocimiento de nuestra nada. Qué grande se nos presenta Dios. Qué impotentes e inútiles nos consideramos.

Y es mucho de notar aquí que este conocimiento de la propia bajeza puede engendrar en nosotros una de estas dos cosas: o una desconfianza perniciosa, o un santo abandono. Si nos miramos a nosotros mismos, e intentamos medir nuestras fuerzas, olvidándonos de que Jesús es nuestro único punto de apoyo, nos exponemos a caer entonces en la desconfianza; y si, por desgracia, caemos en ella, tomamos la determinación de retirarnos, para morir sepultados en nuestra propia nada. El conocimiento de nuestra nulidad, en vez de llevarnos suplicantes a los pies de Dios, nos deprime y aflige, alejándonos de él. Pero, si penetrados del conocimiento de nuestra miseria, desconfiamos de nosotros, dirigiendo nuestra mirada a Jesús, necesariamente nos postraremos ante él, nos entregaremos en sus manos, abandonándonos a su santísima voluntad.

Santo abandono en manos del divino Jesús. Y qué necesidad tan grande tenemos todos de practicar este santo abandono, para vivir felices y dichosos.

Todos los que van en busca de reposo y tranquilidad; los que se sienten atormentados por terrenas solitudes, propios apegos y temores de lo venidero; los que se hallan fustigados por la tentación, sequedad y dificultades en su vida espiritual; todos los que quieren llegar pronto a tener una vida íntima con Cristo, tienen un secreto para triunfar: el santo abandono. Qué dichosa paz experimenta el que lo practica. Ahí

está encerrada una de las mayores alegrías. Como si descargáramos de un gran peso, arrojamos toda preocupación inquietante que tienda a separarnos de Dios.

Ésta es una de las causas de la alegría sobrenatural que suelen gozar los que aman a Dios. ¿Cómo no? Una vez se hace la entrega y se deja todo a la voluntad y a los deseos de Jesús, ¿de qué se podrá temer? Él todo lo dispone y ordena para nuestra santificación; él desea ardientemente la salvación de las almas. Cómo el deseo de ser bautizado con sangre le oprime el corazón, hasta que ve llegada la hora. ¿Podrá, quien de este modo nos ama, olvidarse de nosotros? Jesús es el “Dios de las misericordias y de toda consolación”,¹⁷² “que obra todas las cosas en todos”.¹⁷³ Sin Jesús nada somos, nada podemos; hasta para pecar necesitamos que nos sostenga, porque sin su ayuda no puede el hombre realizar ni el más insignificante acto. Cuánta debilidad y pequeñez la nuestra. ¡Tanto orgullo en tanta bajeza!

Después de esto, ¿qué remedio nos queda sino arrojarnos en brazos de Dios? Las palomas vuelan a sus guaridas, muchas con las alas manchadas, luego de haber volado muy alto en el espacio, y nosotros... ¿por qué no volver a Jesús, guarida donde se esconden y descansan todos los corazones puros y enamorados de su Dios? ¿Huimos porque no somos palomas inocentes y llevamos las alas manchadas con la escoria del pecado, el barro de los malos deseos, el polvo pegajoso de las imperfecciones?

Cualquiera que seas, torna a Cristo; besa sus pies ensangrentados, y confíasele todo. No retardes en hacer tu abandono total. ¿Ves cuán tranquila y dulce-

¹⁷² Cf 2 Cor 1, 3.

¹⁷³ 1 Cor 12, 6.

mente descansa en el regazo de su madre el hijo querido? Fiado a la protección y gobierno de ella, nada teme. Pues... ¿no sabes que los cuidados, desvelos y amor de Jesús exceden infinitamente a los de una madre? ¿Qué no hará por ti y de qué no será capaz si, entregado a él, intentara el enemigo alguna vez arrebatarte de sus manos? Jesús te defenderá cual precioso y rico tesoro que se le ha entregado para su guarda...; te tratará como cosa suya.

Cuán dulce es vivir recostados sobre el pecho divino, amoroso, y ensangrentado, de Jesús, abandonados siempre a su santísima voluntad y no teniendo otra ocupación que serle fiel, mirarle en todas las cosas y amarle sin cesar.

¿Tú quieres poseer a Jesucristo y con él un pequeño cielo en la tierra? Búscale; en el sagrario te espera. Depón allí tus penas, tus necesidades, tus deseos, tus ansias; deja tus desvelos y sea toda tu vida un santo abandono... Serás feliz.

*"Mi buen Jesús, me abandono en tu regazo;
manda, dispón de mí.
Yo todas las cosas desprecio, rechazo,
para ganarte a ti.
Que vivo contento, feliz en mi nada;
es una gran verdad;
sólo el ver que me fascina tu mirada
me da felicidad".*¹⁷⁴

¹⁷⁴ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*.

CAPÍTULO XXXIII

Agradar a Jesucristo

¿QUIERES un medio sencillo, sin complicaciones y, por su sencillez, puesto al alcance de todos? Aquí lo tienes; él está señalando una de las normas generales que debes cumplir, y que consiste en evitar todo aquello que desagrade a Jesucristo. En este punto, puedes encontrar un medio excelente de santificación, y un seguro progreso en la virtud. Basta él para llevarte del modo más fácil, sencillo y suave, a más amar al Señor.

Cuántas cosas pueden desagradarle en nosotros, y quizá le desagradan. Esto es, precisamente, lo que debemos estudiar con todo interés, para conocerlo, y con pronta solicitud quitarlo de nosotros, ajustando todos nuestros actos, hasta el más rápido y oculto pensamiento, hasta la más leve e íntima vibración de nuestra voluntad, a este principio de vida espiritual: dar gusto a Jesucristo en todo. No se trata de contentar nuestros gustos; para esto sigamos las rutas anchas del placer, y serán satisfechos; no se trata de eso, sino, al contrario, de matar, en un continuo sacrificio, nuestro apetitos, en cuanto tienen de mortificables, para deste-

rrar así los apegos, de cualquier orden que sean; se trata, sencillamente, de agradar al Señor en todo; y, por consiguiente, basta que sepamos que una cosa puede desagradarle, para que la evitemos.

Qué fácil medio de santificación. Para los sencillos, pobres, humildes, impotentes; para los que se creen y se ven miserables e indignos de acercarse a Jesús, y de hacer algo que sea digno de él, para vosotros, queda un medio sencillo; no os desalentéis; vuestra vida puede ser muy sencilla y, a la vez, perfumada de virtud; tomad por norma de vuestra vida dar gusto a Jesús en todo... Pero fijaos bien en lo que ello significa. Si algo vais a pensar, querer, hacer; un acto, el más insignificante que vayáis a realizar, mirad si con ello le disgustáis, o si hacéis su gusto, aunque el vuestro lo sacrificuéis. Mas para cumplir el gusto de Jesús, será necesario que repetidamente nos neguemos y contrarrestemos el nuestro, porque el vencimiento y la crucifixión nos han de acompañar siempre en el recorrido espiritual. Y si adivinamos que le vamos a disgustar, dejemos lo que nos disponemos a realizar, sea lo que fuere.

Para eso, ¿basta agradar al Señor en aquello que nos pide? ¿Termina aquí esta regla de santificación? No; incluye una segunda parte, importantísima, que es la que más nos precisa conocer; y consiste en buscar directamente lo que complace al Señor, para darle contento. Tú quizá te entregaste a él un día, y desde el instante en que conozcas lo que es su divino agrado, tienes confiada una misión especial: tenerle contento, hacer su voluntad, estar pronto a su voz, esperando ver qué te pide para dárselo al momento; contentar sus deseos y, si puedes, adivinárselos, para satisfacerlos. No es, pues, tu gusto, sino el de Jesús, el que debes buscar siempre y en todas las cosas. Si esto no haces, serán vanas tus aspiraciones de progreso espiritual.

Así que no sólo evitemos lo que le desagrada, no solamente dejemos de hacer lo que no le gusta, sino que debemos por otra parte buscar y proporcionarle lo que le agrada; y ello, aunque no se nos pida, aunque no se nos exija. Bástenos pensar que una cosa agrada al Señor, para que inmediatamente se la demos. Esperar a que nos lo exija y pida, no es propio del amor perfecto. Éste se da todo en todo, y no descansa ni cesa hasta que ha conseguido contentar a su amado. Y este modo de obrar implica el darse uno todo a Dios; lo cual es justo, ya que él se nos dio todo por medio de Jesús. Al cabo y al fin, no hacemos sino pagar con la misma moneda, con la única diferencia de que nuestra moneda nada vale si no lleva el sello del amor divino.

Pero esta entrega se acentúa y agranda cuando no sólo buscamos lo que agrada a Jesús, sino que deseamos darle lo que más le agrada. Así se va directamente a la perfección; por esta cuesta se sube, sin peligro, a la santidad. No es menester ya que preguntemos dónde está la escondida senda, que anhelamos, de adelantamiento; recojamos, con cuidado, de toda nuestra vida lo que más puede agradar a Dios, y tengamos esto por norma en nuestro obrar. Es seguro que progresaremos con rapidez y con base segura, sin peligro de fracaso. Y toda nuestra vida se modificará. Cuántas ocasiones encontraremos de poder practicar este medio. Para ello, renunciemos a nuestros intereses egoístas, anulando el yo. Entre dos cosas buenas, escojamos la mejor ante la presencia de Dios. Y ya sabemos lo que agrada a Jesús: aquello que tiene sacrificio, y va perfumado de fe y amasado con amor.

¿Qué es, pues, lo que más le agrada? No es difícil la contestación...: lo que tiene más sacrificio y, consiguientemente, más amor.

CAPÍTULO XXXIV

Amor y sacrificio

EL verdadero amor tiene un lenguaje que no engaña: el sacrificio. Es la prueba más clara de la verdad y desinterés de nuestro amor a Dios. Quien no sufre por amor, no sabe lo que es amar; quien no ama a Dios no puede gustar de un dulce sufrir. Nuestro amor a Cristo se acrisola y templea en la fragua de la tribulación; sufrimiento y amor son amigos inseparables de aquel que va en pos de Jesús. “El amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en padecer por el Amado”.¹⁷⁵ Ésta es la correspondencia: a más sufrimiento, más amor. El deseo de sufrir aumenta a medida que crece el amor. Por el contrario, sube el termómetro del amor divino a medida que la hoguera del padecer crece.

No puede haber perfección que no esté forjada en el yunque de la cruz. “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.¹⁷⁶ Y tomar la cruz, lo mismo que el Maestro, sobre nues-

¹⁷⁵ Cf S. JUAN DE LA CRUZ, *Avisos y sentencias*, 114.

¹⁷⁶ Cf Mt 16, 24.

tros hombros, equivale a sufrir. “En verdad, en verdad os digo que no es el siervo más que su amo, ni tampoco el enviado mayor que aquel que le envió.” Jesús, hoguera inmensa de eterno amor, nos ha enseñado a amar enseñándonos a desprendernos de todo, a darlo todo, a sacrificarlo todo por su gloria, igual que él lo sacrificó por la glorificación de su Padre. Y el sacrificio, ¿no nos habla de sufrimiento? Jesús nos ha enseñado las altas finezas del amor, en las mismas páginas del sufrimiento.

No obstante la grandeza que encierra, su presencia espanta a los pusilánimes y cobardes, que por desgracia abundan; su nombre infunde tristeza a los que viven pegados a los placeres y bienes de la tierra. Muchos, presos de las concupiscencias que retrata el apóstol san Juan,¹⁷⁷ han forjado en este mundo su pequeño paraíso, cuyo único enemigo que puede destruirlo es el sufrimiento. Por eso le rechazan, le odian, le huyen. El mundo no conoce todavía el raro valor, verdaderamente extraordinario, de esta moneda. No hay oro comparable con ella. Si con algo se puede comprar el cielo es con valores de sufrimientos sublimados por el divino amor. Con gotas de su sangre preciosa compró Jesús las almas todas.¹⁷⁸ ¿Y qué otra cosa significan para nosotros esas gotas de sangre que caen de la cruz, rodando por el cuerpo atormentado de Cristo, sino gotas de acíbar, rubíes de amarguras, signo de redención por medio del padecer? El amor tiene sus locuras. ¿Sabes cuál fue la locura del amor de Jesús? Su locura, mil veces bendita, fue: el sagrario y la cruz. El amor tiene sus locuras..., sufrimiento, cruz..., hasta la misma muerte.

¹⁷⁷ Cf 1 Jn 2, 16.

¹⁷⁸ Cf 1 Cor 6, 20.

¿Por qué tanta cobardía en los que desean seguir a Dios? Adviértese en ellos muy escaso desprendimiento, por no decir ninguno. Nos amamos con exceso y rehusamos el sacrificio. Quisiéramos ser perfectos, pero entre dichas terrenas, honores humanos y alabanzas, entre un bienestar temporal. ¿Qué sabría entonces el cuerpo de merecimientos? Es preciso que sufra, para ser él también coronado en el día del juicio. Santa Teresita llama al sufrimiento “joyel de Jesús”.¹⁷⁹ Y en este joyel se halla el gran purificador de los individuos y de la sociedad; en él se forja el martirio del alma y el martirio del cuerpo.

¡Y se sufre de tantas maneras! Pero lo que importa es sufrir por Dios, ya que esto constituye la más delicada manifestación del amor divino. Padecer o morir, decía santa Teresa; padecer, no morir, pedía san Juan de la Cruz. El que felizmente un día se enamoró de Jesucristo desenvuelve toda su vida en torno a estas dos aspiraciones: amar y sufrir. Lo uno sin lo otro no tiene explicación para él. Ni sufriría si no amara, ni gustaría las íntimas dulzuras del amor si no sufriese. Las flores tienen espinas; de éstas están erizados los caminos de la virtud. “El padecer, unido al amor, es la única cosa deseable en este valle de lágrimas”.¹⁸⁰

Para cantar al Señor, no hace falta tener voz de ruiseñor; el mejor canto es el silencio de quien se ofrece e inmola; el silencio alegre que, entre suavidades y arranques de amor, oculta la pena. Con razón, pues, se dice que “sufrir, callar y amar es..., el más hermoso cantar”.

Conviértelo en lema de tu vida, y gozarás de Dios.

¹⁷⁹ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*.

¹⁸⁰ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*.

¿Qué sabe el que por Cristo no sabe padecer?
“Mejor es sufrir por Dios que hacer milagros”.¹⁸¹

Este modo de hablar es de san Juan de la Cruz, que no es, ni más ni menos, que el lenguaje que hablan los que están llenos del espíritu de Dios. Pero solamente éstos; los demás no pueden expresarse así, porque desconocen la sublime fecundidad del dolor, que en la cruz engendró un nuevo mundo, poblado de virtudes, de vírgenes, de mártires y de santos. Porque se tiene una idea equivocada de él, son pocos los que aciertan a desear sufrir, descubriendo en éste la voz del enamorado de Cristo. Después del pecado original, el dolor es una criatura que Dios ha puesto en la mano del hombre caído, para redimirse y purificarse mediante su influjo bienhechor, que despega el corazón herido de la tierra y levanta la voluntad hacia regiones eternas. Qué pocos aciertan a ver la influencia decisiva de este gran despertador de la fe, en el desarrollo del germen divino en las almas.

Y claro está que así, no pueden apreciar sus saludables efectos; de donde nace la poca estima que se tiene de él. Por eso no se le busca, aunque sea aceptado cuando Dios se digna enviarlo. Una cosa es gozarnos en la pena que Dios nos envía para probarnos y fortalecernos en la virtud, y otra muy distinta es no esperar a que se nos dé, sino pedirla, ansiarla, buscarla. Los espíritus valerosos, que van derechos a la cumbre espiritual, no sólo reciben las pruebas, sino que, además, están ansiosos de éstas.

Y llevados de esos deseos y de su decisión intrépida para llegar a los altos grados de la virtud, se familiarizan con el sufrir y encuentran en éste un sople vital y su mayor contento. ¿Queréis poner alegría en el

¹⁸¹ S. JUAN DE LA CRUZ, *Avisos y sentencias*, 180.

rostro de los que trepan valerosamente las cumbres de la vida espiritual, aureoladas de santidad? Dadles el pan fuerte del dolor. Solamente cuando están dentro de este amargo mar, divinamente dulce, porque el amor sobrenatural cambia en delicadas dulzuras las amarguras de la tierra; solamente cuando sienten la caricia de esas tristes ondas del dolor, sobre las cuales soplan brisas de una esperanza suprema, más viva cuanto más fuerte es el golpe, tan sólo entonces, esos espíritus escogidos gozan las finezas inefables de un amor sobrehumano, que sube a la cruz, y allí se hace una misma cosa con el Amado.

Los que se sienten deseosos de más purificación y, como una llamarada de su amor sobrenatural, no esperan a que Jesús les envíe las pruebas de la tribulación, no se limitan a recibir lo que se les da, claro que con gesto valiente y alegre, puesto que son dádivas del Señor, sino que además, dan otro paso adelante: ya no solamente aceptan los sufrimientos y privaciones, sino que los desean, pensando en que Jesús quiere a los suyos crucificados como él. "Estoy crucificado con Cristo", ¹⁸² decía el apóstol san Pablo; y esto era su mayor satisfacción y su mayor timbre de gloria. Éste ha de ser, pues, nuestro triunfo: llegar a poder decir que estamos crucificados como Jesús. El Maestro lo hizo por amor; hagámoslo nosotros por amor a él.

Si nos alimentamos siempre con leche de consuelos y de gustos satisfechos, nunca llegaremos a la edad viril en la vida espiritual. Para esto es necesario tomar el alimento de los fuertes; este alimento son los desconsuelos, sequedades, dolores, en fin..., las pruebas, con todas sus amarguras. Las cosas tienen dos facetas: una que sonrío, otra que amarga. Propio del hombre

¹⁸² Cf Gal 2, 19.

espiritual es escoger lo más amargo y punzante a la naturaleza, para así vencerla completamente. Esto es tener de lleno el espíritu de sacrificio. No se para a saborear lo dulce, lo halagador, lo sensual; busca la cruz, y la cruz es un mar inmenso de amargura. Y estar crucificados con Jesús quiere decir que estamos metidos dentro de ese mar de salud. Cuanto más hondo, pues, penetremos en él, más crucificados estaremos. Esto importa escoger lo peor, lo más humillante, lo que contraría a nuestra voluntad y ésta rehusa.

¿Queremos tener en nuestro espíritu robustez y virilidad? Sepamos sufrir. ¿Queremos amar mucho a Jesús? El amor se demuestra con obras: sepamos padecer. ¿Aspiramos a la perfección? No nos queda otra senda, después del pecado, que la erizada de espinas.

No esperemos, por tanto, a que la tribulación o la amargura nos venga a llamar; hagámosla nuestra compañera y confidente. Ella, con su silencio y su sonrisa nos enseñará a amar, y hasta tanto que aprendamos en su escuela, no aprenderemos a amar a Cristo.

Todo lo demás va camino de trocarse en ilusiones y ensueños, y de reducirse a meras veleidades. La vida cristiana, hasta su cumbre, es recia, fuerte, decidida, abnegada, crucificada, amante, heroica...

CAPÍTULO XXXV

Gozo en la pena

SI la vida del cristiano ha de ser una continua crucifixión, ¿cuánto más no lo habrá de ser la de aquel que desea imitar a Cristo hasta lo alto de la cima del calvario, que es la cima de la perfección? La virtud nos da un parecido al divino Jesús, tanto mayor cuanto más perfecta es aquélla; es un reflejo de la vida de Dios en nosotros; un rayo de su hermosura, que embellece y eleva al alma. Si queremos conocer nuestro estado interior, los grados de nuestra virtud y hermosura interior; si queremos conocer nuestra situación espiritual y no engañarnos, habremos de ponernos frente a nuestro modelo y ante él, mirarnos y comparar. El modelo único nuestro es Cristo Jesús. Vernos con un gran parecido a él debería ser nuestra mayor alegría. Pero, ¿quién podrá ostentar este parecido a Cristo, si no está de alguna manera crucificado con él? He aquí la causa del gozo de los santos en medio de grandes pruebas y tribulaciones; verse semejantes de algún modo a Jesús, varón de dolores, les da alegría y satisface las exigencias de su amor.

El mundo está incapacitado para poder comprender el secreto de la alegría en el sufrir. Tal incompreensión nace del equivocado concepto que se tiene formado del sufrimiento. El que ama halla su gozo amando; el que sufre por amor encuentra su mayor gozo sufriendo. Y no busquéis otro motivo para poder indagar la causa de inagotable alegría de que disfrutaban los que viven el espíritu de crucifixión, los cuales aman de veras a Cristo: sufren según la exigencia de su amor, y con esto, todo queda explicado. Han aprendido la más elevada ciencia que el mundo insensato no quiere aprender; esa ciencia subida que Jesucristo enseña con sus labios, su rostro y su cuerpo ensangrentados. Todo en él respira amor; todo en él respira sufrimiento.

El gozo en la pena parece a primera vista algo irracional, algo contrario a las mismas entrañas de nuestra naturaleza, y que no cabe en el hombre; pero todavía lo parece más el gozarse porque se pena. No obstante, ello tiene su explicación sencilla: es una consecuencia natural del verdadero amor, cuando éste da su nota más alta. Entonces es cuando renuncia a sí y se sacrifica y se da todo a su Amado.

Quien va decididamente a la perfección no mira medios, sino que acepta los que Jesús le presenta, cualesquiera que sean, con tal que le lleven a la meta deseada. Y, aunque algunas veces bastante difíciles y amargos, no pueden menos de proporcionarnos contento, por el solo hecho de que nos conducen a nuestro fin. El medio para llegar a la cima del calvario donde la virtud es coronada, está en la cruz. Por eso, hay quienes sienten gozo aun en las mismas penas. Más aún; los hay que no aciertan a vivir si no se ven cargados de alguna prueba. Y es que han llegado a conocer, con la luz de la gracia, el gran mérito, eficacia y fecundidad

que encierra el dolor. Por eso lo quieren, lo desean y sienten verdadera hambre de él; lo piden y sufren por no tenerlo. Y en este caso, verdaderamente sublime, Jesús se vale aun de los mismos deseos de sufrir, para hacerlos sufrir a su modo, pues llegan a sufrir lo indecible porque no pueden sufrir. Todo lo cual procuran convertir en amor, del que fluye tal bienestar que nada del mundo es capaz de arrebatarnos.

¿Podrá lo terreno y lo mortal robar a quien así ama y vive las alegrías del dolor? Cuanto más el mundo se empeña en atormentarlo, menos consigue su intento; sus lágrimas se convierten en gozo y, queriendo el mundo causarle dolor, no sabe que, a la vez, le proporciona su mayor gozo.

Jesucristo premia todas nuestras obras grandes y pequeñas, hasta las más insignificantes. ¿Cuánto no premiará la pena y el dolor soportados con resignación? Y el premio aumentaría si fuese soportado por puro amor. ¿Qué cosa puede haber comparable con éste? Nada; todo palidece en comparación de ese vivir, que es una imitación real de Cristo crucificado.

Tal ha de ser nuestra vida, si queremos parecernos a Jesús. Y si a él nos parecemos, viviremos contentos, en medio de los sinsabores y espinas que esta vida terrena nos ofrece, comiendo este pan de los fuertes. A esto nos animan estas palabras de san Pedro: "Alegraos de ser participantes de la Pasión de Cristo, para que cuando se descubra su gloria, os gocéis también con él llenos de júbilo".¹⁸³

¹⁸³ Cf 1 Pe 4, 13.

CAPÍTULO XXXVI

El alma que ama a Jesús

EL que ama a Jesucristo copia de él sus perfecciones. Un día, adiestrando a sus discípulos en el apostolado, les decía: “Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas”.¹⁸⁴ La sencillez destaca en todo nuestro divino modelo: en su fisonomía, su lenguaje, sus enseñanzas, su trato, su modo de vivir, sus manifestaciones todas.

Y el amor nos hace sencillos; quita la doblez, rechaza la mentira; el amor resiste el fariseísmo, rasga las apariencias; su lenguaje es siempre la verdad. Si alguna vez dejara de hablar la verdad, dejaría de ser amor.

Necesariamente, por tanto, una de las dotes que adornan a los que viven el espíritu de Cristo es la sencillez. Para ellos solamente existe un cristal a través de cuyo prisma ven las cosas. Este cristal de su visión no es otro que Jesús. A él miran y en él encuentran la solución; en él aprenden la manera de responder en sus

¹⁸⁴ Cf Mt 10, 16.

conversaciones con el prójimo, el modo de tratar, de hablar, de vivir, de enseñar. Y guiados exclusivamente por la idea de agradar a su Maestro divino, llevados únicamente por el deseo de que su nombre sea glorificado, nada les importa el parecer humano, que lo mismo critica y murmura de lo bueno que de lo malo; ni toman como medida de su obrar el antifaz de una etiqueta social que vive engañando y engañada, vestida del ropaje de la falsedad y de la mentira, y envuelta en relumbré de novedades, de complacencias y de far-sas. No encontraremos en el mundo del pecado la sencillez. Ésta es propia de los corazones puros y candorosos, y de conciencias inocentes.

A la sencillez se junta la pureza en el obrar. Cuando nuestro vivir está dirigido por la idea de Dios, nuestra intención no puede ser otra que la de agradarle. He aquí en lo que se cifra la pureza en el obrar. Si llegamos a tener otra mira que la de Jesús, nuestras obras carecerán de verdadera pureza de intención, y en lugar de referirse a Dios, principio y fin supremo de todo, irán encaminadas a satisfacer nuestro amor propio. Dos son los motores que impulsan la actividad humana: el amor de Dios y el amor propio. Ambos se excluyen a la vez, entendiendo el amor propio por un amor falseado y egoísta. Que el amor propio verdadero, legítimo y santo, existe cuando se ama a Dios, nuestro bien y felicidad infinita. Amar a Dios es amar nuestra propia felicidad. Y, ¿cuándo el hombre se amará más y mejor a sí mismo que cuando ama a Dios?

Cuántos atractivos encierra la pureza de vida. Y qué pocos espíritus saben de ella. Sencillos..., puros..., inocentes como la paloma.

La paloma lleva en su pico el ramo de olivo, símbolo de la paz. Y ésta es otro efecto de la gracia en los corazones sencillos y puros: la paz. Da gozo contemplar

a estas personas, anegadas en una profunda paz imperturbable. Nada les arrebatara este vivir de cielo. El huracán de los contratiempos; los azotes de las perturbaciones de las criaturas; el vaivén de la vida terrena, con sus cambios, mutaciones y sorpresas; lo mudable; las luchas interiores; los asaltos del enemigo infernal; las mil pruebas a que se ven sujetas; el juicio de los hombres; las muchas cruces que en su paso se les presentan, no pueden remover ni encrespar ese fondo de paz celestial con que Jesús las regala. Todo lo cual son como olas, ya mansas, ya impetuosas, que vienen a romperse y a morir contra el dique de una unión oculta entre Jesús y el alma. Pasan las olas por encima del alma; la bañan y rozan, acaso para hacerla más fuerte; pero no pueden penetrar en su fondo; la paz queda inalterable, que nace de la divina unión con Jesús. Así se llega a comprender cómo todas las criaturas juntas no lograrían conseguir arrebatara esta paz al alma, si antes no lograban separarla de Jesús.

¿Qué entiende el mundo de paz? La paz social, la exterior que brota de la conservación del orden y de las debidas relaciones de las criaturas entre sí, es hermosa y tiene encantos. Viene a ser, en nuestros días, como una pesadilla, un sueño cuyo cumplimiento añora la sociedad humana. La paz. Pero esta paz exterior es una sombra, comparada con la interior de que goza el que vive el espíritu de Cristo.

Un orden maravilloso relaciona entre sí los astros innumerables, los mundos que ruedan por el espacio inconmensurable. Ha de llegar un día en que estos mundos incontables, cuyo número se escapa a la investigación del hombre, en su rodar continuo, salgan de sus órbitas, y sea violentado el orden que les encadena. Entonces, el universo insensible habrá perdido su paz.

Mas hay otro mundo invisible, el espiritual, constelado de arrobadoras maravillas, de encantos indecibles, de grandezas inconmensurables: el mundo de la santidad. En él hay orden, porque se cumplen las relaciones entre Dios y el hombre. Y cuando estas relaciones se convierten en ataduras de amor a su Dios encarnado, a su Jesús rey, entonces, engendran una paz celestial, e inalterable, fija, y superior al poder de las criaturas. Perecerá un día la paz en el mundo visible; pero nunca morirá en el mundo invisible de las conciencias santificadas. Su confirmación, su consumación total, será en el cielo.

De lo que venimos diciendo se deduce otra característica de los amantes de Cristo: la alegría espiritual. Del fondo de su alma surge un respiro de alegría. Hay abierta en él una fuente de contento que excede a toda ponderación. Por muchas y grandes calamidades que caigan sobre el corazón de estos dichosos amadores, no ahogan su paz espiritual; antes al revés, se convierten en potentes barrenos que remueven los obstáculos de las impurezas terrenas, y la boca del manantial se ensancha, y la alegría surge entonces con más ímpetu. Todas las alegrías juntas de la tierra no pueden reflejar una partecita de ese gozo espiritual, y todas las penas juntas no pueden destruirlo. Cuando las astillas de las cruces se juntan y se encienden en el corazón que ama a Cristo, formando una grande hoguera de sufrimiento, la llamarada que sube es una llamarada de amor y de gozo.

Si amas al Señor, tendrás que revestirte de sencillez, guardar pureza de vida; gozarás de paz, y un aliento sobrenatural alegrará toda tu vida.

Solamente, pues, estos corazones enamorados de Cristo nos podrían explicar en qué consiste ese contento que sin interrupción experimentan. No lo dan las

honras, las distinciones y agasajos humanos, porque de esto se ven privados muchos de ellos; y aun teniéndolos, viven igual que si no los tuvieran. No puede esto influir ni causar el contento incesante que hace felices a tales personas. Nace de lo más íntimo de su alma, como agua suavísima de consolación, que brota sin saber de dónde y de qué manera. La fuente es Jesucristo, que vive en el alma y la fecunda con su riego divino. Y si esta fuente de vida divina brotó en nosotros, sólo la puede cegar nuestra voluntad, y nunca las capas de satisfacciones terrenas o de amarguras dolorosas; la fuente seguirá subiendo, y el gozo no se acaba. Para gozar, no hacen falta riquezas, honores y placeres; basta tener al Señor. Quien lo posee ya tiene la mayor riqueza y el mejor deleite.

Así es como se puede explicar el contento de que disfrutan los que sirven a Dios nuestro Señor. El mundo lo ve, lo codicia, lo admira; y quiere, acumulando placeres, igualar y superar lo que contempla en aquéllos; mas es impotente. Los medios de que se vale, antes le llenan de zozobras y de tristezas, que le proporcionan consuelos. Hay que desengañarse; las cosas del mundo, bienes y personas, a la postre, nos desencantan, no pueden satisfacer nuestros anhelos. Nuestro corazón es demasiado grande comparado con lo terreno. Se nos ha hecho inmortales, y nuestro destino está más alto.

Sobre el manantial de una límpida fuente, caen espesas capas de tierra. Éstas, cual manto impuro, cual losa sin entrañas, tapan los ojos de la hermana fuente para que no llore más.

Y en el corazón humano salta al golpe de los sucesos felices, de las noticias agradables, de los agasajos amorosos, de las alabanzas y estimas personales; salta una corriente de alegría que, con su virtud, hace agra-

dable y anima la vida. Pero también cae sobre ella la losa aplastante de la contrariedad, del disgusto, y del desprecio, del abandono de las criaturas. Y la alegría muere, surgiendo de su tumba otra corriente, cuyas gotas son gruesas lágrimas de tristeza.

¿Acaso pensamos que esto mismo acontece a los que sirven y aman a Dios, cuyo vivir es alegría, y cuya alegría constituye su vivir? No. La fuente de esta alegría sobrenatural no se ciega con capas de cosas terrenas, ni con losas de contratiempos. Su fuerza salta hasta la misma vida eterna.

¿Qué nos importa todo el mundo comparado con ella? Es un contento perfumado de suavidad, de bienestar, de algo muy íntimo; es un contento lleno de descanso, de conformidad, de equilibrio, de paz; de contento, que respira sin cesar amor a Jesucristo.

CAPÍTULO XXXVII

Nuestra trayectoria hacia Dios

BIEN la podemos trazar en estas palabras que marcan los puntos esenciales de la vida interior: fe, abandono, sacrificio, amor. De este alimento sublime se nutren los que idealizan su vida y acción en Jesucristo. Así viven, se perfeccionan y santifican.

La vida espiritual, compleja y difícil en sus principios, por el conjunto de devociones que muevan e impulsen, y por las prácticas distintas de mortificación, por el vencimiento continuo que pide y las resistencias que nuestra voluntad halla en su despego de las criaturas, poco a poco se va tornando más sencilla, pierde su complejidad, y viene a reducirse a estos principios dichos.

Y de esta suerte, la fe, el abandono, el sacrificio y el amor, vienen a ser la espita por la que se manifiesta en el hombre la vida sobrenatural que vive. Y en vano se pretenderá sacarle de esas sendas-madres, para introducir su espíritu en pequeñas sendas de desviación que, al final, han de ir a parar a aquéllas; todo será inútil y contraproducente. La vida espiritual tiene sus

cauces generales de los que se alimentan las pequeñas fuentejillas que son nuestros distintos actos; tiene sus anchas trayectorias de altos vuelos; esos cauces y esas trayectorias de la perfección son la fe, el abandono, el sacrificio y el amor.

¡Si viviésemos la vida de la fe! Con qué facilidad sobrenaturalizaríamos todo nuestro obrar. Pero en no pocos, a lo sumo, se cultiva una mera fe externa; no hay que decir que, frecuentemente, está muerta, puesto que no responden en ellos las obras a las creencias. Se cree una cosa, y se realiza lo contrario. Por la fe creemos y aceptamos cuanto nos enseña Jesucristo y nuestra santa Madre la Iglesia católica; recibimos sumisos la palabra de Dios. Mas precisa vivir esta fe. Por lo general, se la restringe a las creencias de dogmas... Esto nos enseñan la paternidad divina, el poder infinito de nuestro Dios, su providencia eterna, el amor sin límites y paternal de Jesucristo hacia el hombre.

Todo esto se cree; pero..., ¿se vive? De aquí surge la gran dificultad, la imposibilidad de que uno llegue a vivir la vida de la confianza en un Cristo redentor, que es lo mismo que practicar el santo abandono. Hace falta que los que aspiran a la perfección entren por los cauces anchos de la fe; que se acostumbren a vivir mirando las cosas todas, sean cuales fueren, a través del único prisma que no engaña: la voluntad de Dios. Para el que es justo, todo ayuda a su santificación. Y en orden a esta santificación, hemos de emplear todas nuestras actividades, tanto interiores como exteriores.

¡Si fuésemos hombres de fe! Entonces, necesariamente confiaríamos en la protección de aquel que dijo que antes pasará el mundo que sus palabras. Y él nos ha prometido reiteradas veces su protección, su cuidado, su asistencia y, lo que es más..., su compañía. ¿Por qué no confiar ciegamente, sin recelos y sin temores?

Pero la confianza nos habla de un santo abandono. Aquí está la solución a todos los problemas. Él es padre, no como los de la tierra, sino padre que da su vida por hacernos felices. Es poderoso, bueno hasta lo indecible. ¿Y podrá olvidarse de nosotros?

Confiemos hasta el abandono, en la providencia y cuidado amoroso que de nosotros tiene el Señor. Aunque parezca que nos ahogamos, sumidos entre las olas de las probaciones más duras, del aparente olvido del Jesús dormido en la barca, de los asaltos de las dudas más peligrosas, de la desesperanza inspirada por el demonio, del abatimiento, de las amarguras, de las purificaciones varias del espíritu, esperemos siempre en el divino Crucificado a quien hicimos nuestra entrega. Él nos mira complacido cuando luchamos, y se alegra al ver en nuestros labios amargados por la prueba, la sonrisa de la esperanza en su providencia.

Y confiemos en él, como confiaría un enfermo que, oprimido por el peso de su mal, fuese acercándose al dulce sueño de la muerte, con la seguridad de que no podría morir sin la permisión de su médico. Dios todo lo tiene en sus manos divinas; no se mueve la hoja del árbol sin su santa voluntad. Y Jesús es Dios. Sigamos confiando, con nuestra mirada amorosa y suplicante, en un crucifijo que, callando, habla... Y esto, siempre..., siempre..., pase lo que pase y suceda lo que suceda. ¡Necesitamos tanto de esta confianza total!

Mas si la fe habla por medio de la confianza, ambas hablan por medio del amor. Aquí tenemos la emisora más potente de perfección y de santidad. Es tan alta que su cima toca el cielo; son tan profundos sus cimientos que nada los puede arrancar. La fe sobrenaturaliza nuestra vida; la confianza nos entrega a Dios; el amor nos eleva a Dios, nos transforma en algo muy suyo. En el ejercicio de amar encuentra nuestro

corazón su mejor gozo. Cree amando, se abandona amando, en una palabra, toda su vida es esto: amar.

Y ya no descende a detalles de la vida espiritual; su vuelo es ya alto; hay algo que le absorbe y le arrebat, le domina y se le apodera, gobernándole a su antojo y capricho; este algo es el amor. Tan pronto le da lágrimas como risas; lo mismo le hace cantar que enmudecer; brinca y salta de gozo; se esconde en la soledad, y busca a la criatura para contarle sus alegrías. Toda su vida quedó reducida a una palabra: amar. Y a esto se reduce también el propio sacrificio, la más dulce boca del amor. Sus más hermosas notas las canta por medio del sacrificio, que es la prueba finísima del amante; por esto, a más amor responde mayor sacrificio. Cuando en el hombre aumenta el deseo de sacrificio o de inmolación, es señal segura de que en él aumentó el amor divino. No hay otro termómetro para marcar con seguridad completa los grados de ese fuego sobrenatural.

El sacrificio. ¿Por qué se le temerá tanto? Amemos, y querremos el sacrificio. Sacrifiquémonos, y nuestra recompensa será..., un aumento de amor a Dios.

¿Buscas el camino de ascenso en la virtud? Pues..., aprende a dar, a inmolar tu vida. ¿A quién? A tu Dios que, amándote, se inmola por ti. Al Cristo-Jesús, modelo de nuestra diaria crucifixión. Y vivir diariamente crucificados es igual que ofrecerle pedazos de nuestra vida. ¿Para qué la queremos, si toda ella es del Señor?

Fe, confianza, sacrificio, abandono, amor. Éstas son las bases esenciales de toda vida interior. ¡Ojalá sean más conocidas, para que muchos se animen a practicarlas! De este modo podrían rebasar los límites de una piedad bastante efímera; y el grupo de los espíritus selectos, de aquellos que viven sólo de Jesucristo

y para él, y hermosean el cielo de la Iglesia con luces de fe y alegría celestiales, oración sin parar, y con ellos, el número de apóstoles que, por su heroísmo, serían fecundos en conversiones.

CAPÍTULO XXXVIII

Las dos cumbres: crucifijo y sagrario

¿QUIERES ver a la virtud levantada hasta el heroísmo? Mira el crucifijo y el sagrario. Su cima es tan alta que toca el infinito; es tan fecunda que de ella reciben la vida todas las almas.

Dichosos los que aciertan a cobijarse bajo la sombra feliz de estas dos maravillosas cumbres de la santidad. Son los dos únicos libros que contienen esta ciencia de hacernos felices.

Todo lo que venimos tratando en los capítulos precedentes no es más que una idea opaca de los capítulos de estos dos libros divinos: el crucifijo y el sagrario.

Y en ellos se encierra la solución de todo; no hay problema que no resuelvan, ni deseo que no satisfagan, ni amor que no sacien.

Sus páginas están matizadas de sangre y de dolor, de sublimidades divinas y de inefables dichas; las impregna un anonadamiento total y locuras de generosidad; respiran ofrenda e inmolación, sencillez y gravedad, inocencia y pureza, heroísmo y martirio; en ellas,

sólo dos palabras campean, cuyos trazos de sangre y de luces de celestial aurora nos recuerdan, nos hablan de... sacrificio y de amor.

Y a los pies del crucifijo y del sagrario, aprendemos a ser castos y desechar el pecado; a menospreciar lo terreno y añorar el cielo; a vencernos con desnudo y a vencer al infernal enemigo; aprenderemos a callar y a sonreír, a sufrir y a amar. Dulces coloquios que brotan a raudales, con ímpetu, de los corazones heridos por la flecha del divino amor.

En estas cumbres está la grandeza sobrenatural. Los que quieran realizar en su vida el "sígueme", necesitan pasar muchas horas ante su amado crucifijo, ante su sagrario querido.

Y allí desahogar su interior, abrir de par en par sus secretos, aletear bien alto en su amor, ofrecerse a Jesús en sublime oblación, aprender a inmolarse como su Maestro celestial.

Y corre a nuestro cargo el consolar a un Dios que, humanado, entre dolores, es nuestra esperanza y consuelo. Y somos nosotros, sus hermanos menores –Jesús es el hermano mayor entre todos–; nosotros, sus amigos queridos, sus "hijitos", los que hemos de envolver, con nuestras miradas de amor puro, su rostro ensangrentado, sus pies heridos, su corazón lacerado.

Jesús no es correspondido ni escuchado en sus llamadas paternales. Son incontables los que corren a la perdición. En el sagrario vive olvidado, solo, menospreciado, ultrajado. Ingratitudes..., menosprecios..., insultos..., almas que se pierden para siempre.

¿Y tú qué haces? ¿Qué piensas hacer? ¿Qué le vas a decir a Jesús? Ha llegado la hora de que te resuelvas terminantemente a trabajar por su triunfo. Consulta con tu Maestro divino. El eco de su divina voz seguirá repitiéndote dulcemente: "Sígueme".

Crucifijo y sagrario. Dulces palabras que expresáis nuestras amorosas ansias sin medida. No pasemos el tiempo de este terreno vivir sin ofrecer nuestra compañía al Crucificado y acompañarle en su dorada casita del sagrario. ¿No vemos cómo la lámpara arde, y su luz se consume sin cesar, día y noche, en holocausto a su Dios? ¿No vemos cómo el cirio se quema y se derriete en el altar donde es Jesús sacrificado? Pues, al igual de la lámpara y del cirio, consumamos las mejores horas de nuestra vida, cual se consume la flor deshojada, junto al crucifijo y al sagrario.

Y en las páginas de estos dos libros, todo calla y todo habla. Todo calla, cual emblema del vencimiento perfecto y del anonadamiento total; todo habla..., de sacrificio y de amor.

Callar, sufrir, amar. Grabemos en nosotros estas palabras; hagamos de ellas un lema de nuestra vida, y no tardaremos en ver realizados nuestros deseos; veremos nacer la aurora de nuestra renovación espiritual, henchida de promesas..., de esperanzas dulces..., de realidades consoladoras.

Amemos a Jesucristo, seamos sus apóstoles, glorifiquemos su nombre.

CAPÍTULO XXXIX

Sígueme

LA gloria de Cristo Jesús lo pide. Faltan amadores del Dios creador y misericordioso que nos quiere con locura divina. ¡Son tan pocos los que saben ser agradecidos! Faltan corazones que reciban y sigan con fidelidad el dulce acento, los toques suaves de las inspiraciones y gracias divinas. ¡Temen tanto los caminos de la virtud! Faltan voluntades decididas que se dispongan a subir a las alturas de la vida espiritual. ¡Huyen tanto del sacrificio!

Existe un corazón que nos ama y vela día y noche por nosotros; está oculto en una humilde prisión, desde la que nos mira sin cesar, con inmensa ternura e infinita misericordia. El buen Jesús, escondido prisionero del sagrario, el Crucificado por nuestro amor, habla a todos, desde esa cátedra de humillación y de abatimiento. Su llamamiento es éste: **sígueme**.

Y mientras el mundo corre precipitadamente a su ruina moral, con sus ojos cerrados a la fe divina, y los corazones mueren agostados entre ardores sensuales; mientras el mundo huye espantado de la cruz salvado-

ra, y se sienta codiciosamente en el banquete del placer, para saciar sus apetitos de bestialidad; mientras la indiferencia, con su honda frialdad, olvida los intereses de Dios y solamente se cuida de buscar los suyos propios; en medio de esta nube sombría de error y de maldad, cargada de lascivias, de incredulidad y de avaricia, Jesús nos repite desde la cruz y desde el sagrario: *sígueme*.

Hombre o mujer, cualquiera que seas, ¡si supieses lo que el Señor quiere de ti! Te llama para hacerte feliz, para comunicarte la riqueza de su santidad y de su gloria. Tal es el regalo que te ofrece, lo que te dará si le sigues. ¿Y por qué no seguirle, si sientes ansias de un cielo? ¿Qué te detiene? ¿Acaso hay alguien en el mundo que tenga más derecho a tu amor que Jesucristo? Pero... ¿no eres cosa suya porque te ganó con su sangre? Por ti murió y por ti resucitó a fin de que vivas enteramente para él.¹⁸⁵ Tienes un destino supremo de una belleza incomparable: "Participar de la misma naturaleza de Dios".¹⁸⁶ No puede caber al hombre mayor grandeza, en comparación con la cual son nada todas las grandezas de la tierra. Jesús es nuestro verdadero centro; él mismo es nuestro destino de ultratumba. Y se nos quiere comunicar aquí, en el mundo, antes de que llegue aquel día en que le podamos ver cara a cara; quiere darse a nosotros y participarnos su vida divina, llamándonos a una vida de imitación suya. Para eso nos otorga, como escribe san Pedro, "dones y grandes y preciosas gracias".¹⁸⁷

Santifiquémonos para que Dios sea glorificado. Hermosa por demás es nuestra vocación: somos invi-

¹⁸⁵ Cf 2 Cor 5, 15.

¹⁸⁶ Cf 2 Pe 1, 4.

¹⁸⁷ Cf 2 Pe 1, 4.

tados para escalar las alturas del cielo. "Piensa atentamente en tu vocación, pues no has sido llamado para el placer, sino para que te santifiques".¹⁸⁸ Y sin santificación no hay paz ni felicidad. Ella constituye nuestra gloriosa herencia, ganada en sangrienta lucha por el Crucificado, el cual la puso en el dulce madero plantado en lo alto del calvario de la vida, para que todos puedan tener acceso al cielo y a los caminos que a él conducen.

Nadie piense, por tanto, que está excluido del sabroso banquete de la vida espiritual. "En Dios no hay acepción de personas".¹⁸⁹ Todos somos iguales ante su majestad soberana; y un igual destino tenemos: Dios. No huyamos de él, instigados por el temor de perder los gustos sensuales. ¿Qué valen éstos cuando se mira a Dios? Dejemos la sombra por la realidad, y la realidad está tras el escenario de este mundo. Todo lo terreno pasa a manera de una sombra; todo se desvanece en la lejanía del ayer: hoy somos nada; ayer fuimos nada; mañana seremos lo que fuimos ayer..., la misma nada. Aquí está la gran realidad de la vida. Verdad profunda que no se aprende más que ante el libro abierto del crucifijo y a los pies del sagrario.

Cualquiera que sea quien esto lees, créeme y escucha; si aún no comenzaste tu carrera espiritual para conocer íntimamente a Jesucristo, y vivirlo en ti, empieza ahora. Pero si por dicha tuya diste principio algún día ya, no retrocedas, sigue adelante, con decisión y entereza. Decídete y no te desalientes, porque ni tu condición ni tu estado pueden impedirte que ganes tan glorioso blasón. Existe para nosotros una vocación cierta, completamente delineada y en absoluto segura:

¹⁸⁸ Cf 1 Cor 1, 26.

¹⁸⁹ Col 3, 25.

la perfección a la cual se nos invita. El poder de las tinieblas no cesa en su obra de destrucción. ¿Y tú quieres ser una víctima suya? Piensa que los días pasan y la muerte va cortando distancias. Es ya hora de que decidas de tu suerte. “El alma generosa no se espanta de la grandeza de la obra, ni de la dilación del tiempo que ha de gastar, ni de la tardanza en cumplir lo que ha emprendido”.¹⁹⁰

Ten presente tus flaquezas, para permanecer siempre humilde, y pagar con amor a Jesús los perdones que te ha prodigado; pero que el temor no detenga nunca tus pasos en la virtud; antes bien, procura acercarte a tu Dios, y cuida de copiar en ti la pureza de su vida.

El Jesús apóstol, redentor, a ti te habla ahora y te dice: sígueme.

¿No le quieres pertenecer? ¿No sientes cómo una mirada te arrastra dulcemente, cual nadie lo consiguió en la tierra? Es la mirada de un Cristo que, por ti crucificado, te repite allá muy dentro: sé perfecto,¹⁹¹ pero tan sólo será perfecto aquel que se asemeje a su Maestro.¹⁹²

Así también tú..., solamente podrás recorrer el camino de la virtud y perfección cristiana si te asemejas al Maestro divino, si reproduces su vida en ti.

“Es preciso que Jesús reine”;¹⁹³ pide nuestra cooperación. ¿Podrá contar con la nuestra? Sígueme, continúa instándonos desde la cruz y el sagrario. ¿Cuál será nuestra respuesta? ¿Cobardía? ¿Valentía y generosidad?

El tiempo pasa veloz... La eternidad, parada, inmutable, se acerca.

¹⁹⁰ S. FRANCISCO DE SALES, *Directorio de religiosas*, cap. IV.

¹⁹¹ Cf Mt 5, 48.

¹⁹² Cf Lc 6, 40.

¹⁹³ Cf 1 Cor 15, 25.

CAPÍTULO XL

Nuestra acción de apostolado

EL fuego no puede sino calentar donde está y hasta donde sus llamas alcanzan. Y es de tal condición que sus manifestaciones bien pronto son conocidas: calienta, enardece, purifica, templada, cambia, transforma.

¿Y qué es nuestro amor a Jesucristo más que fuego divino que prendió en nosotros? Sus llamaradas, si es potente, saltan afuera y caldean cuanto se halla a su alcance.

Y más fuerte que el fuego es el amor del Dios que desciende, se humilla y se abraza a la cruz redentora; tiene en sí más ardor y virtualidad; está sobre la misma muerte.

Y por eso, todo aquel que está templado y caldeado en las llamas de este divino fuego, el que está moldeado en la vida interior, en los principios ya indicados, verdaderos cauces de perfección, necesariamente se ha de sentir impulsado al trabajo apostólico.

Y no será un apóstol de esos que van como arrastrando sus pasos, temerosos y empujados por la fuerza, privados de una virtud intrínseca de conquista, y

sin fecundidad en sus trabajos de celo, no; será en su acción, abnegado, infatigable y lleno de heroísmos santos, porque tal pide su amor.

Y el amor no parará de forcejear, de trabajar, de predicar, de sacrificarse, de dar ejemplo, de anonadarse en completas ofrendas y donaciones, para ver rendidos a los pecadores, frívolos, rezagados, lo que es su único anhelo, a los pies de su divino Maestro; por cuyo triunfo afrontará las mayores penalidades, ofrecerá su vida, renunciará a sus riquezas, y... lo ofrecerá todo, buscando solamente la glorificación de Dios.

Quisiera hacer comprender a todos los cristianos la necesidad imperiosa que tienen de formarse en una intensa vida interior: de oración, de fe, de confianza, de sacrificio, de amor.

Y todos la necesitamos, bien desempeñemos la misión de Martas, bien la función de Marías. En el primer caso, para que sea Jesús quien obre en nosotros y, así, nuestros actos produzcan frutos de virtud. En el segundo caso, para que podamos ser apóstoles escondidos. ¡Hay tanta necesidad de voluntades que oren, y de brazos que trabajen en la obra de Jesucristo!

Todas las empresas humanas palidecen ante la gran empresa de la salvación de las almas. Se debate en esta lucha la gloria de Jesús. Es preciso trabajar con todas las fuerzas, en cualquier momento, y en todas partes. Pero no trabajaremos con todas nuestras fuerzas si en esta lucha apostólica nos reservamos algo, y no lo ofrecemos todo para que triunfe la causa católica, la gloria de nuestro Dios. Por doquiera se nos presenta un ancho campo de conquista.

¿Y podremos permanecer neutrales, nosotros, que recibimos de las mismas manos del Señor copiosas gracias y dotes, quizá especiales, para laborar por su causa y glorificación?

Reforcemos, pues, nuestra vida espiritual; templemos bien nuestras energías en la oración; hagámonos libres, uniendo nuestro querer al de Dios y, así dispuestos, lancémonos sin miedo a la palestra. La persecución, la infamia, la calumnia cobarde, hasta la misma muerte..., ¿qué importan? Recordemos estas palabras que dijo el Maestro a los apóstoles: "Mirad que os envío como ovejas entre lobos... Os delatarán a los tribunales y os azotarán... Y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores... para dar testimonio de mí a ellos y a las naciones... Nada temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que pueda arrojar alma y cuerpo en el infierno".¹⁹⁴ ¿La cárcel? ¿La muerte? Bendita prisión y bendita muerte, si con tus golpes y con tu sangre abres y sellas la tumba de un nuevo mártir.

Muchos corazones nos esperan: en la calle, en el hogar, en la iglesia, en el taller; en todos ellos hagamos acción de conquista para Dios. Arrebatemos del mal a tantos que perecen en la boca del infernal lobo; prediquémosles las salvadoras doctrinas de Cristo, del Crucificado, sus locos amores por nosotros los hombres. Faltan espíritus de acción y de apostolado eficaz. ¿No quieres ser tú uno de éstos?

Tantos apóstoles esparcidos por el mundo, y ¿cómo el mundo no arde en llamas de amor santo? ¿Cómo la santidad es tan rara? ¿Cómo los que se llaman piadosos, devotos, se contentan con pasar su vida en un plan de devoción y de piedad, que no está exento de comodidades, sin aspirar a más en lo espiritual, siendo llamados a producir mayores frutos de santificación? ¿Es que no hay hermanos que conquistar y atraer a los pies de Jesucristo?

¹⁹⁴ Cf Mt 10, 16-18; 28.

Seamos santos para santificar al mundo; formémonos, para predicar con la fuerza incontrastable del ejemplo y la virtud avasalladora del amor desinteresado. Seamos hombres de vida interior, y no tardaremos en determinarnos a trabajar con verdadero espíritu apostólico, sin miedo a cansancios ni fatigas. Y pronto cogeremos con gozo el fruto de nuestra labor.

Y mientras en los claustros se refugia la virtud, para crecer, sin obstáculos externos, hasta las alturas de la santidad, el Señor se complace en hacer crecer en medio del mundo hombres y mujeres que, con su virtud, alegran el hogar, santifican el taller, predicán con su ejemplo, perfuman de sonrisas y de amor puro el continuo trajeteo del vivir y, como mensajeros de la felicidad, pasan, a la par que el tiempo, dejando de su tránsito el recuerdo de su ejemplaridad, de sus abnegaciones admirables, y de su encendido amor a Dios.

Los que están protegidos entre los muros claustrales y allí gozan mientras consumen sus horas a la vera del sagrario; los que desposaron sus vidas con Cristo, y mezclados con el mundo andan para espiritualizarlo y sembrar en sus entrañas la semilla de la virtud y del arrepentimiento; a los que sintiéndose llamados a una mayor perfección, les ha sido concedida la gracia de amar al Maestro divino, único ideal de esperanza para el hombre caído; los que quieren ser útiles a la causa de la santa Iglesia, militando activamente por su triunfo; todos los que decimos que amamos a Jesucristo, tenemos un deber: ser portadores de su nombre, de su verdad.

Si lo queremos ser, probemos la verdad de nuestro deseo, comenzando a serlo..., desde ahora mismo.

CAPÍTULO XLI

La vida interior y el apostolado

PARA los que andan en busca de ganar a Cristo para sí y para los demás, el secreto de la victoria radica, en primer lugar, en la vida interior. Ésta es necesaria, como al efecto le es la causa que lo produce, a todos los que se disponen a seguir de veras las huellas del divino Maestro; a todos lo que, instigados por una voz secreta, quieren emprender la obra magna de la conquista de las almas para Dios. Nadie puede trepar las empinadas cuevas de una santificación progresiva y ganar sus alturas; a ninguno le es dado ese “celo inextinguible”, incansable y generoso, por la extensión del Reino de Cristo, sin un vigor íntimo que le sostenga, sin una fuerza oculta y sobrenatural que le empuje a realizar abnegaciones, cabales desprendimientos, y locuras de acción. ¿De dónde tomaremos el empuje invencible en esta lucha? Ciertamente que de la vida interior. ¿En qué consiste? Dice san Juan en su evangelio: “Así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo”.¹⁹⁵ Dios es la vida increada.

Pero la vida y la actividad se corresponden y complementan. Ser vivo, ser activo. La vida, por tanto, lleva consigo una expansión. A una eterna plenitud vital, corresponde una eterna actividad en el mismo Dios. Esta actividad es de intelección y de amor, que en el mismo Dios da origen, de manera secretísima, al misterio de la Santísima Trinidad. Pero cuando esta vida interior de Dios se expansiona fuera de él mismo, surge este mundo admirable, y en él hace aparecer, cual cumbre de todas las máximas grandezas de todas las criaturas, un Cristo redentor, un Cristo eucaristía, como sol de luz inextinguible.

Pero nosotros somos inseparables de Cristo, no sólo por su derecho de señorío y de conquista, sino también porque nos ha constituido hermanos suyos, entroncándonos en su sagrada Humanidad, al igual que la rama está entroncada en su árbol. Como ésta, para vivir su propia vida, necesita ser alimentada de la savia que sube del tronco, nosotros necesitamos, para vivir nuestra propia vida de hijos adoptivos de Dios, ser alimentados con la savia divina que brota de Jesucristo, fuente celestial que mana copiosamente para vivificar a las almas, elevándolas al orden sobrenatural; mas esto, sin absorber ni anular su capacidad natural, antes bien, para perfeccionarla y agrandarla, hasta hacerla capaz de los más altos grados de la santidad. Así, pues, la vida interior pone en íntima comunicación y compenetración al hombre con Cristo; pero quedando el hombre con sus propios perfiles personales, reflejados en su carácter, capacidad, espíritu.

La perfección en la ejecución de una pieza musical dependerá de la habilidad de las manos que pulsen el instrumento musical, y de la perfección y bondad de

¹⁹⁵ Cf Jn 5, 26.

este instrumento. La vida interior, pieza de armonía que sabe a cielo, tiene manos divinas que la pulsán: el influjo de la gracia, la acción divina sobre el alma; tiene un instrumento sobre el cual actúa la gracia: el hombre. En consideración, pues, a las condiciones personales de éste, salvada siempre la intervención, a veces extraordinaria, de la gracia, podemos decir que la vida interior en un alma tanto más perfecta podrá resultar cuánto ésta tenga de más perfección en sus facultades y condiciones naturales.

Podremos distinguir tres grados en el desarrollo de este vivir de Cristo en un alma.

1.º El incipiente, que se produce por el solo hecho de estar el alma en estado de gracia, porque ella nos comunica la unión con Dios.

2.º El crecimiento en la gracia; a más crecimiento en gracia, más unión comunicativa; a más unión comunicativa, más crecimiento en gracia; es decir, ambas a la vez se atraen, influyen y crecen. Nuestra acción comunicativa con Cristo, en cuanto depende de nosotros, la realizamos mediante el esfuerzo de nuestro pensamiento y de nuestra voluntad. Estas dos facultades actúan en esta trayectoria espiritual por medio de la oración: habla bella y callada del pensamiento y del amor; mediante el ejercicio de la presencia de Dios, por la cual nos sentimos vivir bajo la mirada de Cristo y con la mirada fija en él; por medio de la sagrada comunión, corriente divina que influye toda el alma, beso dulcísimo que Cristo le imprime; mediante la mortificación, unas veces, como causa indirecta, cuando remueve obstáculos, y otras, como causa directa y perfectiva, cuando es expansión del amor, ya que el dolor por amor es la nota más fina de éste; o por medio de la acción, cuando nuestro obrar no tiene otra trayectoria que la gloria de Dios.

3.º Es la plenitud perfecta, por la cual el alma se ve tan llena de gracia que su capacidad receptiva viene como a quedar agotada; y ni en el pensamiento parece caber más sublimidad ni mayor fijeza en Cristo, ni en la voluntad más amor extensivo e intensivo a su Dios. Es entonces el corazón que se consume amando...; es todo él hecho ascua encendida de amor a Cristo.

Por consiguiente, la vida interior actuada mediante nuestras facultades internas, entendimiento y voluntad, la podemos definir diciendo: es la reacción activa de un alma que dirige todo su ser, y en todas las cosas, según y por el mismo vivir de Cristo; el cual la alimenta y la transforma, conforme a estas palabras de san Pablo: "Christus... omnia". Cristo lo es todo.¹⁹⁶ A la luz de estos principios comprenderemos el contenido de estas palabras del papa Pío XI: "El apostolado no proviene de una tendencia puramente natural a la acción, sino que es fruto de una sólida formación interior, la expansión necesaria de un amor intensivo a Jesucristo y a las almas redimidas con su sangre, que le lleva a imitar su vida de oración, de sacrificio y de celo inextinguible".¹⁹⁷ Y según este divino precepto: "Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón..., amarás al prójimo como a ti mismo",¹⁹⁸ precepto en el cual se basa el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Pero este celo no ha de quedar reducido a un deseo vago, ni a un interés a flor de labios, ni a un ansia sin efectividad, ni a un querer sin actividad, como quien negase al pobre un pedacito de alimento de su cesta bien repleta, y le despidiese con muy buenas palabras, sino que ha de ser un celoso ímpetu que mueva la vo-

¹⁹⁶ Cf Col 3, 11.

¹⁹⁷ Pío XI, *Encíclica 'Firmissimam Constantiam'*. AAS 29 (1937).

¹⁹⁸ Cf Mt 22, 37-39.

luntad a ejecutar, un ardor que queme el corazón, una sed del triunfo de Dios, un calor sobrenatural que haga crecer cielo arriba toda nuestra actividad. Cuántos celos falsos, huecos, fríos, de mero cumplido y de compromiso. Ha de ser un celo sentido, vivido, el cual, por fuerza, se traduce en acción, porque nace de un amor real, positivo, de una vida interior de unión con Cristo, lo cual nos impulsa necesariamente a la acción. "Todo cristiano..., como miembro del Cuerpo Místico de Jesucristo, no puede menos de reconocer que entre todos los miembros de este cuerpo debe existir una comunicación recíproca de vida y solidaridad de intereses...; de aquí, la eficaz contribución de cada miembro a la glorificación de la cabeza y de su cuerpo místico... De estos principios..., qué orientaciones tan luminosas brotan para muchas almas..., deseosas de mostrar sus ardorosas actividades. Qué impulsos para contribuir a la difusión del reino de Cristo y a la salvación de las almas. Es evidente que el apostolado... así entendido proviene de una sólida formación interior".¹⁹⁹

No nos equivoquemos. "Las más santas obras de celo y de apostolado resultan fútiles y vacías si no provienen de un alma enriquecida con aquellas virtudes cristianas, únicas, que, elevadas por la gracia sobrenatural, pueden dirigir rectamente las empresas humanas a la gloria de Dios y a la salvación de las almas".²⁰⁰

¿Qué fuerza de atracción y de conquista tendrán nuestras enseñanzas, por elevadas y hermosas que sean, si no vivimos según ellas? ¿Comunicar virtud sin tenerla? ¿Querer transformar vidas, sin haber antes transformado la nuestra en Dios? ¿Calentar..., mover

¹⁹⁹ Pto XI, *Encíclica 'Firmissimam Constantiam'*. AAS 29 (1937).

²⁰⁰ Pto XII, *Encíclica 'Fulgens Radiatur'* (1947) I, 3, *Revista Anuario Petrus* (1947), 9, 3.

frías voluntades, sin fuego de amor a Dios...? Imposible. No fiemos el fruto tan deseado de nuestro apostolado a los "cuadros estrechos, múltiples, de las organizaciones puramente humanas...", "como si el dominio de la presente ciencia y técnica llenase todo el campo y no quedase espacio libre para la vida sobrenatural..." "En la crisis religiosa de nuestros días..., la exposición científica y razonada de las verdades de la fe..., no basta por sí sola, y ni siquiera bastaría una dosis tan escasa... de vida cristiana, hecha de una costumbre convencional. Hoy es necesaria la grandeza de un cristianismo vivido en su plenitud con constancia perseverante".²⁰¹

La realidad, pues, actual, se impone con una doble exigencia: primero, vida oculta de compenetración con Cristo; segundo, acción apostólica, manifestación adecuada del celo que impulse nuestra voluntad a realizar trabajos de lucha y de conquista, sin otra directriz que la ganancia de las almas para la gloria de Dios.

²⁰¹ Pío XII, *Normas a los grupos italianos del Renacimiento Cristiano* (1947, I, 22), *Revista Anuario Petrus*, 1947, 5, 1.

CAPÍTULO XLII

Nuestro puesto en la lucha

“CUANTO más débil me siento, entonces es cuando más fuerte estoy, porque sólo en Dios pongo mi confianza”.²⁰²

Invitados a santificarnos por medio de nuestra fidelidad a las gracias, en las mismas cosas ordinarias de la vida, podemos alcanzar, con nuestra aceptación de los sacrificios de cada día, la unión persistente con Dios. Este estado nos pone en la ventaja de poder evitar el peligro de un “activismo” natural y excesivo, el cual oscurece la reflexión interior y la práctica de la oración, no pudiendo producir los frutos deseados de salvación y santificación.

Mas supuesta en nosotros esta vida verdaderamente cristiana, en la que Dios se comunica más profundamente por ese vivir interior, debemos pasar a la acción, para comunicar a los demás este vivir de Cristo. “No hay tiempo que perder... Es el momento de la ac-

²⁰² Cf 2 Cor 12, 10.

ción".²⁰³ Los brazos cruzados en esta lucha, negando la posible y debida cooperación, son signos de muerte. ¿Por ventura se ha extinguido ya el dulce reclamo de la voz del Maestro, que nos invita a tomar parte en esta gloriosa empresa de la salvación del mundo? ¿Por qué tanto miedo? ¿Por qué tanta cobardía? ¿Qué provecho obtendremos de las horas sacrificadas al esfuerzo sólo de una vida gastada y consumida en aras de una simple comodidad, de un simple recoger hojarasca de honores, de una avaricia de bienes temporales?

Debemos dar a nuestro vivir y obrar el sentido cristiano de auténticos soldados de Cristo. Lo propio del soldado es seguir la voz de su rey, cumplir sus mandamientos, y luchar con desnudo para merecer parte en la victoria. "Hoy el mundo navega a la deriva... tras el norte engañoso de la felicidad, y la felicidad está solamente en Dios y en la práctica de sus divinas enseñanzas. Por eso nuestros días reclaman apóstoles".²⁰⁴ Un puesto se te reserva en esta lucha. ¿Acertarás a ocuparlo con presteza y cual la dignidad cristiana te reclama? Voluntad de acción: he aquí el principio impulsor de apostólica decisión, de prestación generosa y de cooperación pronta a cuanto pueda redundar en bien de las almas, aun a trueque de sacrificar horas de lícita recreación, intereses particulares, planes de mundo, amores humanos.

Quien considere los intereses de Cristo como suyos, se sentirá movido a darse a la defensa de éstos, sin regateos ni nimiedades. Si miembros de Cristo somos, pues formamos parte de su Cuerpo Místico,

²⁰³ Pío XII, *Discurso a los Hombres de Acción Católica*, 1947, *Revista Anuario Petrus*, 1947, 42, 2.

²⁰⁴ Pío XII, *Mensaje al clero y pueblo argentino*, 1948, *Revista Anuario Petrus*, 1948, 6, 3.

¿cómo permanecer inactivos ante las dentelladas del infernal enemigo, que no desperdicia ocasión ni maneras para lacerarlo, causando la ruina de tantas almas? Pues, ¿no defendemos nuestra vida cuando a Cristo defendemos? ¿No acrecentamos nuestra espiritual riqueza, cuando con nuestro esfuerzo logramos que la divina doctrina penetre en conciencias ofuscadas, deshaciendo sus errores; mueva hacia Dios voluntades obstinadas en el mal; y en corazones que sólo viven de carnales amores, ponga aleteos y ansias de amores divinos? ¿No acaudalamos para nuestro eterno porvenir, con el solo hecho de forjar en los demás voluntad de conocer, amar y servir a Jesucristo?

Él ha confiado a su Iglesia la obra de la salvación del hombre. De esta Iglesia somos parte, y como tal, sobre nosotros pesa la sagrada obligación de ser fecundamente activos con “un ideal de conquista, no meramente de defensa”, para “ganar lo que se ha perdido y avanzar hacia nuevas conquistas”.²⁰⁵ ¿Miedo? ¿Comodidad? ¿Respeto humano? ¿Ignorancia? ¿Intereses económicos? ¿Incomprensión de los deberes católicos, sobre todo en el tiempo actual? De todo hay, como causa influyente de la inactividad de muchos miembros de la Iglesia, ignorando éstos o rehusando saber que “la misión de la Iglesia en el mundo, lejos de ser cosa acabada y muerta, debe todos los días enfrentarse con nuevas pruebas y nuevas empresas”.²⁰⁶

Sin ser pesimistas, no apartemos nuestra mirada de la realidad. Y la realidad es que el mal empuja briosamente, ya en privado, ya en público, en las distintas

²⁰⁵ Pío XII, *Discurso a los Hombres de Acción Católica Italiana*, (1947, IX, 7), *Revista Anuario Petrus*, 1947, 42, 9.

²⁰⁶ Cf Pío XII, *Discurso al Sacro Colegio* (1947, VII, 6), *Revista Anuario Petrus*, 1947, 21, 9.

esferas de la vida social, y su fruto de corrupción es patente a los ojos de los buenos y de los malos, de los amigos y de los enemigos de Cristo. ¿Cómo recluirnos en un oportunismo confiado, “pero irreflexivo”, que, desdeñando reconocer el empuje y el avance del mal moral, confía en que Dios “lo hará todo”? “Un cristiano no puede quedarse cruzado de brazos ante el despliegue de las fuerzas del mal”.²⁰⁷

Precisa, pues, nuestra cooperación activa, hija no de una “fe mutilada, anémica y dulzona, sino de una fe en toda su integridad, pureza y vigor”. La fe así vivida es acicate a nuestra voluntad, fuerza que impele al apostolado que, “de cualquier manera que sea, no es más que una participación en la obra redentora de Jesucristo”.²⁰⁸ Y todos pueden participar en esta obra, quien más quien menos, pero con su partecita de aportación, más estimable cuanto mayor sacrificio le impone.

Mucho se escribe y se habla de apostolado, pero penosa cosa es que no se ejecute lo que se escribe y se habla. Un paso adelante como buenos soldados, y llevemos a cabo las normas y modos propuestos. Sobran espectadores y admiradores, faltan ejecutores con ánimo pronto y desinteresado. Nos consuela la existencia de grupos, cada vez más crecientes, que trabajan con gran espíritu de abnegación y sacrificio, por el triunfo de Jesucristo. Al hacer el recuento, ¿de verdad nos podemos contar entre ellos? Decidámonos a salir de ese reposo “que es la muerte”, de esa “inactividad externa”, cómoda y egoísta, impropia de quien dice

²⁰⁷ Pío XII, *Radiomensaje al Congreso Eucarístico Nacional francés, de Nantes* (1947, VII, 4), *Revista Anuario Petrus*, 1947, 28, 2.

²⁰⁸ Pío XII, *Normas a los grupos italianos del Renacimiento Cristiano* (1947, I, 22), *Revista Anuario Petrus*, 1947, 5, 2 y 4.

tener amor a Jesucristo. ¿Puede nuestro amor quedar impasible ante los ataques contra el mismo objeto de ese amor, que es Dios?

Luces de la inteligencia, ardores de la voluntad, fuerzas físicas del hombre, poder de los bienes terrenos, atracción personal..., ¿qué sois y valéis ante Dios; ni qué sentido de valores cristianos tendréis, si no servís para la defensa y la glorificación de Dios?

Y de nosotros depende el que todos estos dones naturales sirvan para la defensa y extensión del reino de Cristo. Comprendamos nuestro deber. Somos parte de la Iglesia militante, contra la cual “las potencias tenebrosas hacen sentir su presión”, para desterrarla del mundo y de la vida. Por esto “es necesaria por parte de la Iglesia misma una acción tenaz y perseverante, para reconquistar y someter todos los caminos de la vida humana al suavísimo imperio de Jesucristo, a fin de que su espíritu aliente más ampliamente, su ley reine con más soberanía y su amor triunfe más victoriosamente”.²⁰⁹

Nos toca luchar a nuestro modo, según podamos, en consonancia con las circunstancias en que vivimos, sin confundir la “modestia y discreción” con la “pasividad”, o con la “monotonía enervante”; ni con un “supernaturalismo” mal entendido, queramos reducir a la Iglesia al campo puramente religioso..., más que hacer el juego a sus enemigos.²¹⁰

“La caridad de Cristo nos urge”.²¹¹ ¿A qué? A lanzarnos con bríos a un mayor crecimiento de la divina savia de Cristo en nosotros; a una comprensión más

²⁰⁹ Pío XII, *Normas a los grupos italianos del Renacimiento Cristiano* (1947, I, 22), *Revista Anuario Petrus*, 1947, 5, 4.

²¹⁰ *Ibidem*.

²¹¹ Cf 2 Cor 5, 14.

cabal de su espíritu, manifestado en sus enseñanzas y en su vida de treinta y tres años sobre la tierra; a una ejecución no mediatizada, sino íntegra, cual corresponde a un cristiano enamorado de verdad de los divinos ideales del Maestro; nos urge salir de la cómoda quietud, para hacernos sembradores de la verdad eterna, entre espesas nieblas de errores y de ignorancia, que nublan la mirada y la conciencia de tantos hermanos nuestros; nos impele a convertirnos en apóstoles ¿de utopías?, ¿de nuevas técnicas?, ¿de nueva fraseología?, ¿de soñados proyectos y de papeles interminables? No; en apóstoles de acción real, abnegada, amasada con sacrificio y desprendimiento, con oblación a Dios y con amor a Dios. Y acción decidida, no cobarde, sin trabas de miramientos humanos, que son contrarios a los intereses de Cristo. Acción constante, que nazca de un impulso interior sobrenatural: nuestro hondo amor a este Cristo divino. Mientras el manantial que se oculta bajo la peña no se agote, de éste seguirá manando, por la boca de escape, la corriente de agua. Así debemos ser, y tales en realidad seremos, si vivimos intensamente compenetrados con Jesucristo.

CAPÍTULO XLIII

Acción por amor a Cristo

“No llegaréis jamás a atraer... la atención y a ganáros la estima del hombre y de la masa, solamente por la organización, por muy perfecta que pueda ser, porque en cuanto a organización, siempre os será igual, si no os es superior. Pero poned ante sus ojos -de los alejados de la Iglesia- la personalidad del cristiano..., que irradia al exterior la fe viva desbordante de su corazón...; entonces será posible..., que se levanten de su torpor vacío de fe en Dios, y recobren el sentimiento..., de su responsabilidad moral”.²¹²

Organización y acción, pero ésta sea pletórica de fe, sostenida e impulsada por el amor sobrenatural y acompañada de una convicción personal, y del acicate poderoso del buen ejemplo. El lenguaje de la fe, íntimamente sentida y vivida, penetra misteriosamente en el interior del hombre, quita de sus ojos las densas cataratas de su incredulidad, e ilumina su vivir, presente

²¹² Pío XII, *Radiomensaje al Congreso de la Unión Popular Católica Suiza, de Lucerna* (1949, IX, 4), *Revista Anuario Petrus*, 1949, 77, 9.

y futuro, con luces de clara verdad y de esperanza segura, suscitando en su corazón amor de Dios.

El amor a Cristo, en nosotros, atrae, suprimiendo distancias de condiciones personales; suaviza, disminuyendo o eliminando por entero los salientes, a veces muy duros y pronunciados, de diferencias y roces; y da calor de Dios a las voluntades frías, contrarias, y movidas por prejuicios equivocados. El buen ejemplo, ejecutoria admirable y necesaria de ese amor divino, arrastra las voluntades. Sobre estas tres bases: fe vivida, amor a Cristo y buen ejemplo, se ha de apoyar y hacer fuerte toda nuestra acción. La fuerza del materialismo, el desenfreno de las pasiones, el empuje y la osadía de la maldad, sólo pueden ser vencidos por otra fuerza más poderosa, y ésta es la fuerza sobrenatural, “y el único que la posee es el hombre de vida interior, el hombre que piensa en cristiano, el hombre que ora, el hombre que está lleno de Dios”.²¹³ “Vida interior: he ahí la consigna de la hora presente”.²¹⁴

Pero a esta vida interior, “al ejercicio constante de la virtud”, debemos juntar “...una actividad continua e incansable”.²¹⁵ Actividad que se lleva a cabo mediante una consagración “con todas nuestras fuerzas a las necesidades de los tiempos, emprendiendo con valor todas las formas de apostolado que reclama la nueva época”.²¹⁶ Para esto hay que organizar con una “capacidad de adaptación día por día a todos los deberes, a

²¹³ Pío XII, *Radiomensaje al Congreso de Lucerna* (1949, X, 4), *Revista Anuario Petrus*, 1949, 77, 9.

²¹⁴ *Ibíd.*, *Revista Anuario Petrus*, 1949, 77, 9.

²¹⁵ Pío XII, *Carta al P. P. Schweiger*, General de la Cong. de Misioneros Hijos del I. Corazón de María (1949, VII, 16), *Revista Anuario Petrus*, 1949, 68, 2.

²¹⁶ Pío XII, *Mensaje a los Marianistas* (1949, VI, 30), *Revista Anuario Petrus* 1949, 1.

todas las actividades que vienen a sugerir el tiempo, el lugar y las circunstancias más diversas".²¹⁷ Pero luego, precisa ser ejecutores decididos de lo organizado. Y, ¿cómo ser ejecutores cabales? Marchando delante, en primera fila, con todos los modos que reclame el apostolado que se pretende realizar. Ejecutar supone y es sacrificar la persona, propios intereses, comodidades, cariños, cuando esto es menester para que no resulte estéril la acción apostólica, o pueda ser más crecido su fruto. ¿Acaso es esto pedir mucho? Se trata de intereses de Dios.

Nos debemos a Cristo en nuestra totalidad, y puesto en razón está el que aceptemos el sacrificio en toda su extensión, para ser íntegros ejecutores de lo que con tanto celo se haya propuesto como meta a conseguir. Dando, pues, de mano a todo personalismo aislacionista, busquemos sólo la glorificación de Dios, la recristianización y santificación de las almas; proyectando nuestra labor y trabajo en un plano humano y sobrenatural, cual conviene al verdadero apóstol del Señor, cuya mirada no se mengua ante la influencia de bajos egoísmos, de fuertes contratiempos, de honrillas personales, de incomprensiones e ingratitudes, de mil sinsabores que, como elemento de purificación y de prueba, suelen acompañar a los esforzados trabajadores de la viña del Señor.

Hay que trabajar sólo por Dios y con la mirada puesta en él. Este pensamiento y esta mirada nos animan a esforzarnos para hacer que fructifiquen en acción desinteresada y noble los dones de la naturaleza y de la gracia que hemos recibido. "No tenemos derecho a dejar que duerman inútiles para nosotros y para los

²¹⁷ Pío XII, *Discurso al Movimiento Obrero Católico de Bélgica* (1949, IX, 11), *Revista Anuario Petrus*, 1949, 81, 3.

demás los talentos recibidos".²¹⁸ Y ejecutar por amor a Dios.

Y así, mientras nuestra voluntad esté movida por este amor divino; mientras la mirada de un Cristo sea para nosotros el potente motor que comunique vigor y fuerza a nuestra voluntad; mientras un intenso amor al Crucificado impregne nuestro vivir, nos sentiremos con deseos eficaces de hacer algo por él, a quien tanto debemos; el ansia de su glorificación será para nosotros un dulce tormento; buscaremos los modos y medios más aptos para su triunfo; nos lanzaremos con bravura al extenso y variado campo de labor apostólica; nuestro esfuerzo será constante, como el amor que lo sostiene; ni alabanzas ni desprecios, ni victorias ni derrotas, podrán desviar nuestra voluntad encendida en amor a Cristo. En tanto este fuego no se apague, no cesará nuestra labor, encaminada siempre al bien espiritual del hombre, sin apetencias de vanaglorias humanas, que suelen desvirtuar la limpia y recta intención que nos debe guiar siempre en todos nuestros actos.

Por amor a Dios, el celo apostólico se traduce en acción que vivifica y salva; nuestras obras se sobrenaturalizan y transpiran la virtud de Cristo; se buscan las almas en cualquier tiempo y condición, y nada se regatea con tal de salir con la presa codiciada; a la dádiva generosa que ofrecen nuestras manos, se une la caridad del corazón, manifestada en afable sonrisa de hermanos en Cristo. Y ya esta limosna no humilla al que la recibe, sino que le infunde confianza, porque va perfumada por el amor a Dios. Si por la fuerza de este amor realizáramos nuestro apostolado, qué fecundo sería éste y cómo las almas se nos vendrían atraídas

²¹⁸ Pío XII, *Discurso a los Obreros de la Civita Castellana* (1949, III, 27), *Revista Anuario Petrus*, 1949, 30, 3.

por algo que no saben explicar, pero sí sentir con satisfacción y agrado.

Por amor a su Padre, cuya gloria vino a procurar, Jesucristo se manifestó hermano de todos los hombres, sin excluir a los pecadores, y pasó por este mundo derramando el bien a manos llenas, bienes terrenos y gracias espirituales; evangelizó a ricos y a pobres; no retrocediendo en el camino de su obra redentora, ante los obstáculos de incomprensiones y de voluntades rebeldes, ante olvidos que laceran el corazón, e ingratitudes que devuelven mal por bien, desprecios por honras, insultos por alabanzas, críticas despiadadas e injustas, por el reconocimiento de la verdad y la justicia. Pudo más en Jesucristo el amor a su Padre que todo este conjunto de contrariedades; por eso fue apóstol, hasta morir. Lección del Maestro que nunca debemos olvidar. Nos ha enseñado el camino a seguir y el modo sublime de hacer.

Para eso somos cristianos, estamos injertados en el árbol grandioso de la santa Iglesia; para hacer nuestro su vivir y plasmar en nosotros su obrar. No demos oídos a los pretextos y excusas con que el egoísmo mal entendido pretende escudarse para negar a Dios lo que a él se le debe. Por encima de las debilidades del hombre, miremos sólo a Dios, y con espíritu elevado, con alas de águila, que se remonte sobre las miserias de este mundo, hagamos nuestros trabajos de defensa y de conquista, en el cotidiano batallar por la glorificación de Jesucristo.

Solamente el amor a Ti, Cristo amado, podrá explicar la tenacidad, el desprendimiento, el heroísmo de unas vidas que, con ilusión y gozo, con anhelo y esperanza, con generosidad e incruento martirio, se gastan a diario, se consumen e inmolan a tus pies ensangrentados. Es, Jesús, la noble y casta expansión de su amor a Ti.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
JUSTIFICACIÓN	5
DEDICATORIA	7
ABREVIATURAS	8
INTRODUCCIÓN	9
I. Un retrato de Jesús	11
II. Espíritu sensual y espíritu cristiano	17
III. Único obstáculo para la salvación del hombre	23
IV. El pecado venial	29
V. Conciencias equivocadas	33
VI. Las exigencias humanas	39
VII. El cielo es de los que luchan	47
VIII. Víctimas del desaliento	53
IX. Decisión	59
X. Decaimiento interior	63
XI. Avancemos sin temor	69

	<i>Pág.</i>
XII. Necesidad y valor de la mortificación	77
XIII. El amor propio	83
XIV. Abnegación	89
XV. Necesidad de una dirección espiritual	95
XVI. ¿Cómo ha de ser la dirección espiritual?	99
XVII. ¿Sujeción al director? Normas: obediencia, sencillez, sobrenaturalidad	105
XVIII. Expansión interior	113
XIX. Los escrúpulos	119
XX. La turbación interior	127
XXI. La oración es necesaria	135
XXII. Maneras de orar	143
XXIII. El recogimiento y la presencia de Jesús	153
XXIV. Las imperfecciones	159
XXV. Fidelidad a Dios	163
XXVI. Vencimiento del propio yo	167
XXVII. Consuelos y arideces	171
XXVIII. Entrega, ¿hasta dónde?	175
XXIX. Sequedad de espíritu	179
XXX. Oscuridad, impotencia, soledad de espíritu .	183
XXXI. El amor descansa... ¡amando!	191
XXXII. Santo abandono	195
XXXIII. Agradar a Jesucristo	199
XXXIV. Amor y sacrificio	203
XXXV. Gozo en la pena	209
XXXVI. El alma que ama a Jesús	213
XXXVII. Nuestra trayectoria hacia Dios	219
XXXVIII. Las dos cumbres: crucifijo y sagrario	225
XXXIX. Sígueme	229
XL. Nuestra acción de apostolado	233
XLI. La vida interior y el apostolado	237
XLII. Nuestro puesto en la lucha	243
XLIII. Acción por amor a Cristo	249

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reedición: Moncada (Valencia), 1962.
- 1955 *El arte de encomendarse a Dios*. Valencia.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.

EN PREPARACIÓN

Tú puedes...
Señor, que vea...
Luces sobre el celemín.

*Este libro se acabó de imprimir
en Artes Gráficas Soler, S. A.,
de la ciudad de Valencia,
el 16 de abril de 1994,
XIX Aniversario del
fallecimiento del Padre*

L D
⌘
V M